

A black rose on a stem with several dark, serrated leaves. The rose is positioned in the upper half of the frame, and the stem extends downwards. The background is a plain, light-colored surface.

Por tu sangre

Diana Buitrago

POR TU SANGRE

-CANCIÓN DE VAMPIRO I-

DIANA BUITRAGO

© Por tu sangre. 2018. Diana Bravo Buitrago. Todos los derechos reservados.

© Fotografía de la portada. 2018. Diana Bravo Buitrago. Todos los derechos reservados.

A mi madre, por compartir mi sueño, por ser mi cómplice y ayudarme en la ardua e incomprensible tarea de escribir.

A Pavel, por robarme el corazón y descubrirme los secretos de su Transilvania natal.

A mi Tato, siempre hay que luchar por los sueños y por el futuro.

A mi familia, por aguantarme cuando no me soporto ni a mí misma.

A mi familia del cielo.

A mis amigos, a los que me respetan y apoyan mis locuras.

Os quiero a todos...

BAJO LA SOMBRA CELESTE

- 1. A LA SOMBRA DE LA LUNA**
 - 2. LA NOCHE EN BLANCO**
 - 3. EN LA OSCURIDAD**
 - 4. CONFESIONES A MEDIA LUNA**
 - 5. SALIR A LA LUNA**
 - 6. SOLA EN LA NOCHE**
 - 7. LA SANGRE DE LA VIDA**
 - 8. LÁGRIMA DE SANGRE**
 - 9. POR TU SANGRE**
 - 10. EN LAS VENAS**
 - 11. ALMA DE CAZADORA**
 - 12. CAZADORA DE LUNAS**
 - 13. RENACER EN LA NOCHE**
 - 14. RAYO DE LUNA**
 - 15. LLÉVAME MUY LEJOS**
 - 16. DONDE LOS VAMPIROS DUERMEN**
 - 17. EL SON DE MEDIANOCHE**
- SANGRE A LA SANGRE**

SOBRE LA AUTORA

BAJO LA SOMBRA CELESTE

Estambul, 1998

Santa Sofía era una descomunal sombra durmiendo sobre la vieja Cisterna de la Basílica, que guardaba en sus entrañas la cabeza serpenteada de Medusa. Caminó de prisa escondiendo su rostro parcialmente bajo las solapas de su gabardina. También él tenía sus secretos. Seguía un rastro. Reconocía aquel extraño dulzor de su sangre, lo complacía y lo enfadaba a partes iguales. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué estaba sangrando? Apresuró el paso sin llamar excesivamente la atención. Pasó junto a una cafetería que servía té en el mismo cementerio adyacente donde algunos atrevidos desafiaban al frío de la noche. Atravesó el camposanto donde llameaban las velas en silencio, y deambuló nervioso hasta llegar a la vieja iglesia. Era pequeña y rematada con azulejos celestes, emulando con modestia a la magnífica Mezquita Azul. Tenía una fuente con un mosaico de peces azules que se remontaba a la época bizantina y que había logrado sobrevivir hasta el presente con sobresaliente belleza. El constante borboteo del agua era el único sonido que podía escucharse a aquellas horas. El rastro estaba por todas partes. Demasiada sangre. Escuchó un gemido. Se acercó lentamente esperando ser atacado en cualquier momento. Y entonces la vio. Estaba agazapada en un rincón. Un largo abrigo la tapaba por completo para aislarse del frío. Tenía el largo cabello oscuro recogido en un moño y levantó el rostro hacia él. No le tenía miedo. Ella no le tenía miedo a nada. Pero por la expresión de su rostro aquello podía estar cambiando.

—¿Estás bien? —No era aquello lo que quería saber. Prefería que le contara que hacía allí, si debía prepararse para algún ataque o... cualquier otra cosa que la cazavampiros quisiera contarle. Pero aquella generosa cantidad de sangre derramada le frenó la lengua y recordó sus modales.

—No sabía... a dónde ir. —Le contestó ella con la voz rasgada.

—¿Qué ha pasado? —Ella cerró fuertemente los ojos y cuando los abrió, su mirada era más dura que antes.— ¿Dónde está Damien?

—Muerto. —La palabra ya le era conocida pero que Damien estuviera muerto era una noticia realmente mala. Era la pareja de *cazavampiros* más fuerte que conocía. Quién había hecho aquello no era un cualquiera.

—Tengo que sacarte de aquí.— Comprendió al fin. Sin embargo, ella no se movió. —Antes de que vengan más. —Le instó. Pero la mujer negó con la cabeza.

—Lo mataron hace una semana. —Le confesó con cansancio.

—¿Y has estado huyendo desde entonces? —Preguntó perplejo. Claro que ella era buena, podía esconderse muy bien. Volvió a negar.

—Yo no me escondo... nunca. —Sentenció con arrogancia la mujer.

—¿Y entonces qué haces aquí? —Preguntó desconcertado. Llevaba un par de años viviendo en aquella enorme ciudad y ella nunca la había visitado.

—Te estaba buscando. —Aquella revelación fue casi peor que saber que Damien estaba muerto. Los cazadores sólo te buscaban por dos motivos: por interés o para darte muerte. Que estuviera en sus pensamientos inmediatos podía no ser algo bueno.

—¿Qué necesitas de mí? —Preguntó con cautela, consciente de que su vieja amistad no se había resentido después de todo.

—Tienes que esconderla. —Dijo. Y apartó el abrigo de su cuerpo. El olor de su sangre se hizo más intenso y le inundó el conocido frenesí de la sed, aunque lo aplacó al instante, no sin apretar la mandíbula con fuerza. Cuando la vista dejó de nublársele vislumbró un pequeño bulto acurrucado junto a ella. Tenía corazón. No lo había notado antes porque era un sonido débil y porque el olor de la sangre le embotaba los sentidos. Pero allí estaba. Un pequeño bebé.

—No... puedo... —Tartamudeó. Sentía la boca seca y la sed le quemaba la garganta. Si tocaba a aquella criatura lo más probable era que acabara con ella en aquel mismo instante.

—Vienen a por mí. Sólo es cuestión de tiempo. Los he entretenido muy lejos de aquí sólo para ganar tiempo, días, para poder dar a luz.

—No puedo... —Repitió el vampiro apesadumbrado.

—Puedes.— Insistió la mujer. —No puedo confiar en nadie más. —Él negó.

—Estás loca. Se me hace la boca agua sólo con pensar en su sangre... —Se pasó una mano por la cara y exhaló, expulsando el aire ardiente de su interior. —Encontrarás otra solución, estoy seguro. —La miró con pesar una última vez y desapareció en la noche. Corrió como alma que lleva el diablo y ahogó sus gritos de frustración. Tanto tiempo después, tantas veces soñando con ella y ahora le pedía eso. ¿Cómo podía ser tan cruel? Se sentía desolado por dentro, roto hasta el tuétano y sin embargo, fallarle le dolía. Ella siempre dolía. Giró la esquina, un hombre se apresuraba a entrar en un callejón. Apretó los labios. Su noche de suerte.

Dos días después...

Se había sentado en una plaza y un hombre le había servido un té. Lo había

pagado con gusto con tal de pasar desapercibido y mimetizarse con el resto de personas que aspiraban el aire intenso de la noche. El otoño era frío en la ciudad entre continentes, pero el aire seguía plagado del aroma de las especias. Quizás nunca se marchaban del todo y pendían del aire como fantasmas. Abrió el periódico y fingió leerlo mientras buscaba entre los presentes a su siguiente víctima. Necesitaba alimento y era más fácil seguir a alguien en su solitario camino a casa. Una pareja de jóvenes turistas se levantó del banco de piedra para volver al hotel, era tentador, pero eran dos y eso requería demasiada energía. Y no quería desgastarse demasiado, debía ahorrar las fuerzas por si las fuera a necesitar en breve. Un joven delgado y con gafas se despidió de sus amigos y se alejó a grandes zancadas. Eso sí era lo que estaba buscando. Dobló el periódico con disimulo y ahogó un bostezo fingido para derramar el té sobre unas escaleras. Devolvió el vaso vacío al vendedor y se escabulló del bullicio en busca de su presa.

Era pasada la medianoche cuando regresó a su habitación en la pensión donde se hospedaba. Los dueños no hacían preguntas mientras les pagara bien y él lo recordaba. Se había alimentado pronto aquella noche porque no quería deambular demasiado sabiendo que ella estaba en la ciudad. Le había pedido un favor y él se había negado por lo que ahora andaría hecha una furia y se lo haría pagar. Comprendía sus motivos, pero lo que le pedía era imposible. Su olor era demasiado tentador, delicioso. ¿Cómo iba a hacerse cargo de esa criatura? Quizás si no tenía que estar cerca... si mandara a alguien a buscarla... La puerta del balcón se abrió de repente haciendo volar las cortinas y cortando de raíz sus pensamientos. Se puso en guardia y se acercó. El viento mecía las cortinas blancas y las ondeó como una bandera. Las apartó con cautela y atisbó una pequeña caja de madera con un bulto dentro. No necesitó usar mucho la imaginación para saber de qué se trataba. Una manta envolvía a una pequeña criatura rosada. Pisando la baranda, con increíble agilidad y equilibrio, estaba ella. Los ojos verdes, el cabello oscuro meciéndose al viento. Lo había encontrado. Estiró un pie y le acercó la caja.

—Es tuya. —Le aclaró.

—¿Cómo la hija que nunca pudimos tener? —Le preguntó con pesar y cierta melancolía. Había olvidado lo testaruda que era.

—No. —Se lo dejó claro. Nada de hijos con vampiros, no era posible. Él había sido el sentimental de aquella relación.— Es una parte de mí. Y vivirá gracias a ti.— Lo pensó. Quizás podía ser posible. Quizás...

—Nos encontrarán. Y no puedo protegerla de día.— Justificó su reticencia.

—Sabrás qué hacer. No te pido que la mantengas contigo, sólo con vida. ¿Podrás hacer eso?— Parecía nerviosa y desesperada, lo cual no era nada habitual en ella. Se le estaba acabando el tiempo, comprendió. Él era su última esperanza. Reflexionó en silencio. Tal vez podría. La mantendría con vida.

—Lo haré. —Dijo vencido. Ella sonrió y rebajó con ello la tensión de su hermoso rostro. La añoraba.

—Sabía que podía contar contigo. —Le confesó. Se miraron intensamente con una paz que no era propia del momento. Sabiendo que era la última vez que se verían, que iba a morir y que nadie iba a impedirlo. Le hubiera gustado ayudarla, pero ella nunca se lo habría permitido. El orgullo de *cazadora* y *el cambio* como una segunda muerte. No había nada que hacer. Pero no le gustaba aquella despedida, era mucho más amarga que la primera vez. —Cuídala.

—Con mi vida. —Se escuchó decir sin saber si podría cumplir su promesa.

—Con tu vida. —Repitió la mujer. Luego saltó en el aire y cayó a la calle a dos pisos de altura. La noche la engulló. Cuando salió al balcón y miró hacia abajo ya no había ni rastro de ella. Recogió la caja y la entró hasta su dormitorio. Se colocó la gabardina de nuevo, envolvió a la niña en la manta y estrechándola contra su pecho salió a la noche turca con rumbo fijo. Recordó mientras salía de la pensión que conocía a un par de médicos de una ONG que no podían tener hijos. Los había oído hablar del tema mientras él se escondía para robarles la sangre embolsada. No había sido muy ético por su parte, pero cuando el hambre era muy intenso, aquella sangre valía igual. Parecían ser buenas personas y así lo esperaba. No deseaba nada más en el mundo en aquel instante que darle una buena familia a aquella criatura. Se acercó hasta la vieja casa donde tenía sede la organización y dejó al bebé envuelto en la manta junto a la puerta. Golpeó con fuerza para que abrieran y en cuanto la luz se encendió en el piso superior, él se escabulló calle abajo. Escuchó el gruñido de la puerta al abrirse y la sorpresa del médico al encontrarse con la criatura. Esperaba que hubiera sido amor a primera vista. Esperaba que fueran buenos padres y que cuando volvieran a Europa fueran ya una familia. Quizás todo eran deseos rotos, quizás nunca se cumplirían sus sueños, pero había esperanza en ellos y aunque tenía ya el alma hecha jirones seguía creyendo en la suerte...

1. A LA SOMBRA DE LA LUNA

“Somos polvo de estrellas,
brillante y fugaz.”

Las noches de noviembre eran frías. Un espeso manto de niebla cubría las oscuras calles de aquella población leridana. Desde que caía la noche, prácticamente no se veía un alma. No era el mejor momento para pasear, pero desgraciadamente no tenía otro remedio. Las pesadillas habían vuelto y sólo se libraba de ellas si caminaba un buen rato antes de caer rendida en la cama.

El mundo estaba en silencio. Oteó hacia el final de la calle, pero la niebla era demasiado densa. Los árboles se desdibujaban y las casas eran engullidas por la marea blanca. Apenas la luz de las farolas se percibía como diminutas luces, como luciérnagas atrapadas en el aire. Nada se movía. Era extraño. Nunca se acabaría de adaptar a aquel clima. Ella era de sol y de mar, de dar paseos por la Barceloneta, de coger el metro para ir a todas partes, del bullicio de la calle, del anonimato. Allí todo eso había quedado atrás.

Hacía unos meses, el tiempo se había parado. La noche de San Juan, sus padres habían salido a cenar con unos amigos, pero nunca volvieron a casa. Encontraron su coche en un barranco, sus cuerpos destrozados. Ella había intentado recrear ese momento en su mente, cómo había ocurrido y siempre avistaba una sombra, un peligro al que no podía poner nombre y que le acarreaba terribles pesadillas. Quizás era más racional achacar la culpa a algo desconocido que asumir que un descuido humano los llevó al precipicio. Quería negar que mientras ella bailaba en la playa a la luz de las estrellas, rodeando las hogueras hasta extinguirlas, ellos perdían la vida. Cómo el círculo se había cerrado y la celebración se había convertido en pura tristeza. Tras la prematura muerte de sus padres, su mejor amiga del instituto la había invitado a irse una temporada con ella al pueblo donde ahora regentaba un negocio. Era un año mayor y había heredado el bar de sus tíos, después de que ellos decidiesen retirarse al cuidado de su granja. Nunca los había conocido y no tenía ninguna foto en toda la casa, pero ella siempre hablaba bien de ellos y su palabra bastaba. Todos sus planes de irse a la universidad se habían quedado en el aire y las cosas habían dejado de tener el mismo sentido. Al principio se había resistido a marcharse porque no deseaba alejarse de todas las cosas por las que ellos habían luchado. Pero a medida que los meses

pasaron, los recuerdos la fueron aplastando como las mismas losas del cementerio bajo las que reposaban eternamente sus padres. Poner tierra de por medio le pareció entonces una gran idea y ahí estaba. Preparándose para su caminata nocturna. También salía a correr a veces pero aquel clima funesto le crispaba los nervios y se había llevado algún que otro susto por algún resbalón.

Se cerró la cremallera del anorak rojo y se echó la capucha sobre la cabeza, pues ya había advertido que la niebla no sólo engullía el mundo; también lo mojaba. Las manos en los bolsillos, las deportivas bien atadas y ya estaba lista. Empezó con cautela buscando una ruta fácil que seguir. Sorteó algunas calles con poca iluminación, buscando las farolas como verdaderos faros en la oscuridad. A Patty no le haría mucha ilusión saber que salía a aquellas horas. Y no es que fuera especialmente tarde. No podían ser más de las diez y sin embargo, parecía ya de madrugada. Apenas algún coche despistado volviendo a casa. Aquello la desconcertaba. Tan poca vida social... Pero podía estar tranquila. Patty trabajaba en su bar la mayor parte del día sobre todo por las noches. Había invertido mucho dinero en él y estaba obsesionada con su negocio. A veces se quedaba varias horas después de cerrar y eso le daba ventaja a ella para saltarse sus consejos y salir sola por la noche a pasear. Era una buena amiga y no quería traicionar su confianza. Al fin y al cabo, aquellas vacaciones en su pueblo estaban resultando extrañas y a la vez la estaban aliviando, y todo se debía a ella. Los fines de semana la ayudaba en el bar, eso la mantenía ocupada y la hacía sentirse útil, y el resto de la semana... exploraba por la zona, leía y pensaba qué hacer con su futuro, si es que lo había. Sacó los auriculares que llevaba conectados a su *smartphone* y empezó a sonar la radio. Era un programa divertido y de vez en cuando se le escapaba una sonrisa al escuchar a los locutores.

Andaba a paso vivo pero sin correr, entusiasmada con los comentarios sarcásticos que escuchaba, cuando algo rozó su espalda. Apenas lo notó por el grosor del anorak, pero fue suficiente para que se detuviera en seco y se diera la vuelta. La farola más cercana aún estaba a unos metros, así que su agudeza visual era muy mala. Sin embargo, no vio nada moverse. Quizás había sido una hoja que se había desprendido de algún tejado. Continuó caminando, ahora con premura para llegar hasta la zona iluminada. Pero no pudo alcanzarla. Algo la derribó lateralmente por el flanco derecho y su cuerpo salió despedido hacia la izquierda deslizándose por el suelo algunos metros. El impacto la dejó aturdida y durante algunos segundos no supo dónde estaba. Levantó la vista

pero sólo vio la noche. No se oía nada. El acolchado de su anorak había amortiguado el golpe contra el frío suelo, pero la capucha se le había caído y el cabello le caía por la cara, revuelto y húmedo.

—¿Hay alguien ahí? —Le preguntó a la calle solitaria. Y la farola titiló como toda respuesta. Mejor que hubiera sido cosa de fantasmas porque el golpe había sido demasiado real.

—Ya... eres... mía. —Susurró una voz gutural. Se levantó del suelo y se dio la vuelta. Más oscuridad. Miedo. El corazón le latía con fuerza. Los auriculares se habían desprendido de sus oídos y ahora colgaban flácidos como un adorno más.

—¡Llamaré a la policía! —Gritó. E introdujo las manos en el bolsillo interior, tras bajar un poco la cremallera de su abrigo. Buscaba el móvil, pero no le dio tiempo. El siniestro personaje de la noche apareció frente a ella en ese mismo instante. Parecía un hombre de unos cuarenta años con el cabello negro y peinado hacia un lado. Tenía la mirada prendada de ella de una forma poco agraciada, siniestra, enloquecida y su corazón empezó a latir sabiendo que estaba en un lío.

Echó un paso atrás, lista para correr y gritar a la vez, si hacía falta; pero sólo pudo hacer lo segundo. El hombre la zarandeó y ella gritó aunque no estaba segura de que alguien la oiría. El hombre aspiró su aroma como si fuera lo más embriagador del mundo y ella sintió náuseas, luego abrió la boca. Ella pensó que para decir algo, pero la tenue luz de las farolas cercanas iluminó otra escena. Una hilera de dientes brillantes y dos colmillos. Quizás más largos, más afilados... más... La imagen la hipnotizó y el miedo la paralizó durante algunos segundos que parecieron eternos. Cuando quiso darse cuenta, el atacante la inmovilizó con una sola mano y la echó hacia atrás dejando su cabeza ladeada a causa del dolor. El hombre se acercó más y ella volvió a gritar, a sabiendas de que su rostro estaba peligrosamente cerca del suyo.

Escuchó los gritos con demasiada claridad. Podía haber sido cualquier cosa, pero no creía en las coincidencias. De vez en cuando aparecían algunos como él por la zona. Su familia eran los únicos que tenían residencia fija en el pueblo, pero a veces aparecían nuevos y daban problemas. Mantenerse alejados de la opinión pública les había costado y ahora que nadie se acordaba mucho de ellos, un ataque sin... delicadeza, podría llamar demasiado la atención. Se plantó en la escena en apenas segundos. No conocía a la chica, pero estaba viva.

—¡Suéltala!— Increpó con dureza. El recién llegado levantó la cabeza

hacia él y parecía enfadado. Sonrió como si le pareciera gracioso que lo molestaran antes de comer. Pasó un brazo alrededor del cuello de la chica y la atrajo hacia él.

—¿Nos vamos a pelear por ella *hermano*? —Preguntó el forastero con ironía. *Hermano de sangre* era un término que usaban los vampiros para referirse a aquellos de sus congéneres a los que estaban unidos por un mismo creador. Anthony estaba seguro de que no le unía nada a aquel tipo, así que no le hizo tanta gracia.

—Yo no voy a pelear. —Sentenció. Provocando la incertidumbre en el rostro de la otra criatura. Sin previo aviso, Anthony se movió rápidamente y le atestó un puñetazo en la cara al forastero. Éste cayó hacia atrás y se arrastró por el suelo varios metros.— ¡Lárgate!— Rugió. No quería descontrolar sus instintos delante de la joven porque sería un cabo suelto difícil de atar. Y esperaba profundamente que no hubiera advertido nada raro. No estaba seguro de que el otro vampiro se fuera a marchar, aunque con su fuerza le acabara de demostrar el poder que tenía. La chica estaba arrodillada en el suelo, el cabello mojado por la niebla y su mirada frenética mirando en todas direcciones, aterrorizada. La figura del forastero se removió en el suelo. Finalmente se levantó y lo miró intensamente.— Te dije que al final no íbamos a pelear, ¿cierto?— El otro vampiro negó con la cabeza desconcertado.

—No deberías acercarte a ella. —Sentenció con rabia.— Está maldita.

—¿Maldita por quién? —Preguntó interesado.

—Su vida le pertenece a mi señor que la ha maldito con la muerte. —Acabó de decir el extraño y después se giró rápidamente y se escabulló por la calle amparándose en la niebla. Lo dejó marchar, porque la noche ya había sido bastante movida. No estaba seguro de si volvería, pero si lo hacía se llevaría su merecido. Nadie cazaba en su zona, ni a malditos, ni a proscritos. Anthony esperaba que la chica no hubiera escuchado aquella conversación. Fuera lo que fuera lo que la pobre desgraciada había hecho, no merecía tener a un sicario vampiro tras ella. Esperaba haber resuelto las cosas, aunque sabía en su fuero interno que era una esperanza fugaz.

—¿Estás bien? —Le preguntó a la joven. Ella lo miró con temor. Asintió en silencio. Y él le tendió la mano para alzarla del frío suelo. Fue entonces cuando captó su olor. Aquel aroma dulce y potente de su sangre. Tenía algo familiar que no encajaba. Su cuerpo se tensó con el dolor de la sed. Luego intentó controlarse.— ¿Estás herida?—Su voz casi tartamudeó. Ella se tocó el brazo.

—Es un rasguño.—Su anorak estaba roto y a través de él se veía la sudadera desgarrada y el color escarlata que nublaba sus sentidos.

—Quizás debería verte un médico. —Las palabras salieron solas. No tenía ninguna intención de prolongar aquel encuentro, por lo menos hasta que olió su deliciosa sangre. Aunque sabía en su fuero interno que no podía acabar bien. Tenía que alejarse cuanto antes.

—Y llamar a la policía. —Dijo nerviosa. —Él, él...

—Intentó robarte. —Le dijo con su voz hipnotizadora. Anthony era un *maestro de la sangre* y su voz podía hipnotizar a las personas creándoles una ilusión. No la usaba a menudo pues con el tiempo perdía fuerza y debía renovar constantemente el hechizo. Pero aquella era una situación de urgencia. No sabía cuánto había visto, ni cuánto había imaginado ya.

—Sí... pero no llevo nada de valor. —Se justificó. Los ojos se le nublaron momentáneamente por la hipnosis. Luego se llevó la mano a la boca y tembló. Le habían dado un susto de muerte. Aunque no sabía realmente lo cerca que había estado de esta última, más que de cualquiera otra cosa. No podía dejarla allí, así que se ofreció para acompañarla a casa.

—Te acompaño a casa si quieres. Será mejor que descanses y te olvides de todo esto. —Le aseguró para que se tranquilizara y ella asintió mientras le mostraba el camino. No lloraba. Era una chica más fuerte de lo que parecía. Se sorprendió observándola mientras caminaban y preguntándose qué podría haber hecho para que alguien la quisiera muerta.— Nunca te había visto por el pueblo.— Comenzó Anthony para apartar sus pensamientos de aquel delicioso aroma que le llegaba cada vez que la chica se tocaba el brazo. Las manos le temblaban así que las metió en los bolsillos de su largo abrigo negro. Su cabello oscuro bien peinado, su calzado pulcro. Siempre vestía del mismo color. De padre escocés y madre inglesa, de la que había heredado aquellos profundos ojos azul cobalto. Los había añorado mucho, perdidos ya para siempre en la memoria de los tiempos. Ahora sólo eran sombras en su corazón que le infundaban valor en los momentos de duda. Se preguntaba si en esos momentos le mandaban algún mensaje que él no captaba.

—Estoy en casa de una amiga. Se ha quedado el bar de sus tíos y le echo una mano. —Le confesó nerviosa por la información que rebelaba o porque aún no había superado el momento anterior. —No sabía que intentarían robarme. ¡Maldita sea! Patty se enfadará cuando se entere. —Se miraron en la penumbra.— Me aconsejó que no saliera sola por las noches y no la escuché. Como nunca veo nada por la ventana pensé que... no me iba a encontrar con

nadie.

—Mala gente hay en todas partes. —Le recordó y ella asintió. —No te preocupes. Al final no ha pasado nada. ¿Cómo te llamas?— Ella pareció sopesar la pregunta, pero lo miró y se le pasó la angustia que había cruzado su rostro.

—Estel.— *Estrella*. Una esperanza caída del cielo. Esperaba que su nombre fuera como un amuleto que la protegiera de lo que fuera en lo que estuviera metida.

—Soy Anthony. Y nací en Escocia, así que tampoco soy autóctono de la zona. —Le confesó sin saber si le había revelado demasiado.

—No tienes acento. —No era la primera persona que se lo había dicho, pero no podía explicarles que los vampiros eran políglotas y que era raro que lo tuvieran. Así que mintió como lo hacía siempre.

—Llevo muchos años en este país.— Ella asintió con la cabeza, comprensiva. Se había detenido en frente de un edificio de dos plantas y él supuso que vivía allí.

—Será mejor que suba. Ha sido una noche horrible. —Le dijo con voz cansada.

—Claro. Intenta dormir y olvidarte de esto.— Tenía los ojos posados en los suyos para asegurar la hipnosis. Sin embargo, ella parpadeó, rechazándolo mentalmente.

—¿Debería? —Preguntó confusa. Anthony se puso rígido. Desafiar a su hipnosis era una ardua tarea y ella lo acababa de hacer con suma facilidad. Todas las alarmas se dispararon en su mente aunque ella no pareció advertirlo.

—Deberías descansar. —Dijo secamente. ¿Quién diablos era esa chica?— Ha sido un intento de robo frustrado. Y probablemente no podrías describirlo bien. Es mejor que lo olvides.

—¿Y si no quería robarme? —Le preguntó. ¿Estaba intentando jugar con él? No. Al menos no lo parecía. El hechizo se había roto totalmente. Anthony estaba ahora realmente serio y confuso.

—Estoy seguro de que es lo que quería. No te atormentes más.— Ella asintió.

—Gracias por todo. —Le sonrió. Él observó sus grandes ojos almendrados, sus labios carnosos y recordó el olor de su sangre que aún se filtraba tímidamente a través del aire. La sed volvió. Un dolor aplastando sus entrañas, recordándole que aún no se había alimentado. Hubiera sido tan fácil retenerla entre sus brazos y tomarla, drenarla hasta la última gota... Pero vivir allí

implicaba unas normas y una de ellas, quizás la más importante, era alimentarse de personas que no lo vieran llegar o hipnotizarlas para que olvidaran qué les había ocurrido. Nunca matar. Vivir en comunidad implicaba aquellos sacrificios.

—Ha sido un placer, Estel. —Le dijo cortésmente, aunque se sintiera arder por dentro. —No salgas de noche. —Le recomendó y se alejó caminando a paso vivo agradeciendo que la oscuridad y la niebla ocultaran su verdadero ser. Sus pisadas se fueron diluyendo en el espeso manto de las calles solitarias y su figura fue engullida por el dios sin tregua de la noche. Allí ya no quedaba nada de él, aunque su esencia estuviera por todas partes; porque él era y no era, según quién quisiera ver. El dominio de la sangre sobre aquella tierra, danzaba en el aire como una advertencia y su melodía resonaba como un eco, y su esencia se clavaba en el alma como una estaca.

2. LA NOCHE EN BLANCO

Una semana más tarde.

Los primeros días habían sido un poco raros. La primera noche después del asalto en aquella calle oscura, no había pegado ojo. Después comenzaron las pesadillas. Soñó con sus padres en aquel último día en que los había visto con vida. Parecían felices, pero los recordaba distraídos, con preocupación en sus rostros. Intentaba sonsacarles el porqué de sus cavilaciones, pero rehuían sus preguntas. Luego todo se volvía negro hasta sentir que le faltaba el aire. En otra ocasión, cuando el estado de shock pasó y los recuerdos de aquella noche se desbloquearon, soñó con el hombre que la amenazaba entre las sombras. Lo vio de nuevo burlándose de su inocencia. Pero no pretendía robarle. Abría la boca amenazante y le enseñaba los dientes. Los colmillos brillaban. Pero, ¿qué quería de ella? A la tercera noche se despertó sudando con la certeza de que estaba en peligro.

A los pocos días consiguió salir de casa un rato para comprar pan y se refugió de nuevo como si la niebla que estaba continuamente al acecho pudiera asfixiarla y engullirla hasta hacerla desaparecer.

—Oye, ¿por qué no te vienes al bar? —Le preguntó Patty el sábado por la tarde. —He comprado un karaoke y tengo revolucionados a los del pueblo. —Le sonrió y le guiñó un ojo.

—Pues no sé... no me encuentro bien. —Le aseguró intentando convencerla.

—Tonterías. Tienes que salir de esta cárcel.— Y levantó sus brazos hacia el techo.

—¡Pero si es tu casa!— Exclamó fingiendo indignación.

—¡Por eso mismo! Nadie conoce como yo estas cuatro paredes. Anda vamos. Prometo no hacerte cantar. Pero, ¿cantas bien? —Le pasó una mano por la espalda y la empujó hacia la puerta sin esperar respuesta.

El bar se llamaba “Cosmos” y no era nada extravagante, aunque en un pueblo cualquier cosa resultaba emocionante. Las tardes, sobre todo del fin de semana, se llenaban de jóvenes con ganas de diversión y de parejas que se resistían a quedarse en casa. Tenía un billar, un futbolín, máquinas tragaperras, videojuegos y la nueva adquisición: el karaoke, con un pequeño escenario rodeado de luces que había encandilado al personal. Todo era desenfadado, así como era Patty y allí la querían mucho. Nada más llegar, fue engullida por

un grupo de jóvenes que la depositaron en el escenario y no dejaron de vitorearla hasta que empezó a imitar a Queen. Su voz era de risa, más o menos como la suya debía sonar, pero era divertido y todo el mundo aplaudió. Patty volvió a la barra donde la esperaba y se puso a servir un montón de chupitos que llamaba “fantasmas”, a los jóvenes que la habían vitoreado antes. Ella le sonrió y la ayudó a servir las bebidas. Patty era alta. Aquella noche, llevaba un moño mal hecho del que se escapaban algunos rizos rubios sobre su rostro alargado. Las gafas negras de pasta le habían resbalado hasta la punta de su nariz, así que la miró por encima de ellas, sonrió y añadió: “*show must go on, baby!*”. Le guiñó un ojo y se fue con su bandeja a codearse con la juventud de la que ella también formaba parte. Estel observó a su amiga un instante y luego comenzó a ordenar las bebidas que habían quedado diseminadas por la barra. Llevaba el cabello castaño atado en una larga trenza, pero aún así le molestaba. Algunos chicos habían intentado entablar conversación con ella pero no estaba por la labor. Los hombres sólo le habían traído problemas en los últimos tiempos. Así que cuando una voz masculina pidió a su espalda un whisky, suspiró. Se dio la vuelta mientras desenroscaba la botella y sus ojos castaños se encontraron con el azul de los ojos de Anthony. No esperaba aquella visita y se quedó totalmente bloqueada. El hombre se había quitado el abrigo y ahora mostraba un suéter negro bajo el que asomaba una camisa azul a juego con sus ojos.

Bajo la luz del bar, su mirada era aún más penetrante, así que cuando se sintió lo suficientemente cohibida desvió su mirada hacia la ventana que daba a la calle con cierta ansiedad. Había caído la noche y comenzó a asociar malos pensamientos. Era probable que ni siquiera tuviera treinta años. Era joven, no podía dejar que la intimidara con sólo una mirada. Pero lo estaba haciendo, y se le daba muy bien. Cogió un vaso con mano temblorosa y se acercó a él. Lo pensó mejor y cogió otro para ella. Sirvió el whisky sin mirarlo y cogió uno de los vasos. Luego miró el contenido como si fuera veneno y lo engulló de un solo trago. En cuanto depositó el vaso de nuevo en la barra, ya se sentía mareada y ardía por dentro. Apretando los labios para no toser, finalmente se enfrentó a la mirada inquisitiva de Anthony que apenas había probado el suyo. Sonrió débilmente, aunque no era muy dado a la expresividad.

—¿Estás bien? —Le preguntó preocupado. Aunque aquella pregunta ya la había oído antes. Él sabía mejor que nadie por lo que estaba pasando, incluso mejor que ella misma.

—Sí... Sólo estoy un poco agobiada. —Dijo con nerviosismo.— Invita la casa.— Y le señaló su vaso a medio tomar.

—No he venido a cobrarme nada. —Sentenció muy serio. Ella no comprendió su tensión, pero apretó los labios para no decir nada más inapropiado.

—Ya... bueno. Es lo mínimo que puedo hacer por ti.— Hizo una pausa y tragó saliva. Luego continuó en un tono más bajo.— Me salvaste, me salvaste la vida.

—Estoy seguro que sólo quería robarte. —Se defendió el escocés.

—No te creo. —Se acercó más a él para que nadie pudiera oír su conversación. —No quería robarme. Estoy segura. —Él no replicó.

—¿Quién es tu amigo? —Preguntó de repente Patty, apoyada en la barra. Estel se apartó y miró hacia otro lado.

—Es... Anthony. —Confesó.— Un amigo.

—¡Pues qué bien! Soy Patty. Espero que la cuides. —Se acercó más a él y le habló más bajo.— O te cortaré más de una extremidad. —Le sonrió y desapareció de nuevo entre sus clientes. Estel se ruborizó y trató de disculparla.

—Es muy protectora. —Dijo justificándola.

—A veces es bueno tener a alguien que te proteja. —Le aseguró.— ¿Trabajas mucho aquí?

—Le echo una mano. Cuando me apetece, la verdad. —Asintió pensativo y apuró su copa. Se levantó con elegancia y se enfundó de nuevo el largo abrigo negro.

—Gracias por el whisky. —Agregó.

—No hay de qué. Es lo mínimo que puedo hacer por ti, después de todo. —Le regaló una sonrisa y él le devolvió una un tanto triste.

—Cuídate Estel. —Le aconsejó antes de marcharse. Ella asintió y lo despidió desde la barra sintiéndose terriblemente sola en un lugar inquietantemente lleno de gente.

—¿De qué lo conoces? —Le preguntó Patty más tarde cuando regresaban a casa. Estel comprendió enseguida a quién se refería porque no había hecho ni un solo amigo desde que había llegado allí.

—Bueno... lo conocí paseando por ahí. Es... muy educado. —Le confesó sin mentirle demasiado. No quería que su amiga se preocupara más de lo debido.

—Muy educado...ya. Esos son los peores. Ten cuidado. Además es

demasiado atractivo. —Le aseguró pícaramente mientras aparcaba.

—No me he fijado mucho.— Mintió. Debería haberle reconocido aquella verdad, pero no estaba para hombres. Así que intentó cambiar de tema y acabar con aquella noche que comenzaba a hacerse larga.

Una semana después estaba tan nerviosa que no había pegado ojo en las dos últimas noches. Cansada de sentirse atrapada en casa, se armó de valor, se cerró la cremallera del nuevo anorak y se lanzó a caminar en la noche. Una vez más había niebla, pero no se dejó intimidar. No debía. No podía dejar que el miedo paralizara su vida. Era la duda lo que la acongojaba, el no saber qué había pasado realmente aquella noche. Con qué intención la había atacado aquel tipo. Incluso si había sido una casualidad que Anthony pasara por allí. Se estaba volviendo paranoica y cobarde. Nada de lo que presumir. Así que si caminar de noche la aliviaba no tenía por qué cambiar sus hábitos. Era una mujer moderna, fuerte e independiente y no necesitaba vivir en una urna de cristal para no ser dañada. Se recordó a sí misma que ya había sido herida antes y que tenía que salir adelante. Siempre eran los mismos miedos disfrazados de viejos fantasmas. Siempre iba la muerte acechando al riesgo de vivir la vida intensamente. No era el momento de llorar, sino de vivir. Dio un paso adelante, luego otro; y así, poco a poco, se vio atravesando la niebla con paso firme y relajante para su alma. Estuvo casi hora y media vagando por las calles y apenas se encontró con un par de gatos y algunos coches perdidos en la noche. Estaba ya a un par de calles de su casa. Sentía el cabello húmedo, aunque lo había preservado bien bajo la capucha. Tenía el rostro frío y apresuró el paso para entrar en calor. Entonces una sombra cruzó la calle delante de ella y el corazón se le paró. No podía ocurrirle dos veces lo mismo. ¿Qué porcentaje de posibilidades había? Observó la dirección que había tomado la sombra y cruzó la calle en dirección contraria. Casi sin respirar caminó ensordecida por los latidos de su propio corazón que había vuelto a la vida. Pero enseguida la sombra volvió a cruzar la calle delante de ella y ahora, anulada toda casualidad, sintió ganas de correr. ¿Pero a dónde iría? Si había conseguido cruzar la calle delante de ella a esa velocidad, ¿podrían sus pasos alejarse lo suficientemente rápido? Quería gritar, pero no debía. Se había dicho a sí misma que no tendría miedo, pero ahora se había acobardado un poco y se sentía culpable por ello.

—¿Qué quieres? —Gritó a la noche esperando alguna respuesta. La sombra volvió a cruzar, pero ahora se detuvo en mitad de la calle. Lo vio acercarse atravesando la niebla y lentamente se fue descubriendo frente a ella. Lo

recordaba. Creía haberlo olvidado, pero ahora delante de ella pensaba que aquello no ocurriría jamás. Y eso que al principio su recuerdo había sido borroso cómo si alguien lo hubiera querido arrancar de su mente. Era posible que hubieran estado bloqueados por el miedo, se dijo a sí misma. Y aunque ahora hubiera recuperado la memoria, hubiera preferido no hacerlo. La angustia la embargó y el estómago se le retorció de miedo. El extraño hombre le sonrió con suficiencia, consciente ahora de que estaban solos los dos.

—No puedo dejarte escapar. —Le confesó como si fuera una obligación atraparla.

—¿Qué quieres de mí? —Preguntó con la boca seca y voz temblorosa.

—La muerte. —Un silencio incómodo siguió a aquella cruel respuesta y Estel sintió cómo le flaqueaban las fuerzas. Dio un paso atrás sin apartar la vista de su agresor. No podía creer que aquello le estuviera pasando, otra vez. De modo que Anthony no estaba en lo cierto y al final, aquel hombre no quería robarle nada. Sin duda, lo hubiera preferido. Ella ya había intuido algo, pero aún así, se negaba a creerlo. ¿Qué le había hecho ella para merecer aquello?

El miedo esta vez no la paralizó y echó a correr en dirección contraria al hombre. No había recorrido ni media calle cuando el siniestro individuo se le plantó delante y la retuvo por los hombros. Ella jadeaba por el esfuerzo y siempre se había considerado en buena forma, sin embargo, él la había atrapado sin esfuerzo. El peso de sus manos era fuerte y se vio incapaz de librarse de ellas. Pronto sintió un dolor paralizante que se extendió por todo su cuerpo y dejó de luchar. No podía moverse y estaba segura de que quería. Comprendió que aquel hombre no era normal y que había usado algún tipo de poder sobre ella. La respiración era lo único que aún dominaba y podía oírla entrecortada de puro terror. La noche estaba en calma, no se oía ni un alma. Y ella se recordó que no podía tener la misma suerte dos veces. Su atacante se acercó peligrosamente y abrió la boca otra vez, como lo hubiera hecho hacía días. De nuevo, las hileras de dientes brillantes y más afilados de lo que deberían asomaron al exterior y a Estel se le revolvió el estómago. Entonces el atacante se acercó a su cuello con la boca abierta, los dientes puntiagudos asomando como ganchos. Ella comprendió demasiado tarde la intención de aquel tipo. Iba a morderla. La confusión de la escena era increíble. Que pudieran suceder cosas imposibles... todo eso la abrumó de tal manera que cerró los ojos con fuerza para que pasara lo que tuviera que pasar.

Entonces se escuchó un fuerte golpe y el hombre se tambaleó sobre ella. Cayeron ambos al suelo y sintió en su caída un dolor punzante en el hombro.

Luego todo se volvió negro y sólo quedó la oscuridad.

Anthony llegó lo antes posible, sin saber si era demasiado tarde. Observó como el vampiro se disponía a tomar su sangre y se abalanzó sobre él con fuerza. Ambos cayeron al suelo por el impacto y se apresuró a rescatar a Estel de las garras de aquel tipo. En cuanto lo hizo, comprobó que estaba inconsciente y lo agradeció interiormente. Depositó con cuidado a Estel en el suelo, a cierta distancia del vampiro forastero. Sacó una estaca de madera de uno de sus bolsillos y se agachó junto a él. Éste abrió los ojos, aturdido, y miró fijamente el filo que se acercaba peligrosamente hacia su pecho. Centímetro a centímetro, Anthony fue ganando la carrera hasta su corazón y cuando estuvo lo bastante cerca sonrió para disgusto del otro.

—Este es mi territorio y nadie caza aquí sin mi permiso. —Dicho esto, hundió la estaca en el pecho del vampiro, atravesándole el corazón. La criatura se retorció y gimió con la mirada perdida en las estrellas que sólo ellos podían ver. Su vida limitada por morir otra vez. Anthony se apartó de aquel cuerpo que empezaba a iluminarse con luz fantasmagórica, suponiendo lo que vendría después. Se atusó la ropa, se pasó la mano por el cabello y se encaminó hacia Estel que yacía sobre el pavimento frío en aquel lugar inhóspito. La cargó en su hombro y la melena de la joven se desparramó sobre su pecho como una estola. Agradeció de nuevo el amparo de la noche para que nadie pudiera ver lo que estaba haciendo, y se marchó de allí sin mirar atrás. Una vez más rezando al dios sin alma de la oscuridad. En la calle sólo quedó la niebla como testigo y una espesa y brillante nube de polvo que empezaba a desvanecerse ya.

3. EN LA OSCURIDAD

Despertó en el sofá de una pequeña sala de estar. Había un ventilador parado que colgaba del techo, y un televisor desconectado sobre un mueble de color haya. No reconocía las cortinas blancas ni nada de lo que la rodeaba. Se incorporó levemente y sintió un tirón en el hombro bastante desagradable. Lo tenía vendado y llevaba puesta una camisa de un pijama desconocido. Se quedó allí sentada intentando recordar cómo había llegado a ese lugar, pero no lo consiguió. Sí se acordó, en cambio, del horrible hombre de dientes afilados. De la criatura, ser o monstruo que había intentando morderla. ¿Pero era realmente posible la existencia de esos seres? ¿Vampiro o demente? De repente, la puerta de la estancia se abrió y entró una mujer de piel oscura y mediana edad. Llevaba el pelo negro repartido en pequeñas trenzas con adornos de colores. La miró a los ojos un instante y luego entró como si no pasara nada, ignorándola por completo. Le gustó aquella tranquilidad porque ya estaba harta de tanta amenaza y violencia desmedida.

—Soy Mae. —Se presentó escuetamente la mujer. —Fui médico allí en Cuba hace ya varios años. —Le confesó mientras se sentaba en un sillón cercano.

—Gracias por curarme. Soy Estel. —Le agradeció cuando comprendió que había sido ella quién le había curado.

—Anthony te trajo anoche malherida.— Negó con la cabeza.— Dios sabe por qué te mezclás con él o él contigo, pero esto suele acabar mal.— Estel la miró confundida.— ¿Así que tampoco sabes nada? ¡Madre mía! Esto es un desastre...

—¿Te... te refieres al tipo que me atacó?— Titubeó. La mirada de Mae cobró un brillo especial. Se produjo un inquietante silencio y la extraña mujer le hizo un ademán para que prosiguiera.— ¿Quería morderme? Tenía dientes... afilados. Aunque puede que sea una locura, me dejé llevar por el pánico.

—Te desgarró la piel del hombro con ellos.— Estel se miró el hombro perpleja. No recordaba tanto. Hubo otro silencio incómodo y la joven rebulló en su asiento.

—¿Me hizo esto con los dientes? ¿Quería matarme?— Mae cerró los ojos un instante quizás valorando la respuesta e imaginándose aquellos dientes cerniéndose sobre ella.

—Es posible. Los Hijos de la Noche son imprevisibles. Sólo deberían alimentarse de sus víctimas, pero a veces la línea entre tomar lo correcto y

matar... está muy cerca.— Estel se quedó helada. ¿Estaba reconociendo aquella mujer sus más profundos temores? Tragó saliva.

—¿Hijos de la Noche? Que se alimentan... ¡¿Vampiros?! —Preguntó aún incrédula. ¿Era posible?

—Vampiros. —Sentenció la mujer con firmeza.— Parece extraño, pero habitan en nuestra sociedad. Se alimentan de nosotros, la mayoría de las veces sin que podamos recordar nada, viven entre nosotros, trabajan con nosotros... pero no son como nosotros.

—Es una locura. —Dijo Estel con la mirada perdida. Nada de aquello tenía sentido. ¡Vampiros!

—Lo es. Pero es real. Y cuanto antes comprendas lo cerca que has estado... mejor.— Estel negó con la cabeza.

—¿Por qué yo? —Le preguntó a Mae mientras buscaba su mirada.

—Quizás se encaprichó de ti. Por desgracia hay mucho vampiro demente por ahí. Y también son muy territoriales. Si Anthony impidió que te atacara la primera vez, debió cabrearle bastante y le obsesionaría volverte a encontrar.

—Entiendo. —Aunque pareciera mentira comenzaba a tener sentido algo dentro de aquella locura.— Entonces, ¿sólo viven de noche?— Mae sonrió y su sonrisa rompió aquella cara de preocupación que tenía.

—Los vampiros maestros pueden caminar bajo el sol, aunque no muchas horas porque se cansan y eso los deja desprotegidos ante sus enemigos. Lo normal es verlos siempre de noche donde su energía es fuerte.— Estel prácticamente alucinaba ante los comentarios de la mujer.

—¿Cómo sabes tanto de vampiros? —Se le ocurrió. Mae juntó las manos y se persignó mientras miraba la figura de la virgen que tenía en una estantería cercana.

—Porque una vez amé a uno.— Y su voz se llenó de tristeza.

No preguntó nada más. Tenía muchas dudas que asaltaban su mente, pero Mae había dejado de estar receptiva. Se paseó por la estancia alisándose la larga falda roja que le llegaba hasta los pies. Era una mujer colorida que transmitía una energía desbordante. Estel enseguida se preguntó de qué conocía a Anthony y si él le había advertido sobre el vampiro. Se preguntó realmente quién era él, el misterioso escocés que se había convertido en su ángel de la guarda. Pero no iba a encontrar las respuestas ese día, así que tras escuchar los consejos médicos de Mae, se marchó hacia su casa.

Mientras volvía, embotada por los analgésicos, se dio cuenta de que era de día. No sabía qué hora, temprano, pero de día. Patty estaría nerviosa si no la

había encontrado en casa. Cuando comprendió que tendría que dar muchas explicaciones, aceleró el paso.

La niebla estaba alta y parecía como si las nubes hubieran descendido a la tierra, aunque si miraba al sol, podía distinguirse su esfera luminosa tras su blancura. Esto le recordaba que más arriba, a metros por encima de su cabeza lucía el sol, barriendo con sus rayos el mar de niebla que envolvía la zona. Eso la puso un poco de mal humor y aquello reavivó el dolor del hombro.

Entró casi a hurtadillas en el piso y comprobó que Patty aún dormía. Estaba abriendo la puerta de su cuarto cuando su amiga asomó su despeinada cabeza rubia por el marco de la puerta de su dormitorio. Iba sin gafas y bostezó con ganas.

—Buenos días... —Dijo entornando los ojos para focalizar mejor. Estel sabía que por mucho que se esforzara sólo la veía como una forma borrosa y agradeció a la miopía que no viera en el penoso estado en qué se encontraba.

—Buenos días. —Le respondió complaciente. Se sentía lo suficiente mayor y libre como para hacer lo que le viniera en gana, pero lo que le había pasado era demasiado extraño cómo para explicarlo sin más. Patty se portaba demasiado bien como para ser engañada, pero así tenía que ser. Por lo menos hasta que aclarara sus pensamientos, si es que llegaba a hacerlo nunca o se volvía loca en el intento. Su mente racional clamaba por la verdad y sabía que no iba a ser fácil la respuesta. La verdad nunca lo era.

—¿Hay café? —Se oyó preguntar a Patty. Estel sonrió, saliendo de sus cavilaciones y volviendo a la realidad.

—Ahora lo preparo. Me muero por una taza de café. —Le gritó desde su habitación, mientras se cambiaba la sudadera rasgada por una limpia. Iba a ser un día terriblemente largo. Esbozó una tímida sonrisa y salió al pasillo con los sentidos embotados. Se sentía torpe y débil, pero tenía que aguantar para proteger a Patty. Sea lo que sea con lo que se había topado por la noche, ella debía permanecer al margen. Su amiga había luchado mucho por tener esa vida, era una mujer independiente, emprendedora y buena persona. No quería preocuparla con sus problemas pues sentía que ya lo había hecho bastante. Ahora le tocaba a ella protegerla y cuidarla. Eso era la amistad, el amor que iba más allá de la sangre.

El día pasó fugaz gracias a la adrenalina del momento y a los analgésicos que le recomendó tomar Mae. Pero al siguiente día su despertar no fue muy placentero. Se encontraba cansada, mareada incluso, y tenía mucho frío. Había pillado un buen catarro y no estaba de humor para nada. Estuvo apenas un par

de horas deambulando por el piso, se preparó un té caliente con miel y se adentró de nuevo entre las mantas. Le ardía la garganta y le dolía la cabeza y sólo agradecía el tener una excusa para no salir de casa.

Patty la encontró así por la tarde y le trajo un poco de sopa que apenas probó. Su único deseo era cerrar los ojos y adentrarse en el mundo de los sueños, donde se sumergió en un torbellino profundo y turbulento. Entre sus ensoñaciones vislumbró una persona alta parada en la puerta del balcón de su habitación. A su espalda la luz de la farola creaba sombras sobre la estancia. La figura se acercó a ella y le colocó una mano fría sobre la frente mientras se escuchaba una ligera maldición. La manta que había caído a sus pies, recuperó su lugar y sintió que el calor le volvía a los huesos y que había dejado de temblar. La herida del hombro le ardía casi con un calor placentero hasta que se volvió ardiente y comenzó a escocer dolorosamente hasta perder la conciencia.

A la mañana siguiente se despertó desorientada. Cuando fue consciente de que había pasado un día entero en la cama repasó la habitación desordenada y algo le llamó la atención. Por encima de la cama había una colcha de plumas de color negro con miles de pequeñas mariposas blancas que simulaban revolotear a su alrededor y en el centro, una luna creciente con una mariposa carmesí posada en ella. La estudió durante un rato con la certera convicción de que no era suya. Alguien había grabado su nombre con letras doradas en el extremo inferior de ésta y en conjunto, era realmente espectacular. No tenía ni idea de donde había salido, pero la memoria le trajo el recuerdo confuso de una figura en su habitación mientras ella luchaba contra la fiebre. Tenía una ligera idea de quién podía ser y le temblaron las manos sólo de pensarlo. Que hubiera estado en su casa, en su dormitorio, mientras ella dormía desprotegida, la hacía sentirse tremendamente vulnerable. Pero que no le hubiera hecho daño también era un indicio de sus intenciones. Él siempre se había mostrado gentil con ella. Fuera quién fuera, y ella estaba absolutamente segura de que no era un ser humano normal, era su ángel de la guarda. No todos los seres extraños que estaba conociendo tenían por qué ser malvados. Quizás no todos los seres que merodeaban en la noche eran tan terribles como contaban las historias... pero sólo quizás.

Se arrastró hasta la cocina bizqueando a causa de la luz que le dañaba los ojos. Al parecer había salido el sol después de todo. Aunque probablemente no duraría mucho y no le daría tiempo a disfrutarlo como le hubiera gustado. Negó con la cabeza, a sabiendas de que no se sentía con fuerzas para salir y

que tendría que desaprovechar un día tan hermoso. Ni para eso tenía suerte, se dijo. Patty estaba sentada en el sofá saboreando una humeante taza de café y viendo algo en la tele que la tenía ensimismada. Al verla, le dejó un hueco en el sofá y subió el volumen del televisor.

—¿Cómo estás hoy princesa? —Le preguntó animada.— Tienes mejor cara.

—He pasado una noche horrible. Tendría que ir al médico.

—Si quieres podemos ir ahora. Come algo primero.— Patty la miró de reojo y las gafas resbalaron al lugar de siempre.

—Debería. ¡Qué cansada estoy!— Patty le echó un último vistazo y se encogió de hombros. Estel se levantó para coger una taza de café e imitar a su amiga, cuando el timbre de la puerta sonó y cortó de raíz sus pensamientos. Patty salió al pasillo antes de que sus entumecidos sentidos pudieran reaccionar y abrió la puerta con cautela. Tras ella había un hombre bien vestido y Estel le echó un vistazo desde lejos. Se quitó las gafas de sol que llevaba puestas y sonrió a Patty que pareció encantada, luego le tendió una bolsa de la farmacia.

—Pero... ¿usted quién es? —Le preguntó repasándolo de arriba abajo.

—Soy el mensajero del señor Anthony McRuairidh. Y traigo en su nombre estos medicamentos para la señorita Estel Bonjorn. Patty enarcó una ceja y miró hacia la cocina donde se refugiaba su amiga.

—Entiendo... Yo misma se los daré. Gracias por... la entrega. —Añadió y antes de que el mensajero pudiera decir nada más, le cerró la puerta en las narices. Así era Patty, siempre dispuesta a hacer amigos, pensó Estel con la sonrisa en los labios.

—¿Qué quería? —Preguntó Estel con inocencia, aunque había oído toda la conversación. La cabeza empezaba a dolerle de nuevo y sintió ganas de meterse en la cama.

—Un regalo de tu querido Anthony. Curiosa forma de cortejar a una mujer... —Dijo pensativa. Estel se rio.

—Eso es porque no me está cortejando. Me está ayudando, que no es lo mismo, aunque tu calenturienta cabeza sólo pueda pensar en ello. —Le recordó, pero su amiga no lo tenía tan claro.

—¿Sois muy amigos? —Le preguntó con tono jocoso. Estel sintió un escalofrío y la diversión abandonó su cuerpo. Realmente, ¿era su amiga? Y él, ¿quién era realmente? ¿Era también... un vampiro? Quizás sólo era conocedora de sus más ocultos secretos y no estaba segura de cuán peligroso podía ser eso.

—Sólo amigos.— Respondió sin dar muchos detalles.

—Me parece bien entonces. No me gustaría verte vieja y arrugada... y sola.
—Dijo irónicamente y le dio un codazo. Su insistencia en aparejarla le hacía gracia. Patty se dio por vencida al fin y puso los ojos en blanco antes de reanudar su sesión frente al televisor.

—No es lo que piensas... —Suspiró Estel. Sabía en qué estaba pensando su amiga y no era precisamente eso en lo que andaban metidos, aunque tampoco podía contárselo. Quizás era mejor así, que pensara algo tan inocente.

—Lo que tú digas, nena. Te ha enviado medicamentos. Tómatelos.— Y le señaló la bolsa que había dejado sobre la mesa del comedor. Estel no se pronunció ante aquel gesto, ahora estaba casi segura de que había estado en su dormitorio la noche anterior y que se había dado cuenta de lo que necesitaba. O Mae lo había sabido. Fuera como fuera, había resuelto su problema. Abrió la bolsa y comenzó a sacarlos para empezar el tratamiento cuánto antes y entonces vio la nota. El corazón se le detuvo. Miró de reojo a Patty. Volvía a estar pendiente del televisor. Estel abrió la nota doblada y la leyó. “En mi casa a las 19:00h. Quiero echarle un vistazo a tu herida y ver cómo te encuentras. Mae”. Sintió un poco de desilusión al reconocer un nombre que no esperaba, pero pensó que era bastante lógico que los medicamentos los hubiera elegido ella. Era una buena hora para salir porque Patty no estaría en casa y se ahorraría las explicaciones.

—Se interesa por mi salud. Es un buen tipo.— Reconoció Estel a su amiga.

—¡Qué majo!— Exclamó irónicamente Patty desde el sofá. —Deberías tomarte la medicación y meterte en la cama otra vez. Así te recuperarás enseguida y podréis volver a flirtear o lo que sea que hacéis.

—Sí, mejor me voy a la cama, me duele todo. No vaya a ser que no pueda vivir sin mí y se muera de tristeza.— Ironizó siguiendo a su amiga. Ésta se rio y la despidió con un beso en el aire. Estel se tomó la medicación y se encaminó a su cuarto. Al cabo de un rato, volvió a zambullirse entre las sábanas, aunque sólo fuera para coger fuerzas para reencontrarse con Mae. Había tensión en el aire, una emoción que se le metía por dentro y la partía desde dentro hacia fuera. Algo pasaba en su vida y una vez más, no tenía el control sobre ello. Había descubierto que existían Hijos de la Noche, como los había nombrado Mae. ¿Pero eran todos malvados? ¿Podría confiar en alguno? ¿Podría confiar en él?

4. CONFESIONES A MEDIA LUNA

Se levantó un par de horas antes de su cita con Mae. Se duchó, se vistió, comió algo y se maquilló un poco para no parecer tan pálida. Estaba nerviosa porque no había vuelto a salir a la calle desde la noche del ataque y salir a esa hora, sin luz, le pareció una temeridad. Ahora ya era tarde para echarse atrás. Se colocó el anorak nuevo de un rojo menos intenso que el primero y que Patty le había prestado hasta que se comprara otro, lo cual podría alargarse en el tiempo porque salir de casa se estaba convirtiendo en todo un reto. El rojo le gustaba porque le parecía que era el color de la energía, y ella necesitaba siempre estar rebosante de ella. Aunque tal vez, no era tan buena idea, teniendo en cuenta todo lo que merodeaba de noche. Con esa prenda era un blanco demasiado fácil... Mientras se cerraba la cremallera mantuvo con cuidado la herida apartada porque le dolía lo suficiente para que un roce brusco la hiciera gritar. Los vaqueros ajustados no eran muy calientes, pero eran cómodos por si tenía que correr. No se fiaba ya de la noche y no sabía si confiaría más. Dejarse sorprender una tercera vez era una auténtica locura.

Con un nudo en el estómago salió a la escalera y cerró la puerta muy sigilosamente. No conducía aún, así que tendría que hacer el trayecto a pie. Contó hasta tres, atravesó el portal y salió a la noche sin mirar atrás. El frío la azotó casi dolorosamente y entornó los ojos que comenzaban a lagrimar. No se había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que estuvo en marcha. Apenas había avanzado unos cientos de metros y sintió que le flaqueaban las piernas. Sus manos buscaron la pared más cercana y se recostó con fuerza. Resopló con la mirada perdida en el suelo y al levantar la vista se encontró con él. La sorpresa le aceleró el corazón, pero no se movió ni un centímetro y esperó. Anthony estaba parado en la acera de enfrente con unos pantalones negros y un suéter oscuro de cuello alto. Tenía las manos en los bolsillos y se recostaba como ella en la pared de un edificio, aunque con una actitud mucho más grácil que la suya. Su mirada la traspasaba desde allí y un escalofrío la recorrió de arriba abajo. En cuanto Estel quiso separarse de la pared, él se despegó de su lado de la calle y a grandes zancadas la cruzó. Casi sin darse cuenta, Anthony la agarró de la cintura y ella se tambaleó un instante hasta que se sintió segura.

Se sentía mareada y la proximidad de él no mejoraba la situación, así que comenzó a decir lo primero que se le ocurrió.

—Creo que no soy una buena compañía en estos momentos. —Él sonrió

ante su comentario aunque su mirada estaba triste.

—No te preocupes por eso ahora. Pensé que Mae vivía demasiado lejos y que no serías capaz de ir hasta allí a pie. —La miró sonriente, consciente de que eso era exactamente lo que había pasado. —Así que he traído el coche.— Estel se alegró de aquella noticia, porque se sentía exhausta. Había sido una sorpresa encontrárselo y al principio se había sentido confusa. Recordó entonces los sucesos de la última noche en que se habían visto. Pero todo eran imágenes confusas y él la había salvado. Se pusieron en marcha y cuando Anthony vio que no se tambaleaba, la soltó de la cintura y la sujetó suavemente del brazo. Apenas un roce para guiarla y procurar que no cayera, sin embargo, el contacto con su piel le erizaba el vello como si estuviera expuesta a algún tipo de corriente eléctrica.

—Gracias... por todo. —Le dijo mientras caminaban. Él se detuvo un instante para mirarla. Estaba serio y negó con la cabeza. Un mechón de su oscuro cabello se desprendió del lado hacia el que lo tenía peinado y él lo devolvió casi involuntariamente pasándolo entre sus dedos. Sus ojos azules relucieron.

—No las merezco. No tengo muy claro por qué te atacó aquel... tipo, pero no descarto que fuera para fastidiarme. ¡Quién sabe! Tal vez estuviste en el lugar y momento equivocados.— Estel lo miró incrédula, aunque realmente no sabía cómo se había metido en aquel lío. Él reanudó el paso y ella lo siguió en silencio. Llegaron a un BMW negro y se encendieron las luces que confirmaban que acababan de abrirlo. Anthony le abrió la puerta y esperó hasta que ella hubo entrado para cerrarla de nuevo. Era extremadamente educado, aunque ella casi sintió la obligación de complacerlo. Arrancó suavemente y condujo sin prisa. De fondo, se escuchaba música celta que ella había descubierto hacía años. Aquello la devolvió al pasado en el que había sido feliz, cuando sus padres aún vivían, cuando su mundo parecía perfecto. La vida se encargó de recordarle cuan cruda podía ser.

—Cuando me encontraste la primera noche... ¿Te habías... alimentado?
—Él sonrió sin quitar los ojos de la calzada.

—¿Esa es tu máxima preocupación? ¿Te asusta saber lo que soy? —La pregunta la dejó muda y se sonrojó por su atrevimiento. Siempre tenía la lengua muy suelta cuando estaba nerviosa. Pero era la única forma de salir de dudas. Necesitaba saberlo. —Le agradezco a Mae que me ahorrara los primeros detalles porque después de tanto tiempo sigo sin saber cómo explicar esto. No suelo relacionarme mucho con humanos, así que me veo poco

obligado a revelar mi verdadera naturaleza.

—Ella sólo lo insinuó... —Le confesó mientras el corazón comenzaba a latirle más fuerte. No hacía falta una gran revelación puesto que se lo acababa de confirmar. Era un vampiro. Un Hijo de la Noche.

—Ya... Pero tú eres muy lista.—Suspiró.— Tendrás muchas preguntas, pero ya las iremos resolviendo. Y bueno... no, no me había alimentado aún.— Estel apretó la mandíbula con fuerza. Giró el volante y aparcó delante de la casa de Mae. Ella la recordaba bien. Tenía la fachada humilde y gris y estaba en un barrio de las afueras. Nadie sospecharía que ahí vivía una doctora cubana que ayudaba a un vampiro. Anthony bajó del coche y ella hizo lo mismo. Cuando llegaron hasta la puerta de la casa, Estel lo retuvo del brazo y él se detuvo para mirarla.

—¿Por qué revelarme el secreto? ¿Por qué no me llevaste a un hospital y les contaste que me habías encontrado inconsciente? —Él la miró pensativo. Era probable que aquello ya se le hubiera pasado por la cabeza.

—Hubiera sido lo más fácil. Borrarte la memoria y seguir con nuestras vidas. Así ha sobrevivido nuestra especie entre los vuestros durante mucho tiempo.— Estel calló esperando la respuesta.— Pero a veces las cosas no son tan fáciles.

—¿A qué te refieres? —No entendía nada. ¿Por qué no le había borrado la memoria? Tenía recuerdos confusos de ambas noches, pero los tenía. Él hizo una mueca.

—No puedo borrarte la mente. Estás condenada a recordar. No puedo aliviarte el sufrimiento de lo que viviste, ni ayudar a mi especie a que lo olvides. La única otra opción era quitarte del medio... y no me pareció demasiado justo.— Estel sintió de repente un nudo en la garganta. A ella tampoco le parecía demasiado justo y agradeció haberse topado con un vampiro con conciencia.

—Yo... siento todo... esto. Yo no sabía... no quería... meterte en problemas. —Él asintió.

—Los nuestros somos muy territoriales. Esta...— E hizo un gesto para abarcar todo lo que los rodeaba.— Es mi zona y quiero seguir aquí. Tranquilo y en paz. —Ahora fue ella quién asintió, comprendiendo los motivos que lo habían impulsado a salvarle la vida. No entendía muy bien de dónde había salido aquel otro vampiro ni por qué la había tomado con ella. Pero como le había confesado Mae, tal vez sólo hubiera sido una obsesión. Quizás sólo hubiera sido fruto de la mala suerte, o de un macabro destino. Fuera como

fuera, había pasado ya, y tenía que seguir con lo que fuera que la vida le había enviado. Anthony dio por terminada la charla y apretó el timbre que cortó cualquier línea de pensamiento que pudiera quedar en el aire. Mae abrió enseguida y los miró a ambos, frunció los labios como si algo no le gustara y los dejó pasar.

—Volveré más tarde. —Se disculpó Anthony y Mae asintió en silencio. Debía estar acostumbrada a que desapareciera de aquella manera. Estel entró y la mujer cerró rápidamente la puerta a su espalda sin permitirle despedirse del vampiro.

—¿Se ha molestado por algo? —Preguntó Estel un poco preocupada por la reacción de éste. Quizás habían hablado demasiado.

—¿Anthony? Lo dudo, estoy acostumbrada a sus desplantes. Está hambriento, nada más. Es su hora de caza. —Dijo con total naturalidad antes de encogerse de hombros y sentarse en un sillón. Luego paró el televisor y le hizo un gesto para que tomara asiento.—Sí querida, los vampiros cazan. Buscan una presa, la siguen y la drenan. Eso lleva un tiempo si se quiere hacer bien, claro. Que nadie se dé cuenta, no dejar rastro, borrar recuerdos... las prisas no son buenas. Y él es muy precavido. Por eso ha sobrevivido tanto.

—¿Cuántos años tiene? —Mae hizo un gesto restándole interés. Estel rebulló en su asiento y juntó las manos para que dejaran de temblarle.

—¿Qué más da! Son demasiados para comprenderlo. Él está mientras el resto del mundo se marcha. Algunos anhelan esa especie de eternidad, única y maravillosa; pero sobrevivir continuamente a los tuyos es una crueldad.— Estel sintió aquellas palabras como suyas. Ella había tenido que sobrevivir a sus padres cuando aún no tocaba. Se estremeció al recordarlo. Hizo una mueca y Mae lo advirtió.

—Tranquila. Ha tenido tiempo para superar todo eso.— Estel sintió la garganta seca.

—Yo... perdí a mis padres hace algunos meses. Nadie debería sobrevivir a los suyos, sobre todo cuando aún no ha llegado el momento.— Mae asintió pensativa quizás recordando a sus propios fantasmas, y se mantuvieron en silencio como tributo a los que ya no estaban.

—Nunca llega ese momento... —Susurró la mujer al fin. Luego la miró y le señaló el hombro.— Vamos a ver cómo está esa herida. Me temo que pueda haberse infectado. La limpié bien, pero las heridas de vampiro deben tratarse muy cuidadosamente, excepto si se alimenta de ti. Porque entonces segregan una sustancia curativa que cicatriza cualquier herida.— Estel se desvistió

parcialmente para que la mujer revisara su hombro. Ya no llevaba la venda y no parecía estar en tan mal estado. La joven pensó entonces a cuántos humanos habría tenido que ayudar en circunstancias parecidas y se le erizó la piel.

—¿Cómo está? —Preguntó para dejar de pensar en la suerte que había tenido de seguir con vida.

—Bastante bien. ¿Has empezado con los antibióticos? —La joven asintió. La mujer examinó un poco más y después le indicó que podía vestirse.

—Las heridas de vampiro son peligrosas. Se infectan enseguida. Están impregnadas de sustancias nocivas para el ser humano. Sirven más para luchar entre ellos que para nosotros, que cualquier cosa nos mata. Puro veneno. Pero con un buen cuidado no tiene que haber problema alguno.

—Gracias Mae. —Le agradeció.— Pero entonces... si no podía borrarle la mente, podía haberme dejado morir. Con el veneno de esta herida hubiera sido suficiente.— Reflexionó en voz alta. Mae la fulminó con la mirada.

—No sé qué tonterías imaginas niña, pero Anthony no mata a humanos. Se alimenta de ellos, pero no los mata, nunca. Ni tampoco permite a los suyos que lo hagan. No es sólo para sobrevivir entre nosotros, es su código ético.— Estel se sorprendió de nuevo. —No me mires así. Es inglés.— Mae sonrió ante lo que le había dicho y ella se contagió de su buen humor.

—¿Hace mucho que os conocéis? —Le preguntó a la mujer que ese día vestía un pantalón oscuro y una blusa blanca.

—Él me vio crecer.—Sonrió.— Mi padre y mi abuelo fueron los médicos de su familia a lo largo del tiempo y algún día lo será mi hijo que está en la universidad. Nos hemos dedicado a ellos toda la vida, pero desgraciadamente es una especialidad que raramente se aprende en la facultad.

—Creo que le eres de gran ayuda. Sin nadie en quién poder confiar debe ser difícil andar por el mundo.— Mae se encogió de hombros.

—Los vampiros y los humanos se guardan el aire. Es normal. Ayudando a vampiros, en realidad, ayudamos a los nuestros y eso me hace sentir que mi labor es la correcta.— Estel asintió porque así lo creía también. Luego observó como la mujer se marchaba a la cocina y regresaba con dos tazas de té, un plato de galletas y otro con almendras tostadas.

—Gracias. —Le anunció al coger la taza humeante.

—No hay de qué. Pero come, estás algo flaca y no es momento para jugártela con la salud. Necesitas energía.— Y le señaló con la cabeza el plato de galletas. Estel no tenía hambre, pero cogió una por educación y la fue mordisqueando sin pensar demasiado. Su gesto dio resultado y Mae pareció

quedarse más tranquila. Estaba tomando su té cuando el timbre de la puerta sonó y Mae lo dejó sobre la mesa y se levantó a abrir.— Es él. —Dijo muy segura. Anthony entró oliendo al fresco de la noche y Estel advirtió que se comunicaba con Mae con la simple mirada, se conocían tanto que no les hacía falta hablar. Iba siempre vestido de negro, tal vez porque había tenido que despedir a muchos y ya no valía la pena quitarse el luto. Aunque quizás podía ser por lo siniestro de su personalidad, en realidad, no lo sabía. Sus ojos azules parecían ahora tener otro matiz, hacia el azul marino que horas antes había sido más claro. Mae tenía razón, el hambre se le notaba en la mirada.

—Tal vez... debería marcharme ya. —Sentenció Estel sintiendo que el silencio comenzaba a resultar incómodo.— Gracias por todo Mae.— Ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Vuelve en unos días y le daré otro vistazo.— Estel asintió y se levantó. Se colocó el anorak y se encaminó a la puerta. Se despidió de Mae ya en el umbral y estaba a punto de despedirse también de él, cuando éste saludó a la anfitriona con la cabeza y salió al exterior junto a ella. Mae los miró por última vez, negó con la cabeza y cerró la puerta tras ellos. Era una noche fría, pero asombrosamente sin niebla.

—No quiero que vayas por ahí sola. Es más fácil llevarte a casa que perseguirte por todo el pueblo para que no te ataquen.— Había vuelto de buen humor y ambos sonrieron. Luego se subieron al coche que volvía a estar aparcado delante de la casa.

—¿Volverá a atacarme de nuevo? —Preguntó la joven tras reflexionar. El coche ya había comenzado a rodar por la calzada y las calles parecían igual de desiertas con la media luna colgando del firmamento.

—No. No volverá más. —Dijo secamente.— Tendrás que confiar en mí. No volverá.— Ella tragó saliva imaginando porqué estaba tan seguro. No sabía exactamente cómo se mataba a un vampiro, pero no debía ser algo fácil y limpio.

—Lo mataste. —Dijo casi para sí misma. Se hizo un silencio molesto apenas interrumpido por la música de fondo.

—Sí. Este es mi territorio y le prohibí cazar aquí. Me desafió.— Estel bajó la mirada hacia sus manos sin saber qué decir. —No pretendo que entiendas nuestras normas y nuestra forma de vida. Sería demasiado pedir, pero no juzgues a la ligera, si hubiera sido de otro modo, ya estarías muerta.

—No te juzgo. —Se revolvió nerviosa. La acusación no le había sentado bien.— Valoro lo que has hecho por mí, defendiste mi vida, con la tuya. No

puedo condenar eso. Te lo agradezco... de verdad. ¿Y ahora... qué?

—¿A qué te refieres?— El coche viró y Estel sintió como su estómago giraba con él.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —Anthony aparcó justo delante de su casa, paró el motor y la miró.

—Vivir.

—¿Cómo si nada hubiera pasado? —Él pensó antes de hablar.

—No. Claro que no. Pero no salgas de noche... por favor. —Le dijo muy serio.— Mantente a salvo.

—No pensaba salir de noche.

—Hoy lo has hecho. —Le increpó.

—Me había invitado Mae... ¿por qué no le pediste que me citara antes?

—No podía creer que estuviera recriminándole nada.

—Porque quería verte. —La joven rebulló nerviosa en su asiento.— Quería ver con mis propios ojos que estabas bien.

—Pero tú ya me habías visto... por la noche... en mi habitación. ¿No?

—Anthony se sorprendió y luego cerró los ojos vencido.

—Se me olvida que no puedo hipnotizarte. —Dijo casi sonriendo.

—No puedes. Soy una rareza. No sé qué vas a hacer conmigo... —Se arrepintió enseguida de decir aquello, porque no quería encaminar mal aquella relación que se había creado entre ellos. Darle la idea de deshacerse de ella, no había sido nada espléndido.

—Cierto. Debería empezar a pensar qué hacer contigo. —Le dijo con un tono suave como la miel que a ella le recordó a la calma antes de la tormenta. Ella prefirió no mostrarle sus temores y gesticuló con resignación.

—De momento... no me espíes mientras duermo. —Le dijo para reprenderlo, aunque él no pareció tomárselo en serio.

—No puedo prometerlo. Las noches son muy aburridas si no te encuentro por ahí bajo las fauces de algún vampiro... —Le dijo irónicamente.— Pero puedo traerte el viernes a ver a Mae, a la misma hora.— Estel no protestó.

—De acuerdo. —Anthony asintió y se hizo el silencio. Estel tenía muchas más cosas que decir, pero tendría que esperar. Se despidió torpemente y salió del coche a toda prisa hasta colarse por la puerta de su edificio. A él no hacía falta desearle buenas noches, porque no se iría a dormir en breve, recapacitó. Ya en la escalera notó como el corazón le latía con fuerza. Esperó un minuto hasta escuchar el motor del BMW y después subió a casa.

Estaba tan nerviosa que no podía dormir. Dio muchas vueltas en la cama y

finalmente se levantó. Apartó la cortina de la puerta del balcón y miró al cielo nocturno. No había niebla aquella fría noche de noviembre, pero tampoco había ya luna, ni estrellas. Un mar nocturno de una profundidad inmensa se levantaba sobre el pueblo. Las nubes camuflando las puertas del cielo. Bajó la mirada lentamente a las calles solitarias y vislumbró una figura oscura que se apartaba de la luz de una farola. Pensó que le engañaban sus ojos, pues al volver a mirar no vio nada. Quizás se estaba volviendo loca. El cansancio hacía mella en ella como un pequeño reloj de arena al que se le acababan los minutos. Se metió de nuevo en la cama incapaz ya de conciliar el sueño. Cogió una vieja Biblia de la repisa y comenzó a leerla. Hacía años que no la tocaba, pero la había traído con ella por los sentimientos que le despertaba. Su madre la leía todas las noches de su vida y ahora era lo más cercano a ella que tenía. Estel no se sentía igual de creyente, no iba a misa, no rezaba, y hacía mucho que había perdido la fe. Pero a su madre, las palabras de aquel libro le daban esperanza y ella deseaba fervientemente sentirse bien. Y así, abrazada al libro, se quedó dormida al despuntar el alba. Mientras la rancia luz de la mañana acariciaba su rostro pálido y cansado. Mientras el mundo despertaba al día. Mientras todo cambiaba de nuevo y la vida giraba sin tregua. Mientras ella seguía perdida...

5. SALIR A LA LUNA

—¿Qué pasa contigo hermano? Estás escurridizo últimamente. —Preguntó la vampira menuda que jugaba con el móvil en el sofá. El humano se revolvió en la otra punta del mismo asiento y lo saludó con la cabeza. Lena había tenido varios donantes humanos desde que la conocía, pero éste era el que más le había durado hasta la fecha. Uri tenía unos veinticinco años, llevaba el pelo siempre muy corto, de un rubio oscuro y los ojos color caramelo. Tenía cara de niño inocente, pero si se mezclaba con vampiros es que había abandonado la inocencia para siempre. Ser donante exclusivo de uno de ellos no era algo raro, pero no estaba seguro de si era lo que deseaba para su hermana. Al final, los sentimientos siempre se mezclaban y uno podía salir escaldado de esa relación. Sin embargo, a Lena no podía decirle nada, siempre hacía lo que quería. Era la consentida de la casa y en parte había sido por su culpa. Suspiró y le devolvió la mirada. Llevaba un corte de pelo moderno con mechas rojas sobre la oscura melena que enmarcaba su rostro. Sus ojos azules lo sondeaban.

—Todo va bien Lena, no te preocupes. —Le dijo para tranquilizarla.

—Cada vez sales antes a alimentarte y es raro en ti, sueles aguantar incluso días... Puedo prestarte a Uri si lo necesitas.— El mencionado levantó la cabeza de su propio móvil y se encogió de hombros. A él le daba igual quién se alimentara de su cuerpo mientras sintiera ese placer increíble que experimentaban los humanos. Era una especie de yonqui y a Anthony se le revolvió un poco el estómago. Antes se moriría de hambre, pensó. Aunque no lo dijo en voz alta por si alguna vez tenía que comerse sus palabras, nunca se sabía.

—No es necesario. —Dijo secamente.— Estoy perfectamente y tengo negocios que atender.— Lena levantó una ceja, incrédula, pero no continuó su interrogatorio. Era demasiado lista y demasiado desconfiada para creer un comentario tan vago, él lo sabía, y aún así, lo mantuvo porque no sabía qué decirle.

—Como quieras.— Respondió ella, fingiendo ignorarlo.

—¿Y Arthur? —Preguntó entonces, recordando que hacía un par de días que no veía a su otro hermano.

—Ha salido con Anastasia al Club. Últimamente se pasan la vida allí. Hoy tocaba intercambio de parejas, creo. —Ambos vampiros negaron con la cabeza. Su otro hermano siempre andaba buscando aventuras cuanto más sexuales mejor.

—Está bien. Tengo que marcharme. Nos vemos luego.—Saludó a Lena y ésta levantó una mano como despedida. Anthony abrió la puerta del chalet. La noche lo cubría todo como una máscara, igual que ellos semejaban humanos por fuera escondiendo al monstruo dentro. Suspiró profundamente y salió a la luna.

Habían pasado un par de días de los más extraños que podía recordar y eso que últimamente pasaba momentos de sorpresa y terror constantes. Apenas había podido dormir porque había tenido horribles pesadillas. Sueños en los que vampiros desconocidos venían a por ella en la oscuridad, y eso la hizo despertarse varias veces hasta que terminó mirando la tele hasta tarde y acostándose con las primeras luces del amanecer. Finalmente, tras vagar por la casa, inquieta, se duchó y se arregló para volver a casa de Mae. Esta vez se colocó sus pendientes de plata favoritos como amuleto y porque en las leyendas, este material mantenía a raya a los monstruos, y en una vida como la suya cualquier ayuda era poca. No quería reconocer que Anthony le atraía demasiado porque no quería olvidar lo que realmente era, ni qué intenciones albergaba hacia ella. Esa era la situación. Así que se miró por última vez en el espejo del recibidor y se subió la cremallera del anorak rojo. Salió fuera y ya era de noche. Anthony le había dicho que la recogería, así que echó un vistazo a la calle. Los faros de un coche oscuro parpadearon para advertirle de su presencia y se acercó con paso más firme que la vez anterior. Subió al vehículo y él sonrió.

—Tienes mejor cara. —Le aseguró. Desde luego, se encontraba mejor. No se sentía mareada y en cualquier caso el cansancio que sentía estaba supeditado a las horas que dormía.

—Gracias. Me siento mejor.— El coche arrancó y Anthony condujo de nuevo tranquilamente. Quizás ella había esperado que al ser una criatura legendaria se viera abocado a conducir temerariamente y llevar una vida alocada. Anthony desde luego, era bastante tranquilo. Serio, educado e incluso tímido. O quizás era lo que debía parecer para atraer a las presas humanas. La desconfianza se adueñó de ella y se sintió perdida de nuevo.

—Sé que tienes muchas preguntas y hoy podemos hablar de algunas si quieres.— Estel asintió.— Pero yo también tengo algunas para ti.

—¿Cómo qué? ¿Qué quieres saber? —Anthony hizo una mueca.

—Después hablaremos más tranquilos.— Estel permaneció en silencio el resto del trayecto imaginando qué podría querer saber de ella. Mae les abrió la puerta ataviada con una larga falda color turquesa y un poncho negro. Las

diminutas trenzas de su cabello estaban adornadas con cuentas azules que brillaban bajo la tenue luz del salón.

—Estás muy guapa hoy. —Le señaló Estel mientras se quitaba el anorak. Ella le guiñó un ojo pícaramente y ambas sonrieron. Anthony se disculpó enseguida y volvió a marcharse, ahora ya claramente para alimentarse. No le había dado tiempo a fijarse en el color de sus ojos, pero no hacía falta. Como le había dicho la doctora, era demasiado temprano para que le hubiera dado tiempo a comer. Fuera como fuera, no quería pensar en esas personas ajenas a todo ese mundo que por casualidad se encontraban con él. Esperaba que fuera rápido e indoloro. Y que con ellos sí funcionara la hipnosis y se olvidaran de todo. Aunque si cada noche debía alimentarse era probable que tuviera que repetir y a algunos les debía borrar la memoria a menudo. ¿Tendría efectos negativos sobre esas personas? Estel estaba pensando en ello cuando Mae trajo su maletín. Enseguida se quitó el jersey gris de lana y la mujer fue examinando la herida lentamente. Ésta no era muy grande, pero estaba en un lugar complicado, cerca del hueso. Estel prácticamente no se movió, pero apenas sintió dolor. Mae era buena en lo suyo y comprendió porqué Anthony confiaba en ella. Los accidentes ocurrían y en esas ocasiones no podían acudir a un hospital. Tras curarlos, les borraba la memoria y todo volvía a la normalidad. Sin embargo, a ella no podía borrarla y era un misterio el por qué no ocurría. Se preguntó entonces, si hubiera sido mejor para ella. Apretó los labios negando por dentro. Aquello había ocurrido por alguna razón. Igual que se había quedado sola en el mundo, cómo había llegado hasta allí... el destino jugaba con ella e iba a investigar por qué. Entonces mientras estaba allí, perdida en sus pensamientos se le ocurrió algo totalmente descabellado aunque plausible.

—Mae.— Llamó su atención. La mujer acababa de guardar su instrumental y ella ya se había vestido.— Me dijiste, la primera noche que estuve aquí, que habías amado a un vampiro.— Mae endureció el semblante y su mirada desprendió tristeza.

—Sí. Fue la tesis extraoficial de mis estudios. Cómo salvar humanos de los vampiros y no caer en su trampa. Yo fui la primera víctima de aquella experiencia. Pueden llegar a ser... hipnóticos. No sólo por sus capacidades psíquicas, sino como seres especiales, atraen demasiado.

—¿Cómo ocurrió? —Se atrevió a preguntar, aunque se arrepintió enseguida.

—Yo era muy joven. Acababa de empezar en la Universidad allá en La Habana y mi padre vino a visitarnos. Él vivía en Europa todo el año ya que

trabajaba para un embajador y venía cuando podía. Mi madre y yo, nos habíamos acostumbrado a sus ausencias. Trabajaba mucho, aunque yo no pudiera imaginar siquiera en qué estaba metido. Yo, en cambio, sólo he trabajado para un vampiro, y aquí es donde he acabado.— Y levantó las manos para referirse a su casa.— Pero a su vuelta, mi padre no vino solo. Yo no sabía para quién trabajaba, ni a qué se dedicaba en realidad. Así que me presentó a su apuesto acompañante del que me quedé prendada nada más verlo. Parecía tener una edad difícil de precisar, pero mi padre decía que era su socio y era muy atento. Tan educado... Tenían que volver a Europa muy pronto, pero hubo algún tipo de problema burocrático o qué se yo, y ambos quedaron retenidos en el país más de lo debido. Yo estaba encantada de tenerlos a los dos, pero mi padre estaba nervioso como pocas veces lo había visto en mi vida. En cambio, su socio estaba tranquilo como si nada de aquello importara. Una noche me acompañó a dar un paseo bajo las estrellas... y me mordió. Aquel momento cambió por entero mi vida. Él enseguida se arrepintió y fue en busca de mi padre. Entre ambos me explicaron lo que sucedía realmente y yo tuve que olvidarme de él, por lo menos sentimentalmente claro.— Hizo una pausa.— Los vampiros no aman y menos a los humanos. Somos su alimento, juegan con nosotros, pero no entienden la vida como nosotros. Son diferentes. Y esperar de ellos una reciprocidad en los sentimientos es un error. Un error que a veces se paga muy caro.— Estel tragó saliva. Aquel testimonio había sido demoledor. Mae había sufrido, y ahora al escucharla, comprendía mejor algunas cosas.

—¿Ese vampiro era Anthony? —Las palabras salieron solas, otra vez sin pensar. Mae apretó los ojos sintiendo la puñalada.

—Sí.— Estel se quedó muda de repente. Ella había seguido a su lado a pesar de no ser correspondida. Tenía un hijo con otro hombre, por lo que había seguido adelante, quizás a la fuerza. Era realmente fuerte para aguantar aquello. En aquel preciso instante de incómodo silencio, el timbre sonó. Ambas sabían quién era y Mae se dilató en el tiempo un poco más antes de abrir.

Anthony entró tranquilamente al salón con su habitual forma de ser, pero pronto comprendió que había cierta tensión. Los ojos de Mae lo esquivaron y él muy comprensivo, enseguida le agradeció que hubiera curado a la muchacha y se disculpó por marcharse tan pronto. Estel aprovechó y se levantó para partir con él. Mae pareció complacida, tal vez porque se los quería quitar de en medio lo antes posible. Y ella se dejó empujar hacia la puerta casi sin

darse cuenta. Se despidieron brevemente y se subieron al coche sumidos en el silencio. Anthony arrancó, pero siguieron callados. Estel no sabía qué decir. Pero el vampiro ya se había dado cuenta de la situación y decidió abordar el tema.

—Quizás Mae te cuente los horrores de trabajar para vampiros, pero es más que un trabajo, es casi un talento. Ella es increíblemente buena en lo suyo. —La estaba halagando, justificando sus méritos, porque no podía amarla.

—Es una mujer muy fuerte. —Sentenció Estel, incapaz de verla sólo como una buena profesional.

—Lo es y una gran persona. —Anthony suspiró exasperado. —No me gusta hablar de esto. Sé que estaba enamorada de mí. Era... tan joven... y yo... yo tenía otra relación. No podía corresponderla y el momento pasó. Sé que nunca me lo ha perdonado. Pero creo que así fue, porque no debía ser. Nada más. Con el tiempo pierdes a tantos que te inmunizas, pero me dolería perderla a ella. — Estel se quedó paralizada ante aquella confesión inesperada.

—¿Por qué me cuentas esto? ¿Se lo has dicho a ella alguna vez? —Se sintió totalmente avergonzada y triste. Era un sentimiento totalmente extraño.

—Porque tenía que contárselo a alguien, y a ella no puedo. Siempre está a la defensiva. No quiero alimentar sentimientos que ella misma se encargó de enterrar. No quiero que veas sólo al monstruo, aunque quizás fuera lo mejor. — Dio un volantazo y fue la primera vez que lo notaba nervioso. El coche giró velozmente y el trayecto cambió. Antes de que pudiera preguntarse a dónde iban descubrió que abandonaban el pueblo y la sangre galopó en sus venas.

—¿A dónde vamos? —Se atrevió a preguntar mientras el vehículo avanzaba a toda velocidad. —Anthony...

—No te preocupes. Te dije que quería resolver alguna de tus dudas. Tendrás que confiar en mí. — Estel sentía como su corazón se desbocaba por momentos. No entendía nada. — Mezclarse con vampiros te cambiará la vida para siempre. Mae lo comprendió enseguida. Nunca volverás a ser la misma. Si no puedo hacerte olvidar, tendrás que vivir con ello.

—No importa. —Le dijo lo que realmente sentía. Creía que había muchos secretos oscuros aún en el corazón del vampiro e imaginaba que no todos cumplían las normas cívicas. Imaginaba muchas cosas horribles, pero sabía que a veces la realidad superaba la ficción.

—Estel, no lo entiendes. Tienes que saber a todo lo que te expones.

—No me he expuesto voluntariamente. —Le recriminó. El coche cogió una salida de la autovía, pero ella apenas miraba la carretera de lo enojada y

confusa que se sentía. ¿Cuánto tiempo llevaban de camino? Había perdido la noción del tiempo.

—¿Estás segura de ello? —Le reprochó. Estel no podía creer lo que oía. ¿Creía que ella había buscado al vampiro que la atacó? Era una estupidez.

—Quieres que confíe en ti, ¿pero desconfías de mí? Yo... ni siquiera sabía que existíais... nunca había visto a ese tipo, ni nada de nada. ¡Quería matarme! ¿Qué ocurre? —Le gritó nerviosa.

—Exacto. —Le respondió el vampiro. —No quería alimentarse sólo de ti, quería matarte. La segunda vez no fue una casualidad. Venía a por ti. Te estuvo rastreando, esperando la ocasión. —Se hizo el silencio. Estel intentaba digerir la información.— Era un sicario. Lo enviaron para matarte. Y quién lo hizo, enviará a otros...

—¿Qué...?— Estel no entendía nada. —Tiene que ser un error. Yo no le he hecho nada a nadie. No le debo nada a nadie. —Anthony detuvo el vehículo y estacionó en una plaza vacía. Ella seguía en estado de shock.

—Tranquilízate. Averiguaremos que ocurre. He estado pensando en ello. —Le susurró. Pero ella seguía temblando de puro terror. Venían a por ella y ni siquiera sabía por qué.

—¿Dónde estamos? —Alcanzó a preguntar. Echó un vistazo el exterior, pero no reconoció el lugar. Más allá del aparcamiento, había un local de una sola planta decorado con tanta sencillez que nadie hubiera reparado en él de noche. Dos tipos altos y fornidos vigilaban la puerta y eso era lo más llamativo que había en derredor.

—En un club de vampiros.— Estel apartó la vista de la ventanilla y lo encaró con el rostro desencajado.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡Me quieren muerta! —Dijo desesperadamente.

—No todos. Si te ven conmigo es posible que se lo piensen dos veces antes de atacarte de nuevo. O esa es mi esperanza. Desafortunadamente, también se puede comprar a los vampiros.— Estel tragó saliva pues comenzaba a notar la garganta terriblemente seca.

—No me siento muy animada para entrar ahí.— Casi le suplicó.

—Merece la pena el intento. —Anthony se bajó del coche y abrió la puerta del acompañante para que ella bajara. Se resistió unos segundos más y al final salió.

—Anímate. Te presentaré a parte de mi familia. —La curiosidad pudo con ella y lo miró con expectación. Asintió aunque no tenía ni idea de que los vampiros pudieran tener parientes. Era extraño, porque ella era humana y se

había quedado sin ellos. Conocer a la familia de otro estaría bien. No se sentía con fuerzas, pero se dejó llevar por el vampiro y se colocó a su espalda para guiarla. Entraron por la única puerta que había a la vista y los guardas saludaron con la cabeza al vampiro. No estaba segura de si ellos lo eran también, pero era probable por el gesto de indiferencia hacia ella. Ya dentro se encontraron con una barra interminable donde se servían bebidas como en un bar cualquiera, salvo que algunas de aquellas copas contenían líquido oscuro de difícil definición. Miró a su alrededor y comprobó que el local estaba lleno hasta los topes. Más allá había unos reservados con las cortinas echadas, algunas mesas y unos sofás negros. Una pequeña pista de baile completaba el club al que Estel no podía poner nombre. La música estaba lo suficientemente alta como para tener que gritar para comunicarse, sin embargo, apenas hablaban. No les hacía falta. Se comunicaban con la mirada e incluso imaginaba que podían usar la mente. A esas alturas imaginaba cualquier cosa. Anthony la llevó hasta un hueco en la barra y pidió dos bebidas que ella no pudo escuchar. Había algunos humanos. Podía detectarlos por sus movimientos imperfectos, sus sonrisas y sus voces estridentes. Los vampiros en cambio, eran pausados, serios, iban a un ritmo diferente. Lobos acechando a sus presas. Anthony atrajo de nuevo su atención y le colocó un vaso entre las manos.

—Bebe. Es un cóctel especial de la casa, sin alcohol.— Estel maldijo en silencio porque era exactamente lo que necesitaba ahora. Luego miró la copa de su acompañante y vio el contenido demasiado oscuro y denso. No quería saber qué era. Tomó su vaso con fuerza y bebió. Era una especie de zumo exótico que animó su paladar. Estaba bueno, fuera lo que fuera. Anthony bebió también de su copa y pareció complacido. Los vampiros de la barra parecían estar cada vez más cerca de ella. Notó como uno de ellos le rozaba la espalda e incluso podía jurar que había sentido su aliento en la nuca. Anthony le pasó entonces la mano por su espalda de nuevo y la llevó hasta otro lugar. Había una mesa apartada, apenas iluminada y la hizo sentar. Él se sentó a su lado y durante algunos minutos se dedicó a observar. Algunos de los que estaban allí lo saludaron con un asentimiento de cabeza y luego la repasaron a ella de arriba abajo. Se sentía exactamente como un trozo de carne.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —Dijo un vampiro rubio y apuesto que se acercó muy deprisa a la mesa. —Hacía siglos que no te veía por aquí.

—Nada de sorpresas. Ya sabía que estabas aquí. —Ambos se miraron y hubo un amago de sonrisa.

—Al final no era lo que esperábamos. —Le confesó con cierta decepción y señaló con la cabeza a otra vampira rubia que se acercaba hasta ellos.— ¿Quién es esta preciosidad?— Y señaló a Estel que acababa de quitarse el anorak. Ella se detuvo en seco y miró a su alrededor. Los tres vampiros la miraban con atención.

—Todo está bien. Relájate.— Carraspeó Anthony. Ella se acomodó de nuevo bastante menos tranquila y mantuvo las manos sobre el regazo porque no sabía qué hacer con ellas.— Es Estel, una amiga.

—Él es Arthur, mi *hermano*. Y ella su mujer, Anastasia. —Ambos vampiros la saludaron a su manera con un gesto de la cabeza y tomaron asiento alrededor de la mesa.

—Si hubiera sabido que haríamos reunión familiar me habría traído a Lena... o al humano que a veces es mejor compañía. —Sentenció Arthur que parecía tener la lengua muy suelta.

—No lo he planeado.—Su hermano asintió y siguió repasándola con la mirada.

—¿Es tu primera vez... en el club?— Indagó curioso y Estel se ruborizó porque no quería responderle. Finalmente, asintió ante la atenta mirada del vampiro. —Nos alegra tener caras nuevas por aquí, es... refrescante. —Añadió con tono divertido y ella tragó saliva como si acabara de escuchar algo desafiante.

—No lo dudo. —Se atrevió a decir en voz baja aunque el vampiro la escuchó perfectamente.

—Y deberías venir en verano, las calles se llenan de gente en esas noches calurosas y acaban aquí... hay fiestas interminables. —Le sonrió pícaramente y ella sintió un escalofrío. En parte, dudaba que hubiera más gente en verano que en invierno, pero si eso era posible no estaba segura de que la gente llegara allí por su propia voluntad. En cualquier caso, ya se hacía una idea de lo que la noche escondía y a veces no traía nada bueno.

—Las calles por la noche siempre traen sorpresas, y no sólo en verano. —Susurró Anthony y ella sintió la indirecta atravesándola como una puñalada.

—La noche es joven... hay que divertirse. —Sentenció Arthur que parecía el alma de la fiesta. Anastasia, en cambio, era más retraída. La miró y ella le sonrió con timidez, pero parecía sincera. Anthony parecía relajado hasta que otro vampiro cruzó su línea de visión. Sin previo aviso, se levantó y le hizo un gesto a Estel para que continuara sentada.

—¿Podéis vigilarla por mí?— Les preguntó a los dos vampiros.

—Claro.— Respondió distraídamente Arthur que siguió con la mirada a su hermano que había ido a reencontrarse con un conocido.

—Es Alain, propietario de un restaurante para vampiros. —Le explicó. Estel no sabía si quería saber eso.

—¿Para vosotros? —Arthur sonrió, era un provocador.

—Para todos. Compartimos sociedad, así que podemos compartir restaurante. Deberíamos ir un día en familia.— Estel le sonrió a desgana.

—Quizás sí... —Le soltó antes de dar un largo trago a su copa. Echaba de menos el alcohol que hubiera relajado aquel momento tan tenso, así que se conformó con llenarse la garganta para no decir alguna estupidez. Después observó de reojo a Anthony como hablaba con su amigo. Parecían dos chicos normales en la barra de un bar. Pero eran todo menos eso. Estaban rodeados de vampiros. Podía sentir sus ojos clavados en ella. Como pasaban intencionadamente más cerca de su mesa. Hasta el punto de que le rozaban el cabello o la espalda. Al final, había acabado sentándose muy rígida y con los ojos inquietos.

—¿Cómo lo conociste? —Arthur miraba en la misma dirección que ella, hacia su *hermano* que se encontraba en la barra, luego se giró y le dedicó toda su atención. Anastasia también se centró en ella con lo que parecía que había mucho interés.

—Tuve un problema... nocturno, y él me ayudó. —Arthur la taladraba con la mirada esperando más información.— Me salvó la vida.— Terminó diciendo y el vampiro bufó para evitar decir algo inapropiado. La vampira tan sólo apretó los labios.

—El bueno de Anthony salvando a doncellas en apuros... —Anastasia sonrió ante el comentario de su marido. Estel se sonrojó y se sintió avergonzada e incómoda a partes iguales. —Pero ahora en serio, ¿cómo lo conociste? —La pregunta la dejó perpleja. No la creían y no sabía por qué.

—Él... me salvó la vida. —Arthur estudió su rostro hasta que se quedó convencido.

—¿Eres su donante? —La pregunta era normal para ellos, pero ella se sintió de nuevo ofendida. Negó con la cabeza y el vampiro la miró con recelo.— ¿Y entonces... qué haces aquí con él?— Estel no estaba muy segura de conocer la respuesta, así que apretó los labios y se quedó en silencio. Él la intimidó con la mirada y ella balbuceó.

—No... lo sé... exactamente. —Ambos vampiros se miraron con una expresión seria y a ella se le contagió la tensión del momento. Cada vez se

sentía más ansiosa y le dolía la espalda de mantenerla tan rígida. Sintió náuseas. Quería salir de allí, quería salir ya. Se levantó de repente, presa de un calor sofocante y se dispuso a marcharse, pero Arthur la sujetó de un brazo con muy poco esfuerzo. Se había levantado también y ahora se alzaba cuan alto era arrojando sombras sobre ella.

—¿A dónde crees que vas? —Le preguntó con menos cortesía.

—Necesito aire, me estoy mareando. —Arthur hizo una mueca y la sujetó con más fuerza para que volviera a sentarse, hasta que otra mano se colocó en su hombro. Anastasia se había levantado también y apartaba la mano de su marido firme, pero elegantemente.

—Yo la acompañaré fuera. Relájate. Sólo es una humana y está asustada.— Estel no tenía nada que decir contra eso. El vampiro las miró a ambas y finalmente consintió con un gesto de cabeza, mientras mascullaba algo así como <<mujeres>>. Anastasia no esperó a que cambiara de opinión, le colocó una mano en el hombro y la condujo entre la gente. Algunos curiosos las observaron pasar con interés, pero ninguno se atrevió a detenerlas. El guarda de la puerta, un vampiro de unos dos metros que no había visto al entrar, las miró de reojo y les abrió la salida para ellas. Una vez fuera, la apartó del bullicio del acceso al local para que estuviera más tranquila.

—¿Mejor? —Le preguntó mientras le dejaba un poco de espacio. Estel asintió mientras agradecía que el aire fresco se colara en sus pulmones.

—Ha sido un día difícil.— Reconoció y la vampira la miró intensamente.

—Anthony nunca te habría traído aquí sin un buen motivo. —Dijo al cabo.— ¿Por qué no te ha borrado los recuerdos? —Preguntó curiosa y Estel, siendo justa, entendía su curiosidad.

—No puede. Lo intentó, pero no es posible. —Anastasia se quedó mirándola un buen rato sin abrir la boca, si le había impresionado o no, no lo demostró. De repente, alzó la cabeza y miró por encima del hombro de la joven. En segundos, se colocó a su lado y la sujetó del hombro en el que afortunadamente no tenía la herida.

—¿Qué quieres? —Preguntó fríamente la vampira. Estel se giró lo suficiente para ver a un vampiro joven apoyado en un coche próximo a ellas.

—Me preguntaba qué hacían estas dos bellezas aquí solas y si me podía unir a la fiesta. —Dijo con voz animada. No parecía más que un adolescente, incluso más joven que ella, pero aquel brillo en sus ojos lo delataba. No era para nada inocente. Era humano tan sólo en la superficie, como una cáscara. Mae ya se lo había advertido, los humanos eran sus presas, nada más.

—No eres bien recibido. —Le explicó la vampira con voz suave.—
Márchate. —Le aconsejó. El vampiro sonrió ante aquellas palabras.

—Me parece que me voy a quedar un poco más. —Se irguió y la vampira se tensó. Fuera lo que fuera lo que venía, no iba a ser agradable. Estel retrocedió inconscientemente un paso y el vampiro se lanzó a por ella. Era demasiado rápido. Anastasia sólo tuvo tiempo de empujarla hacia un lado, apartándola justo en el instante en que algo lo golpeaba en el aire y lo derribaba. El vampiro cayó a los pies de la joven y ella se retiró hasta el coche más cercano para no tener que tocarlo siquiera. Arthur se acercó a grandes zancadas. Lo había derribado con una piedra. Lo levantó del suelo y le propinó un cabezazo, luego lo hizo volar por encima de los coches hasta que aterrizó bajo un árbol. Anastasia llegó hasta ella para comprobar que estaba bien, la joven imaginaba que debía estar más pálida de lo normal.

—No te preocupes. No va a matarlo y nos recuperamos pronto. A veces hay que enseñar lo que es el respeto.— Estel observó como Arthur levantaba al otro vampiro con una sola mano y le hablaba al oído.

—¡No te acerques nunca más a ninguna de ellas o será lo último que hagas, escoria!— El vampiro adolescente se rio. Arthur pareció tener ganas de partirle la cara de nuevo, pero finalmente lo tiró al suelo y éste se escabulló escupiendo a su paso.

—Nunca habría que convertirlos tan jóvenes. Son imprudentes y agresivos. —Dijo Arthur para sí mientras se acercaba a ellas. En ese mismo instante, Anthony salió como una exhalación del club y se plantó delante de los tres.— Has tardado. —Le recriminó su hermano.

—Pero la dejé en buenas manos. —Dijo al fin, observando a Estel de arriba abajo para cerciorarse de que estaba bien. Su hermano bufó y se frotó la mano con la que había sujetado al vampiro adolescente.

—Tú sabrás lo que haces... —Le confesó a Anthony. Luego se giró hacia su mujer.— Volvamos dentro Any, la noche sólo acaba de empezar.— Ésta asintió y tras despedirse con un cabeceo, desaparecieron de nuevo en el interior del club. Quizás lo que acababa de ocurrir para ellos era normal y lo celebrarían tomándose una copa de aquel líquido oscuro que Estel prefería ignorar.

—¿Estás bien? —Le preguntó el vampiro con preocupación.

—Sí. —No sabía qué más decirle, así que prefirió callar. Sentía que volvían a temblarle las piernas y decidió ponerse a caminar hacia el coche del vampiro para ver si él pillaba la indirecta y se largaban de allí. Él la observó un instante y luego la siguió. Se subieron en silencio y el coche arrancó tan

suave como podía hacerlo.

—Siento lo que ha ocurrido. Si te sirve de consuelo, estoy seguro de que ese vampiro no quería matarte.— Estel lo miró de reajo y bufó consternada. Era evidente que sólo quería su sangre, pero aún así...

—No es culpa tuya. —Le dijo al fin para aliviar la conciencia del vampiro. A fin de cuentas sólo quería ayudarla. Lo miró de reajo y se fijó en que su enfado anterior había pasado y Estel no lo volvió a mencionar.

—Tu *hermano* es... muy insistente. —Le reconoció al vampiro tras haberse sentido cohibida dentro del local. Anthony sonrió ante su ocurrencia.

—Es mi *hermano de sangre*. —Le confesó. Aunque Estel ya se imaginaba que no compartían genes.— Lo convertí hace mucho tiempo y desde entonces siempre hemos estado juntos. Me gusta llamarlo *hermano* porque nunca lo vería cómo a un hijo.

—Lo convertiste...— Reflexionó sobre aquello en voz alta.

—No convertimos por casualidad. Es un acto difícil y de mucha responsabilidad. Los neófitos requieren mucho tiempo. —Dijo casi para sí mismo.

—¿Y por qué lo hiciste? —Se atrevió a preguntarle. Ahora que habían empezado las confesiones no quería que parara. El vehículo entró en la autovía y aceleró.

—Estuve sólo mucho tiempo y necesitaba a alguien para compartir esta vida. Alguien que me guardara las espaldas, en quién pudiera confiar plenamente. Eran tiempos muy difíciles, inestables y convulsos. Me escondía noche tras noche y en una de ellas, en una vieja calle de París me encontré con él. Su padre era inglés y su madre francesa y él se dedicaba a robar y a beber, sólo que aquella noche tuvo más mala suerte de la habitual. Le robaron a él y lo encontré sobre un charco de sangre a punto de abandonar este mundo. No estaba seguro de si él era el adecuado, pero me parecía mal desperdiciar aquella oportunidad. Me lo llevé y lo convertí. Y desde que lo hice no me he arrepentido ni una sola vez. Ha sido el mejor amigo que he podido tener.— Cuando acabó su relato se produjo un silencio extraño. Estel no sabía qué decir. Pero tenía una pregunta más.

—¿Se enfadó contigo alguna vez por lo que habías hecho? —Anthony lo pensó primero.

—Tal vez, aunque nunca me lo ha demostrado. Habrá echado de menos algunas cosas de su vida anterior, pero si no lo hubiera convertido aquella noche, hubiera muerto. Y la muerte no es reversible. —Anthony aparcó delante

del edificio donde vivía Estel y a ella le pareció que se le había hecho muy corto el trayecto. Iba a bajarse cuando el vampiro le colocó una mano en el hombro en un gesto que comenzaba a serle familiar.

—Este gesto significa que tenemos confianza en esa persona.— Explicó. Estel se sintió halagada sin saber por qué. Lo único que había hecho era desarrollar un talento antiborrado de mente y que alguien la quería muerta. No había hecho nada realmente especial para merecer aquella confianza, ¿o sí?

—No sé si la merezco.— Replicó un tanto incómoda. Anthony sonrió con tristeza.

—La merecerás. —Le advirtió. Estel lo miró unos segundos más, luego bajó del coche y se dejó engullir por el portal.

A solas en el piso mientras la noche avanzaba y esperaba el regreso de Patty, se sintió sola. Pensó en la trágica desaparición de sus padres, en el vacío que habían dejado en su vida. Sin más familia que ellos, el mundo era un lugar mucho más lúgubre. Incluso Anthony había creado una familia para compartir el mundo. Suspiró y pensó que Patty, con su habitual actitud desinteresada y su desbordante energía, era lo más parecido a una familia que tenía. Se sentía en deuda con ella por todo el cariño que le daba. Así que se acercó a la cocina, sacó el delantal y con una sonrisa empezó a preparar la tarta favorita de su amiga.

6. SOLA EN LA NOCHE

Dos semanas después seguía sin noticias de Anthony. Estel se preguntaba si estaría enfadado con ella, al fin y al cabo, no sabía cómo tratar a los vampiros y quizás lo había ofendido de alguna manera. No se atrevía a salir de noche porque aún había alguien ahí fuera que la quería ver muerta y enviaba a sus secuaces vampiros al caer la noche. Había pillado a Patty mirándola de reojo alguna vez, tal vez porque imaginaba que algo ocurría. Sin embargo, aquel sábado nada le importó. Estaba harta de esperar que las cosas se resolvieran por sí solas, así que aceptó la invitación de Patty y se fue a su bar. Había contratado a una camarera con lo que tenían menos trabajo y podían disfrutar un poco más de la noche. Pronto se vieron inmersas en una nube de jóvenes que hacían rebullir el local. Estaba hasta los topes y Patty se coló en la barra para servir copas. Estel quiso ayudarla, pero su amiga se negó. Finalmente, harta de dar vueltas, se marchó fuera para recoger vasos y vaciar ceniceros que la avalancha de jóvenes había dejado por doquier. Estaba inmersa en aquella rutina cuando advirtió una figura femenina apoyada en la pared más próxima. Al observarla más detenidamente no la reconoció, pero ella siguió mirándola intensamente. Cuando estaba a punto de entrar de nuevo en el bar, la joven se acercó rápidamente y le cerró el paso. Estel la miró con una mezcla de temor y enfado.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó a la desconocida. Y entonces miró sus ojos. Eran de un azul profundo y emitían algo, un brillo que ya comenzaba a reconocer. Era una vampira y estaba intentando hacerle algo en su mente. Podía sentir una vibración, como unas cosquillas por dentro. Estel parpadeó varias veces para quitarse de encima aquella sensación y finalmente la vampira se rindió y la soltó.

—¿Quién diablos eres tú? —Le espetó. Tenía el cabello oscuro rematado con mechas rojas. Era una joven atractiva y descarada. Pero no la conocía de nada.

—Yo he preguntado primero.— Remarcó Estel sin dejarse llevar por el miedo.

—Quería ver en qué estaba metido mi *hermano*.— Y entornó los ojos. —A veces es un poco inocente.

—¿Tu *hermano*?—Repitió Estel y la vampira bufó.

—Anthony.— Estel reconoció en su fuero interno que no había estado muy avispada en eso, pero ahora que lo había confesado, realmente con ella si se

parecía, mucho más que con Arthur. Probablemente estaba preocupada por él, aunque no debiera.

—No lo he visto en dos semanas.— Titubeó.— ¿Se encuentra bien? —La pregunta le aplastó el corazón porque quizás su ausencia se debía a que algo malo le había ocurrido.

—Todo lo bien que puede estar. Pero está nervioso. No me gusta y tú no me gustas. No te acerques a él.— Estel se quedó boquiabierta y un tanto disgustada.

—¡No soy yo quién se le acerca! Me salvó de un sicario, pero ya no ha vuelto, así que debo estar ya a salvo. —Le espetó indignada y se dispuso a entrar de nuevo en el local. La vampira, sin embargo, siguió bloqueándole el paso.

—Lo dudo... —Se cruzó de brazos y la repasó de arriba abajo.

—¿Por qué? ¿Sois tan maravillosos que no podemos desprender nuestra mortal mirada de vosotros? —Preguntó enfadada.

—Dudo que estés a salvo. —La corrigió. —Un sicario sólo se detiene cuando mata o cuando lo matan. Y siempre hay uno de repuesto. Vendrán más... Por eso no me gusta que esté cerca de ti. Le traerás problemas.— Estel se quedó muda. Había supuesto que la ausencia de Anthony implicaba la resolución de sus problemas, pero lejos de ser así, la vampira le anunciaba un futuro tenebroso.

—Yo... — Balbuceó desmoralizada.

—¡Aléjate de él! —Le espetó la vampira por si no le había quedado claro. Luego se apartó de la puerta y desapareció tan rápido que casi no le dio tiempo a seguirla con la mirada.

—¿Con quién hablabas? —Preguntó de repente Patty que salió a ver qué hacía allí fuera. Estel se sobresaltó y tartamudeó en una respuesta que venía a decir <<con nadie>>. Luego recogió los vasos que quedaban y se coló en el bar pasando por delante de su amiga que la miraba preocupada.

Dos horas más tarde estaba tan agobiada que quería marcharse a casa. A Patty aún le quedaban varias horas de trabajo y no quería molestarla, así que deambuló por el bar como un fantasma. Estaba a punto de pedir un taxi cuando una forma familiar entró en el local. Iba vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa negra. Oteó a todos los clientes como un felino y finalmente sus profundos ojos azules la divisaron. Ambos se observaron en la distancia, expectantes. Finalmente, Anthony cruzó el gentío y se apoyó en la misma pared que ella.

—Sé que Lena ha estado aquí. Lo siento. —Le explicó excusándose.

—¿Por eso has venido? ¿Para disculparte? Pensé que todo había terminado y que no ibas a volver más. —Le recriminó.

—Necesitaba concentrarme. —Le explicó.

—¿Te desconcentro? —Le preguntó sorprendida. Él sonrió tímidamente.

—Mucho. —Se miraron y Estel apartó la vista, perdida. Luego empezó a sentirse mareada. Todo aquello era una locura. Un vampiro que era protector y peligroso a partes iguales. No sabía dónde se había metido, aunque en realidad no lo había buscado. Había sobrevivido a la muerte, pero ahora le rondaba.

—Creo que debería marcharme a casa. —Dijo al cabo y Anthony asintió. Estel se encaminó hacia Patty y le aseguró que estaría bien y que se marchaba a descansar. Ella miró hacia la puerta donde Anthony aguardaba y sonrió pícaramente.

—Cuídate cielo. ¿Debería preocuparme si mañana no te encuentro en tu cama?— Estel sonrió ante la pregunta de su amiga.

—Descuida. No somos tan <<amigos>>. —Le recordó y ella le devolvió la sonrisa.

—Ya, ya... Dile que le romperé las piernas si se porta mal.— Y desapareció entre el gentío para servir unas bebidas. Estel la siguió con la mirada hasta perderla de vista, recogió sus cosas y se encaminó a la puerta. El vampiro aguardaba paciente junto a ésta y ambos salieron al exterior. El aire parecía más frío ahora que abandonaban el local, pero Anthony le mostró su coche que estaba aparcado muy cerca. Subieron y el suave sonido del motor los envolvió de nuevo.

—Pensaba que no ibas a volver. —Le reconoció.

—¿Por eso saliste de noche a probar suerte? Te advertí que era peligroso. —Le recriminó suavemente. Ella esbozó una mueca.

—No puedo quedarme encerrada toda la vida. Mis padres nunca hubieran querido eso para mí.— Reflexionó en voz alta.— Vine aquí para recuperarme de su pérdida y... no sé si lo estoy consiguiendo.— El silencio se hizo entre ambos durante algunos segundos que parecieron eternos.

—Lo siento. Pero lo arreglaremos.— El coche paró en un stop y ambos se miraron. —Te lo prometo.— Estel asintió casi automáticamente sin saber exactamente que comportaba la promesa de un vampiro.

Llegaron delante de su edificio muy pronto. El reloj del salpicadero marcaba la 1:30 de la madrugada. Estel recordó con cierta nostalgia, las

viejas noches de sábado cuando volvía a casa prácticamente al amanecer. Ahora las noches estaban vetadas, en parte por la tristeza en que se había sumido, y en parte por los peligros que acechaban tras ella. Tenía ganas de volver a caminar, de que las noches volvieran a ser suyas. Resignándose, bajó del vehículo estacionado. Para su sorpresa, Anthony bajó también. Había esperado que se mantuviera dentro, tal vez porque así su corazón dejaría de latir acelerado cuando estaba tan cerca. Quizás su hermana tenía razón y debía alejarse de él ahora que aún podía. Quizás debía... Miró el rostro de Anthony y lo vio terriblemente tenso. En cuanto ella rodeó el coche, él la atrapó del brazo y la atrajo hacia él. La mantuvo allí, muy cerca, prácticamente pegada a su cuerpo. Su aroma era fresco y la fragancia de su ropa, dulce. No era una mala situación pensó, si no fuera porque algo iba mal. Escuchó unos pasos y miró en aquella dirección.

Era un hombre demasiado grácil para ser humano. Demasiada soltura al andar, y una mirada brillante en aquel rostro pétreo le recordó de qué se trataba. Por el otro lado de la calle, se acercó otro, tan parecido, a excepción del pelo, que no tuvo ninguna duda. Dos vampiros. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y se apretó contra Anthony. Iban a por ella, en la puerta de su casa, la buscaban.

—Sería más fácil si nos la entregaras de una vez. —Sentenció el vampiro de pelo rizado que había llegado primero.

—Ni lo sueñes. —Le replicó Anthony con cierto mal humor.

—Mataste a una de mis creaciones... dame a la chica y estaremos en paz. —Advirtió el vampiro desconocido. El otro apenas se movía, preparado para la acción. Estel se preguntó qué probabilidades tendría frente a ellos.

—Este es mi territorio. Nadie caza aquí sin mi permiso.— Les advirtió Anthony y su interlocutor sonrió socarronamente.

—Entonces tendrá que dejar de ser tu territorio. —Le escupió y luego se lanzó a por él. Anthony tuvo buenos reflejos y lanzó a Estel contra el coche, justo detrás de él.

—¡Sube al coche! —Le gritó mientras ambos caían al suelo en un revoltijo de manos y pies. El otro vampiro permaneció impassible mientras ellos se apaleaban. Estel quería gritar y pedir ayuda. Salvarlo. Pero si había más gente implicada también saldría más gente dañada. Los vampiros eran demasiado fuertes para cualquier mortal. Anthony finalmente se levantó del suelo. Su camisa estaba desgarrada y sucia y tenía rasguños por toda su piel. El otro vampiro también se levantó y tenía un aspecto parecido. Luego le hizo un gesto

a su acompañante y ambos arrinconaron a Anthony contra la pared. Estel sentía el corazón en la garganta, le dolía el cuerpo por la rigidez y no sabía cómo ayudarlo. Miraba desesperada en derredor esperando que interviniera alguien, pero nadie llegó.

—¡Dejadlo en paz! —Gritó.— ¡Iré con vosotros!— El vampiro desconocido se giró hacia ella. Le sangraba una ceja.

—¡Claro que vendrás! Cuando acabe con éste. —Aseguró y Estel tragó saliva. No podía hacer nada y se sintió terriblemente inútil. El vampiro que había hablado se giró de nuevo, intentó pegar a Anthony pero falló. Entonces su compañero lo sujetó para él. Esta vez no erró. Estel escuchó el golpe sordo y claro y luego lo vio morderle en el brazo. Anthony aulló como si le arrancaran las entrañas, lo estaban drenando. Cayó al suelo, pero de nuevo lo redujeron y lo mordieron. Esta vez no chilló, sin embargo, saltó sobre el que se había atrevido a morderlo, lo tumbó en el suelo y le atestó un puñetazo, y luego otro en la cabeza, parecía preso de un ataque histérico. No podía parar de aporrear su cabeza hasta que la atravesó con el puño. Luego se levantó con la ropa salpicada de sangre y se encaró con el otro que, sorprendido, bajó un poco la guardia. Anthony aprovechó y se movió con rapidez, dándole una patada y tirándolo al suelo. Hubiera sido su momento, pero Anthony parecía muy debilitado por la pérdida de sangre, se tambaleó y cayó de rodillas. El vampiro que quedaba aprovechó la ocasión y le propinó un puñetazo que lo derribó. Estel gritó al verlo caer y el vampiro desconocido sacó un objeto afilado y se lanzó sobre Anthony. Algo se paró dentro de ella. Su corazón se detuvo. Y cuando creía que ya lo había perdido para siempre, se escuchó un gruñido y vio como ambos forcejeaban. Anthony estaba tumbado y tenía al otro encima. Un objeto afilado se encontraba entre ambos y él luchaba por no ser atravesado por éste. Estel se estaba consumiendo de los nervios cuando un rápido movimiento consiguió alejar el objeto afilado del pecho de su amigo y se insertó en el vampiro desconocido. Éste último se retiró hacia atrás con el arma incrustada en el pecho y cayó de espaldas como una losa sobre el pavimento. Cuando Estel buscó con la mirada algún resto de vida, sólo halló quietud. Anthony estaba en el suelo y no se movía. Inmediatamente, se despegó del coche y se arrodilló a su lado. Ningún movimiento.

—Anthony...— Pronunció la joven y las lágrimas se agolparon en sus ojos. No podía permitir que muriera por salvarla, no era justo. Él abrió ligeramente los ojos y ella lo ayudó a incorporarse, llorando de alegría porque estuviera vivo.

—Estel...— Pronunció con la voz rota. Ella se dio cuenta de que estaba malherido. Había perdido mucha sangre y quizás tenía varios huesos rotos. Sus ojos brillaban con tanta intensidad que parecían estrellas. De repente, pareció empezar a convulsionar, pero tosió y recuperó cierta estabilidad.

—¿Cómo puedo ayudarte? —Preguntó desesperada. Él la miró con los ojos entreabiertos y comprendió que apenas podía hablar, ni moverse. Se estaba muriendo. Estel se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas, se apartó el cabello del cuello y se acercó más a él.— Toma mi sangre. —Le dijo mientras su corazón se aceleraba de nuevo. No estaba muy segura de lo que hacía, pero no había marcha atrás. Él cerró los ojos con fuerza y al abrirlos se lanzó sobre ella. Era una fuerza salvaje, ruda, para lo que ella no estaba preparada. No gritó. Dejó que sus dedos acariciaran su cuello buscando la yugular, sintió sus labios susurrándole a su piel y con un dolor agudo y punzante sintió como su sangre fluía hacia fuera. Su boca la drenaba con rapidez, mientras la vida salía de ella para invadirlo a él. Pronto dejó de ser consciente de su propio cuerpo, de los sonidos que la rodeaban, y se vio envuelta por una bruma y calor sofocante que abrasaba con todo. Entonces la bruma se espesó hasta que se convirtió en negro y la noche la engulló. Se encontró como nunca, sola en la oscuridad. E incluso cuando sus ojos se cubrían con el velo de la noche, creyó ver el aire nocturno cubierto de un polvo plateado, brillante, como si las estrellas se hubieran descolgado del cielo y como si ella las hubiera alcanzado...

7. LA SANGRE DE LA VIDA

Abrió los ojos lentamente. Le pesaban los párpados y la habitación giró con ella. No sabía qué hora era y una ventana con las cortinas echadas no dejaba entrar ninguna luz. Intentó incorporarse, pero resultó demasiado cansino. Medio recostada en la cama miró a su alrededor. Se sentía desorientada, completamente exhausta y no sabía dónde estaba. Junto a la cama había una mesita de noche con un vaso de agua. Alargó la mano para cogerlo, pero le resbaló. Esperó que se estrellara contra el suelo, pero nunca lo hizo. Quizás era víctima de su propio agotamiento, pero el tiempo le pasaba muy lento. Entonces una sombra se irguió junto a la cama sujetando el vaso intacto. Estel enfocó a la figura, pero estaba demasiado oscuro cómo para ver nada.

—Estel. —Dijo una voz masculina. Ella estaba segura de que reconocía la voz, aunque era incapaz de ponerle nombre. Tal vez habían conseguido borrarle la mente al fin. Y con aquel último pensamiento comprendió que si lo hubieran hecho no estaría pensando en ello. Negó con la cabeza.— Estel.— Repitió la voz.— ¿Cómo te encuentras?

—Cansada.— Quiso añadir algo más, pero no le salían las palabras. Él le pasó una mano por la nuca y le acercó el vaso para que bebiera. Abrió la boca obediente y tragó. Fue en ese instante en qué comprendió lo sedienta que estaba. El líquido bajó por su garganta rápidamente y ésta le ardió. Tosió y pareció despertarse de repente. Se encontraba más despejada y miró de nuevo a quién le había tendido el agua. Su rostro permanecía casi a oscuras, pero no era necesario preguntar quién era. Sintió la piel de gallina, como un escalofrío que recorrió su cuerpo hasta llegar a su cuello. Un viejo dolor punzante la avisó durante algunos segundos antes de desaparecer, recordándole el porqué se encontraba tan cansada.

—Anthony.— Era sólo un nombre, pero estaba cargado de significado. Había matado por ella y le había dado su sangre a cambio. Podría decirse que se habían salvado mutuamente. —No te preocupes. —Él se agachó y se colocó a su altura.

—Gracias por tu sangre. —Susurró.— Me salvaste la vida.

—¿Y te encuentras mejor? —Preguntó Estel con voz rasposa. Él encendió una lámpara y se acercó a la luz para que ella pudiera revisarlo. Su rostro estaba como siempre, apenas se veía alguna sombra donde un moratón estaba sanando.— Te curas rápido.

—Tú me has curado. —Le susurró de nuevo. Ella cerró los ojos un instante

recordando lo ocurrido y él se levantó.— Descansa. —Añadió. Lo escuchó suspirar y salir de la habitación. No sabía dónde estaba, ni si podía moverse, pero no esperó una invitación. Quizás los vampiros tuvieran toda una larga vida para descansar, pero ella no. Se incorporó lentamente y se sentó en la cama. Se levantó, pero las piernas no la sujetaban. Comenzaron a temblarle terriblemente, y cuando finalmente ya no pudo aguantar más, alguien la sujetó para que no cayera. Reconoció la figura esbelta, casi frágil, de Anastasia.

—Deberías hacer reposo. —Le sugirió.

—Necesito moverme. —Le replicó. Y era cierto. Tenía la sensación de haber estado en aquella cama demasiado tiempo, aunque no se atrevió a preguntar nada al respecto. Estaba viva. Punto y final. La vampira asintió lentamente mientras la observaba. Luego, le señaló otra puerta en la habitación.

—Quizás una ducha te siente bien. A mí siempre me despeja las ideas. —La acompañó hasta el baño y abrió el grifo de la ducha. El sonido del agua corriendo era relajante y Estel enseguida se sintió bien. Miró a su alrededor y comprendió que era todo demasiado nuevo y moderno incluso para ella. El agua de la ducha caía en cascada sobre unas losas negras y diferentes ojos de buey iluminaban el techo. Un espejo de grandes dimensiones se alzaba sobre una pica de mármol y se aproximó a él para ver su reflejo. Estaba pálida y había ojeras oscuras bajo sus ojos. Tenía el cabello revuelto y al mirarse de cuerpo entero vio un pijama que nuevamente, no era el suyo. Anastasia adivinó sus pensamientos y la tranquilizó.

—Mae y yo hemos cuidado de ti. Te hicimos una transfusión. —Le confesó.

—¿Una transfusión? —Preguntó sorprendida.

—Anthony tomó todo lo que necesitó... y desgraciadamente había perdido mucha sangre. —Se hizo el silencio.— Te trajo a casa inconsciente y temimos por tu vida.

—Vaya... —Atinó a decir. Anastasia dejó ropa limpia y se encaminó a la puerta del baño.

—Estaré fuera por si me necesitas. —Le sugirió. Estel asintió y ésta salió cerrando la puerta. Con un poco de esfuerzo se quitó la ropa y se adentró en el agua. La cascada se deslizó desde su cabeza, relajándola al instante. También se le despejó la mente y comprendió entonces la gravedad de lo que le había ocurrido. Había estado a punto de morir. Tras aquel pensamiento se le pasaron las ganas de continuar allí, así que acabó rápido y se envolvió en las toallas blancas que habían sido cuidadosamente preparadas para ella. Luego se secó

el cabello y se vistió con la ropa que Anastasia le había traído. Salió del baño en una burbuja de vaho, pero no encontró a la vampira. Se colocó sus zapatos que alguien había tenido la delicadeza de limpiar y salió al pasillo. A su alrededor había una serie de puertas cerradas y al final del corredor, unas escaleras. Se encaminó a ellas y comenzó a bajar. Sintió el vértigo enseguida, un zumbido en los oídos y un mareo peligroso que la hizo tambalearse. Desde allí, pudo ver el gran salón que se extendía en la planta baja. Había un par de sofás blancos y se escuchaban voces. De repente, los sonidos cesaron y una sombra cruzó la estancia. Casi sin darse cuenta, Anthony la rodeó por la cintura para que no cayera. Estaba segura de que podía hacerlo sola, pero tampoco quería arriesgarse, así que lo dejó ayudarla. Cuando hubieron bajado todos los escalones, prácticamente la arrancó del suelo y la llevó hasta el sofá. En el otro extremo, se hallaba sentada Lena, la hermana de Anthony, con cara de pocos amigos. Estel ya había comprobado su humor en otra ocasión, así que apenas la saludó e intentó ignorarla lo mejor que pudo. Anastasia estaba sentada en el otro sofá junto a su marido Arthur. De repente, un chico rubio se acercó desde la cocina y se sentó en mitad de ambas, proporcionando a Estel un escudo perfecto a las miradas de odio de la vampira.

—¿Qué tal? Soy Uri. —Se presentó el chico y Estel le estrechó la mano que le tendía. Al mismo tiempo, su compañera de sofá le dio un codazo en las costillas. Tosió y se giró hacia ella entre miradas incómodas. Anthony en cambio, no paraba de moverse nervioso y Estel lo seguía con la mirada, arriba y abajo del salón. Finalmente, se sentó en un sillón y desde allí los observó a todos.

—Estel es mi invitada y puede quedarse aquí siempre que lo necesite. —Sentenció el vampiro desde su posición y nadie replicó.

—Por mí bien. —Apreció Arthur, guiñándole un ojo a Estel. —No hay nada como el perfume de la buena sangre al despertar, me abre el apetito. —Anthony lo fulminó con la mirada, pero luego lo ignoró deliberadamente como si no hubiera escuchado nada.

—Seremos amigas. —Apoyó Anastasia con una sonrisa.

—A mí me da igual mientras no tenga que hacer de niñera.— Expuso Lena que había sido muy sincera. Realmente, le daba igual. A Uri nadie le preguntó y Anthony ni siquiera lo miró.

—¿Crees que tengo que quedarme aquí? —Preguntó algo confusa. El vampiro miró a su *hermano* y éste se encogió de hombros, luego se giró hacia ella.

—Uno de ellos era un *maestro* vampiro. No sé a quién mandarán la próxima vez, pero tienen mucho interés en ti. Es un riesgo que no quiero correr.— Ella se quedó helada. Algo en la palabra <<maestro>> implicaba que se habían tomado muchas molestias.

—No sé si será una buena idea.— Repuso la joven mientras repasaba a los que tenía a su alrededor.

—Te dije que le habías salvado la vida en vano...— Comentó en voz alta Lena dirigiéndose a su *hermano*.

—¡No te metas!— Exclamó el vampiro con cierto mal humor. Ella entornó los ojos y finalmente decidió no responderle. —No te preocupes por ellos. Ninguno te hará daño.— Todos se fueron levantando y desaparecieron rápidamente. Ella los envidió en silencio porque hubiera matado por desaparecer también.

—Ya... —Dijo para sí mientras observaba el salón vacío.

—Ningún vampiro inteligente toca lo que no es suyo. —Dijo al cabo. Y Estel lo miró con suspicacia.

—¿Y de quién soy exactamente? —Se arrepintió enseguida de aquella pregunta, pero quería saberlo, tenía que saberlo.

—Mía. —Aquella sola palabra se quedó flotando en el aire como una cadena invisible y Estel sintió un nudo que no la dejaba tragar. Le atraía Anthony de un modo irracional. Nunca le hubiera permitido a un hombre que dijera algo así de ella, sin embargo, al vampiro no podía negarle nada. Le había permitido protegerla casi sin conocerlo, acompañarla a casa, subió a su coche, se había colado en su habitación, le había permitido saciar su sed con su propia sangre... No estaba segura de a dónde le llevaría ese camino, pero aunque su mente le decía que se marchara, no a casa de Patty sino más lejos, su corazón latía de emoción allí delante de él. Se riñó a sí misma, y apartó la mirada, el vampiro suspiró. En ese preciso instante, Uri entró de nuevo al salón y se quedó parado observando el rostro tenso del vampiro. Estaba a punto de volverse cuando la voz de Anthony resonó en el salón.

—Ve a comer. Uri ha preparado algo para vosotros.— Lo dijo con más dulzura de la que sus ojos arrojaban. Ella los miró a ambos y asintió. Se moría de hambre. Se levantó con más fuerza que antes y el vampiro la siguió. Uri se acercó enseguida para ayudarla y Anthony le mandó una mirada furibunda que el chico ignoró sin más. Sin embargo, no dijo nada. Los observó mientras se colaban por la puerta de la cocina y luego desapareció. La cocina era amplia aunque la iluminación era tenue. Uri había dispuesto una mesa para ambos y

allí se dirigieron.

—Espero que te guste. No soy muy buen cocinero, pero me apaño con lo que hay. —Le confesó el joven.

—No te preocupes. Además estoy hambrienta. Parece que hace siglos que no como. —Él se rió.

—Eso es por la pérdida de sangre. Aunque te hayan puesto, tu cuerpo tiene que regenerarla. Además, has estado inconsciente dos días, es normal. —Dijo el joven con total naturalidad. Había preparado carne de ternera a la plancha, puré de patatas, ensalada y pudin de chocolate. A ella le pareció un manjar.— El postre lo hizo Salima, una vampira que ayuda en la casa. Le caigo bien.

—Eso es genial.— Reconoció Estel.— Pero, ¿has dicho que he dormido dos días?

—Sí. —Dijo mientras cortaba el primer pedazo de carne y se lo comía. Ella lo imitó mientras pensaba en ello con calma.

—Patty estará preocupada... —Dijo entonces, quedándose un momento en silencio.

—¡Oh, no te preocupes!— Exclamó Uri restándole importancia. —Anthony estaba muy alterado cuando regresó contigo en ese estado y le pidió a su *hermano* que arreglara lo de tu compañera de piso. Así que recogió tu móvil del coche y le envió un mensaje a tu amiga diciéndole que te ibas a quedar aquí unos días.— El chico le guiñó un ojo, divertido, y ella tragó con una mezcla de intranquilidad y culpa.

—Tendría que llamarla.— Confesó en voz alta.

—¿Y qué le dirás?— Quiso saber el joven enarcando las cejas.

—Una mentira. —Él se encogió de hombros y siguió comiendo.— ¿Eres el novio de Lena?— Uri se atragantó con el refresco que estaba bebiendo.

—Soy... su donante.— Ella lo miró sorprendida. ¿Se había convertido ella también en una donante más?— Nuestra relación es más íntima, pero ellos no desean una relación sentimental como estamos acostumbrados. Somos... demasiado frágiles para ellos, pasajeros, inferiores.— Estel se quedó pensativa, ¿había esperado más?

—¿Te tratan bien? —Le preguntó al fin.

—Sí. No me puedo quejar. Vivo en esta casa maravillosa, me alimentan bien y mi sangre sirve a una vampira preciosa.— Estel le sonrió condescendiente, aunque por dentro no sabía qué pensar. Debió poner mala cara porque Uri se acercó un poco a la mesa y le susurró.— Puedes estar tranquila. Anthony nunca permitiría que nada te ocurriera. Lleva mucho tiempo

solo por lo que sé. No tiene donantes, ni pareja, ni amigas... Pero aunque es un poco antisocial, es justo y honrado y si ha decidido cuidarte no te va a dejar en la estacada. Te ayudará.

—¿Lo dices para quedar bien? —Le preguntó porque le parecían demasiadas virtudes juntas. Él sonrió e hizo una mueca después, con lo que su rostro parecía dividirse en dos.

—Bueno, no he mentado, aunque es mi opinión. Es muy protector, a veces demasiado. No le caigo bien porque cree que no merezco a Lena, me llama <<su capricho>>. Aunque ella hace siempre lo que quiere. Creo que la consiente porque se siente culpable por haberla convertido siendo tan joven. Lena tenía diecisiete años...— Reconoció bajando el tono.

—Pensaba que era su *hermana*.— Uri enarcó una ceja.

—De sangre. Primero convirtió a Arthur y muchos años después, a Lena.

—Pero ella se le parece en algo. Pensaba que realmente lo era. —Él negó.

—Pertenece a su familia. De hecho, era la última de su linaje. Todos sus demás parientes habían muerto y con ella se terminaba su línea de sangre. Estaba muy enferma y no iba a llegar a los dieciocho, así que, la convirtió antes de quedarse sin ella.

—Vaya. Creó una nueva familia. —Sentenció y Uri se rio tímidamente.— ¿Se alimenta muy a menudo de ti?— Una sombra cruzó el rostro del joven.

—Ser el donante único de un vampiro es un privilegio en muchos sentidos aunque no te lo creas, pero que no tenga otros implica que deba morderme a menudo en pequeñas cantidades.— Hizo una pausa para que Estel pudiera digerir más que la comida, sus últimas palabras.

—¿Cada cuánto se alimentan? —Le preguntó curiosa. Estaba dispuesta a preguntar hasta que se le cerraran las puertas del conocimiento. Lo cuál podía ser en cualquier momento. Así que tenía que aprovechar.

—Depende del vampiro y de lo que hayan tomado. No necesitan alimentarse varias veces al día. Con una vez tienen bastante y si se alimentan bien, pueden estar varios días en ayunas. Aunque los más poderosos necesitan consumirla más a menudo porque gastan mucha energía, también pueden ser capaces de controlar mejor su sed y aguantar largas temporadas de ayuno si apenas se mueven.— Estel alucinaba con todo lo que le contaba.

—¿Cómo sabes todo eso? —La pregunta no le llegó por sorpresa al chico que torció el gesto en una mueca.

—Mi hermano mayor, es uno de ellos. —Sentenció con aire menos animado.— Lo convirtieron hace cinco años.

—¿Y tú aspiras a lo mismo? —Preguntó intentando ponerse en su lugar.

—Estaría bien.—Sonrió.— Juntos para siempre.—Su mirada se tiñó con una sombra que sólo fue interrumpida por el sonido de la puerta al abrirse. Lena estaba parada allí mirándolos cuando Estel giró la cabeza en su dirección. Uri se levantó de golpe y recogió los platos con torpeza. Estel se levantó también y lo ayudó en lo que pudo. Y en un momento, ambos desaparecieron de la cocina. Había sido un momento muy tenso y raro y se preguntaba qué le habría prometido la vampira al joven para que éste actuara prácticamente como su siervo. Suspiró y comenzó a poner los platos en el lavavajillas. Luego recordó que tenía que llamar a Patty, pero no sabía dónde estaba su móvil. El salón estaba vacío y no se oía ni un murmullo en toda la casa. Recordaba vagamente donde estaba la puerta de su dormitorio, así que subió, ahora más fuerte y despejada que antes, hasta que llegó frente a la puerta. Dentro la esperaba un bonito cuarto con muebles blancos y sobre una cómoda, su bolso. Rebuscó en él hasta dar con el teléfono, encontró el mensaje que le habían enviado a Patty y también leyó su jocosa respuesta. Eso la hizo sonreír. Tocó sobre su nombre y llamó. Estel sabía que a esa hora estaría en el bar, tardó en contestar, pero al fin descolgó.

—¡Hola nena! ¿Cómo te va con el tipo misterioso? ¿Te da mucha caña?— Patty no podía saber qué tan lejos estaba de la realidad.

—Nos estamos conociendo.— Fue su escueta respuesta.— Quería escuchar tu voz.

—¡Qué maja! Estoy bien, con el bar a tope. Echo de menos tu café, pero lo he sacrificado por un bien mayor. —Se escuchó su risa a través del auricular y eso la llenó de fuerza. Patty estaba bien y eso era algo maravilloso.

—Me quedaré aquí unos días, aunque quizás me paso a buscar algunas cosas. No quiero que te preocupes, estoy bien. Viviendo la vida... ¿crees que hago lo correcto?— Patty rio de nuevo.

—Chica, vida sólo hay una. Disfruta y si se porta mal, llámame. Le parto las piernas y te rescato. ¿De acuerdo? —Añadió más seria.

—Ok. Eres un sol.— Y le mandó un beso que Patty respondió también. Cuando el silencio volvió al aparato, Estel lo guardó de nuevo en el bolso justo en el momento en que otra puerta se abría. Anthony cerró la puerta del que debía ser su dormitorio y que estaba justo junto al suyo. Iba vestido con unos vaqueros negros parecidos a los de la noche del ataque aunque aquellos probablemente no habían sobrevivido y un jersey negro de cuello alto. Sus ojos azules la atravesaron, se despegó de la puerta y se acercó a ella. Aún

estaba dentro del dormitorio, pero la puerta seguía estratégicamente abierta. Debía haberla cerrado antes, pero ahora ya era tarde. Había caído en la red de su mirada de nuevo. Él llegó hasta el umbral y se apoyó en el marco sin atreverse a entrar.

—¿Cómo estás? —Preguntó serio.

—Mejor. Uri me ha cuidado bien. —Él asintió dándolo por hecho.— He llamado a Patty y le he dicho que me quedaría unos días más.

—¿Has tenido algún problema? —Preguntó aunque probablemente la había oído hablar por teléfono.

—No. Patty es muy comprensiva sobre todo cuando se trata de hombres.— El vampiro esbozó una tímida sonrisa, tal vez porque le había hecho gracia el comentario o por la comparación con un hombre. Fuera como fuera, lo había sido alguna vez aunque ya no se acordara.— Debería ir a buscar algunas cosas.

—Claro. Podemos ir ahora si quieres. —Se ofreció.

—Es... ¿seguro? —Preguntó dudosa. No quería meter a Patty en problemas.

—Correremos el riesgo. Aunque no creo que vuelvan a intentarlo tan pronto. —Le aseguró.

—Entonces... ¿volverán? —Preguntó angustiada.

—Es lo más probable. Pero a esta casa no vendrán. Encontraremos a quién contrata a esos sicarios y arreglaremos esto. —Ambos permanecieron en silencio.

—¿Por qué me ayudas? ¿Qué interés tienes en mí? La verdad. —Él se puso rígido antes de contestar.

—Eres un enigma y ni tú misma te conoces. No se te puede hipnotizar y tu pasado es confuso. Eres un enigma y has llegado a mí con demasiada facilidad... — Estel lo miró con desconfianza.

—¿Nada más? —Preguntó.

—De momento. Vamos. —Anthony se despegó de la puerta y la esperó impasible guardándose todos los secretos que sólo compartía a medias. Después se escondió bajo su caparazón y permaneció en el más absoluto de los silencios durante todo el camino. Estel empezaba a pensar que aquel era otro tipo de idioma que sólo los de su raza comprendían. Que tal vez, la durada de aquellos silencios predecía la importancia de lo que se iba a decir después, aunque sólo se estuviera digiriendo lo que se acababa de decir. O tal vez valían por todo lo que callaban... Vivían en las afueras, mucho más fuera que dentro del pueblo, lo cual les proporcionaba mucha intimidad. Llegaron

enfrente del edificio donde Patty tenía su piso y Estel revivió todos los horribles momentos que había pasado allí delante. Anthony adivinó sus pensamientos y le colocó una mano en el hombro.

—Ahora no están. —Le susurró.

—¿Los mataste? —Él asintió. Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies como tantas veces le ocurría últimamente.

—Vamos. Tampoco a mí me trae buenos recuerdos.— Bajaron del vehículo y subieron a prisa las escaleras. El piso estaba desierto. Estel se encaminó a su dormitorio y recogió algunas piezas de ropa y las metió en una bolsa de deporte. No quería llevarse la maleta para que Patty no entendiera aquello como algo definitivo. Anthony aguardaba en la puerta.

—Puedes pasar. Tampoco es la primera vez que entras, ¿no?— El vampiro emitió una mueca y entró. Echó un vistazo por la habitación y reparó en la colcha que él mismo había dejado allí. Estel lo observó y se ruborizó al pensar en aquella noche.— Tú la trajiste... —Algo cruzó su mente, quería llevársela, pero era demasiado grande.— Gracias por cuidarme, por defenderme y por creer en mí. —Anthony pareció sorprendido y le acarició la mejilla distraídamente. Había algo triste en su mirada eterna, algo inalcanzable. Finalmente, dejó caer la mano y apartó la mirada.

—Vámonos. —Dijo al fin y se alejó por el pasillo hacia la puerta. Estel parpadeó varias veces confusa. Luego recordó lo que había venido a hacer, recogió la bolsa y fue tras él. Bajaron hasta el coche en silencio, Anthony con las manos en su abrigo negro que caía hasta sus rodillas y ella con su anorak rojo.

—Tenía que haberme traído la colcha, es realmente bonita.— Comentó distraídamente mientras observaba por la ventana del automóvil. El vampiro no dijo nada en todo el trayecto y al llegar a su casa, desapareció. La casa estaba alejada un kilómetro del pueblo y se accedía a ella a través de un camino. Desde la carretera sólo se veía una larga hilera de árboles que escudaban el interior. La casa tenía dos plantas y un amplio garaje para tres coches. En la parte trasera disponía de un extenso jardín y una fuente iluminada por una serie de luces que señalaban el camino hasta ella. A Estel le pareció un lugar hermoso, así que mientras la noche iba menguando, ella se sentó bajo el frío y contempló el agua que corría y su sonido era cautivador. Había algo mágico en el aire y le embargó la convicción de que el agua seguiría corriendo aunque cayera la madre de todas las heladas.

—¿Vas a dormir ahí? —Preguntó una voz. Estel se giró y observó a Arthur

parado en la puerta que daba al jardín. —A mí no me molesta, pero a Anthony no le va a hacer mucha gracia.

—Sólo quería despejarme un poco, aclarar mis ideas.— El vampiro rubio se pasó la mano por el cabello y miró el horizonte que comenzaba a clarear.

—El sol nos adormece, por eso dormimos de día.— Reconoció casi para sí mismo.

—Pues no es que aquí se vea mucho el sol. —Arthur hizo una mueca.

—Peor es en verano... —Aseguró.— En fin, no te quedes mucho ahí fuera o enfermarás. Y no quiero que Anthony sufra de nuevo como un alma en pena.

—¿Cómo un alma en pena?— Repitió su *hermano* a su espalda. Arthur se dio la vuelta y le palmeó el hombro, luego desapareció en el interior de la casa dejándolos a solas.— ¿Te gusta la fuente? —Anthony atravesó la puerta y se paró a su lado. Ella volvió a mirar el ángel que vertía agua y le pareció un verdadero ser de otro mundo, fantasmagórico y divino a la vez.

—Es bonita, y el sonido del agua es hipnotizador.

—Sí que lo es.— El vampiro le rozó el cabello suavemente y suspiró. —No te acuestes tarde. Tienes que descansar. —Le recomendó.

—De acuerdo. Cuando vea amanecer. —Anthony miró al horizonte, hacia la fina raya de luz que se entreveía entre la niebla.— Bueno, lo que pueda ver. —Aclaró. Él sonrió y se marchó hacia la casa. La soledad se impuso como la niebla y el agua como único sonido. Luego se subió la cremallera del anorak y esperó paciente la luz de la esperanza.

8. LÁGRIMA DE SANGRE

—¿Estás seguro de eso? —Preguntó Arthur tras la revelación de su *hermano*. Éste se pasó la mano por la cara en un intento de despejar sus ideas.

—No. Pero todo encaja. Su fecha de nacimiento, el sabor de su sangre... ¡maldita sea! Me deshice por dentro cuando la probé. —Ambos permanecieron en silencio calculando las posibilidades.

—¿Y qué piensas hacer? —Preguntó al fin Arthur bastante preocupado por la situación.

—No lo sé. —Le confesó.— Me estoy volviendo loco.

—¿Por qué no resolvemos primero lo del que envía a los sicarios y luego nos preocupamos del resto?— El discurso de Arthur era razonable y Anthony asintió.

—De acuerdo. Paso a paso.— Reconoció.

—¿Podrás con esto? —Le preguntó su *hermano*.

—No tengo más remedio.— Concluyó. Se levantó dando por concluida la reunión. Arthur le dio una palmadita en la espalda y se marchó. Anthony llegó hasta una cómoda, abrió un cajón y sacó una cajita dorada. Dentro había una antigua joya que había guardado muchos años, jugó con ella entre sus dedos y la volvió a guardar. Luego se sirvió una mezcla de sangre y vino tinto y la tomó sentado en un sillón rememorando viejos tiempos.

Despertó con el cuerpo entumecido por haber pasado demasiado tiempo a la intemperie. Pero había merecido la pena, el cielo se había teñido de luces y el mundo se había llenado de color. No podía entender como los vampiros podían vivir sin luz solar. Era como vivir a ciegas. Se incorporó y miró la hora en un despertador que había sobre la mesilla. Eran pasadas las tres de la tarde. Los vampiros seguirían durmiendo a esa hora o es lo que supuso, porque Anthony siempre le había prohibido salir de noche. Entonces lo vio. Alguien había colocado la colcha de las mariposas sobre su cama. Pero no recordaba haberla traído. Sólo había podido ser él. Era inquietante que hubiera vuelto al piso a por la colcha, pero mucho más lo era que hubiera entrado al dormitorio mientras ella estaba totalmente vulnerable. Aunque quizás en sus manos siempre había sido frágil y daba igual su estado de conciencia. Acarició aquella obra de arte que le había acompañado en sueños y se resignó. Era imposible conocer la mente de un ser como aquel. Se arrastró hasta la ducha y después, se ató el cabello en una cola de caballo alta. Luego como si fuera lo más normal del mundo, salió a inspeccionar el terreno. La casa estaba en silencio. Llegó hasta la cocina por donde se filtraba la luz de la calle.

Encontró una cafetera de cápsulas, la trasteó un poco y consiguió hacerse un café. La bebida le calentó las entrañas, aunque era cierto que la casa no estaba fría. No estaba segura de si los vampiros podían sentir la temperatura externa, pero por lo menos habían tenido en cuenta que había humanos que podían enfermar. Estuvo allí sentada con su taza entre las manos durante un rato, hasta que la puerta de la cocina se abrió y entró Uri bostezando. Iba vestido con unos vaqueros y una sudadera beige. La saludó con la mano y se dirigió somnoliento hacia la misma cafetera. Ya con su taza humeante, se dejó caer sobre otra silla enfrente de ella. Estel observó un par de incisiones en su cuello que estaban curándose ya.

—¿Estás bien? —Le preguntó con cautela. Sólo hacía un día que lo conocía, pero sintió cierta preocupación por él.

—Sí, un poco cansado quizás.— Estel imaginaba por qué. —Se me hace extraño encontrar a alguien despierto a estas horas, pero me gusta, me siento menos solo. —La joven sonrió ante su comentario.— ¿Estás mejor?

—¡Oh, sí! En plena forma.— Exageró y él asintió divertido.— Creo que voy a dar una vuelta por el jardín ahora que aún hay luz. —Le confesó. Él parecía concentrado en el fondo de su taza.

—Genial. Te acompaño si quieres. No tengo nada mejor que hacer y quiero aprovechar cualquier conversación humana que no tenga que ver con sangre.— Estel torció el gesto al pensar a qué se refería su acompañante, pero enseguida descartó sus temores para no llenarse la mente de escenas horribles.— Me irá bien un poco de... calor humano. —Le guiñó un ojo y ambos se levantaron y se encaminaron al jardín. Había niebla alta que peinaba las altas copas de los árboles, dejando el cielo completamente gris. Algunos cuervos se atrevían a graznar al aire frío y algunas hojas se acumulaban contra los muros que rodeaban el recinto. Apartada de la casa había una piscina cubierta rodeada de una vidriera de colores que con la luz del sol debía ser impresionante. La fuente del querubín seguía arrojando agua desde la noche anterior y a la luz del día a Estel le pareció que lloraba. Tenía el rostro triste y el agua parecía surgir directamente de sus ojos. No podía dejar de mirarlo. Uri siguió la dirección de su mirada y repasó la fuente de arriba abajo.

—Personalmente, nunca me ha gustado esa fuente. Creo que Anthony tuvo un sentido del humor muy mordaz. —Sentenció el joven.

—Bueno, el arte es sentimiento.— Uri se encogió de hombros.

—¿Fumas? —Preguntó de repente. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No. —Él le hizo un gesto con la cabeza asintiendo y dio una larga calada.

—Esto me calma cuando estoy agotado.— Estel asintió porque poniéndose en su situación no sabía qué haría ella.— Lena hace una fiesta este *finde*. —Dijo mientras miraba al horizonte.

—¿Aquí? —Aquello sí era preocupante y se olvidó por completo del ángel y de la fuente.

—Sí. Celebra el día en que fue convertida.— Estel bufó y sintió un repentino nudo en la garganta.

—Y vendrán... ¿más vampiros? —Preguntó angustiada.

—Sí. Eso parece. Como estabas aquí Anthony no quería ni oír hablar del tema, quería que lo celebrara en otra parte, pero al final se lo ha permitido. Lena le aseguró que nadie se fijaría siquiera en ti...

—Muy amable por su parte, sería un alivio si fuera así...— Reflexionó en voz alta.

—Lo dudo. Yo no creo que vayas a pasar desapercibida. No serás la única humana, porque muchos traen a sus donantes, pero... si tienen ojos en la cara se fijarán en ti.— Estel lo miró enarcando una ceja.

—¿Eso ha sido un cumplido?— Uri se rio y apagó el cigarrillo contra una piedra.

—Sólo constato un hecho.— Y la joven negó con la cabeza divertida.

—Pronto anoecerá. —Sentenció Estel con melancolía mientras las luces rosadas comenzaban a difuminarse en el firmamento.

—Tendría que alejarme de ti antes de que Lena me vea y le dé un síncope. —Suspiró. Hizo una mueca de disgusto, se metió las manos en los bolsillos y le palmeó el hombro antes de marcharse hacia la casa. —Nos vemos luego. —Susurró mientras se alejaba. Estel permaneció un rato más hasta que la última luz desapareció. Incluso entonces se quedó allí de pie, apoyada contra el tronco de un árbol, velando por la luz que acababa de desvanecerse.

—Espero que no hayas dormido aquí. —Dijo una voz familiar y por el rabillo del ojo apreció que llevaba puesto su abrigo negro.

—Sabes bien que no he dormido aquí. —Se giró para encararlo. El vampiro tenía la vista fija en ella, pero no dijo nada.— Pero te agradezco que trajeras la colcha, me gusta, no puedo negarlo. —Él sonrió tímidamente y sus ojos brillaron con más intensidad, lo que le recordó a la joven el motivo por el que estaba ahí fuera con el abrigo puesto. Estaba hambriento.— ¿Vas a salir?— Un eufemismo para lo que realmente iba a hacer. Anthony asintió.

—No tardaré. —Dijo escuetamente sin entrar en materia, lo cual ella agradeció.

—Tómate... tu tiempo. —Le aconsejó sin saber muy bien si debía. Y antes de que el vampiro pudiera siquiera contestar a eso, añadió.— Uri me ha contado que habrá una fiesta este fin de semana. ¿Es seguro para mí? Tal vez debería volver con Patty...

—No es necesario. Cuidaremos de ti, no te ocurrirá nada. Prefiero que estés aquí, aunque haya otros que te observen, a que estés sola.— Negó con la cabeza.— Cuando un vampiro se alimenta de un humano deja su olor en él y permanece durante semanas. A ninguno de nosotros nos gusta alimentarnos de un humano que huele a otro de los nuestros. No es nada apetecible.— Estel asintió aliviada.

—Genial.

—De verdad. No te preocupes. —La sujetó de los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.— Nunca dejaría que te ocurriera nada.— Ella asintió de nuevo creyendo realmente que sus palabras eran sinceras.

—Vete Anthony. —Le dijo ella sin quitarle el ojo de encima. Sintió que cada vez lo tenía más cerca.— El brillo de tus ojos amenaza con deslumbrarme. —Él pestañeó recordando lo que tenía que hacer. La soltó y retrocedió un paso.

—Lo siento. Será mejor que me vaya.— Luego se encaminó a la casa y desapareció. Estel escuchó minutos después el motor de su coche derrapar por el camino de entrada. El interior de la casa estaba en silencio, Estel pensó que no había nadie, pero se equivocó. Un ruido en la cocina le llamó la atención y fue a ver qué pasaba. Había una mujer con las manos en un gran bol blanco. La miró en cuanto entró, calculando lo peligrosa que podía ser y luego siguió como si nada, amasando la harina.

—Tú debes de ser Estel. —Le confesó.

—Sí. Y tú Salima. —La mujer asintió sin mirarla.

—¿Te gusta vivir aquí? —Le preguntó la mujer que obviamente era menos humana de lo que parecía de espaldas. Tenía una larga melena negra recogida en un moño y era gruesa de arriba abajo. Quizás fuerte era la palabra. Imponía de sólo mirarla.

—Me estoy acostumbrando. —Dijo evitando hablar de los temores que realmente sentía.

—Anthony es... es un señor. Si te ha acogido en su casa es porque le importas. Aquí no suele quedarse nadie que no sea de su familia o donante. —Aquella confesión la puso nerviosa. ¿Qué era ella exactamente en su vida?

—Soy... muy afortunada. —Dijo resignada.— ¿Puedo ayudarte? —Salima

la miró de reojo, y luego asintió secamente. Estel se acercó y fue siguiendo pacientemente las instrucciones de la vampira y juntas elaboraron una gran empanada de carne y setas. Durante aquellas horas, Estel averiguó que la cocina era la pasión de la vampira y que estaba realmente feliz entre fogones. El tiempo pasó deprisa y cuando se quiso dar cuenta ya eran más de las nueve. Anthony apareció de repente y parecía contento. Estel se preguntó si se había alimentado más de la cuenta y si eso equivalía a emborracharse. Fuera como fuera estaba de buen humor y se le contagió a ella enseguida. Luego salieron de la cocina y se encontraron con Lena y Uri viendo una película. La vampira los miró con desgana y ambos perdieron el buen rollo a la vez.

—Espero que durante mi fiesta la guardes a buen recaudo. —Soltó Lena para disgusto de su *hermano de sangre*.

—Te comprometiste a respetarla tanto como Arthur, así que no me vengas con tonterías.— Espetó Anthony.

—¡Y no voy a faltar a mi palabra! Pero he invitado a muchos otros que no han prometido nada.— Continuó la vampira. Uri estaba tenso como un palo, sentado a su lado del sofá.

—Pues más te vale que sean de confianza. —La amenazó el vampiro y ambos se miraron con tensión. Luego Lena bufó y cogió las llaves de su coche, que por lo que Estel había averiguado era un *jaguar* negro. Uri corrió detrás de ella antes de que lo dejara en tierra y en apenas segundos, la tranquilidad volvió al salón. Estel estaba recostada contra una pared sintiéndose incómoda. El vampiro, que había estado con la mirada fija en la puerta principal, se volvió entonces hacia ella. —La convertí demasiado pronto. Es demasiado temperamental.

—Pero tiene principios. —Anthony enarcó una ceja. —No quiere faltar a su promesa...

—¡Fíate tú de sus principios!— Negó con la cabeza.— Discúlpame, ha sido un momento terrible. Pero voy a compensarte.

—No ha sido nada. No te preocupes. —Le aseguró.

—Insisto. Te invito a cenar al restaurante de un amigo. —Dijo entusiasmado. Estel lo miró con desconfianza.

—Pero tú... ya has comido. —Le recordó. Él negó con la cabeza.

—No importa. Es un lugar espectacular. Seguro que te encanta.— Estel titubeó. No estaba segura de si era una buena idea.

—De acuerdo. Pero deja que me arregle un poco. —La joven se dejó convencer fácilmente pues tenía ganas de salir de la casa, pero tenía que

cambiarse la ropa que llevaba manchada de harina. Él asintió y la dejó marcharse a su habitación. No eran exactamente unas vacaciones, pero estaba decidida a quedarse con todo lo bueno que la vida pudiera ofrecerle, fuera de la mano de quién fuera. Se enfundó un mono pantalón negro y una camisa blanca. Se rizó el cabello con espuma y se maquilló lo más discreta posible. Últimamente, no tenía ganas de llamar la atención. Interiormente se sentía animada porque no era un día cualquiera y el destino había querido que Anthony la invitara a cenar. Era su decimonoveno cumpleaños, pero nunca lo decía a tiempo. Sus padres le habían enseñado que el día de su nacimiento era algo tan especial e íntimo que uno debía reservárselo tan sólo para sí mismo. Había crecido con aquella convicción y lo seguía haciendo. Aunque si tenía que sacar alguna conclusión acerca de su vida en un día como aquel, seguramente era que <<*vivía en la boca del lobo*>> y que <<*la sangre te da la vida*>>. Dos pensamientos para recordar. Se miró finalmente al espejo de la cómoda, se atusó el pelo, se embadurnó de perfume y salió disparada hacia el salón.

El vampiro estaba impecable, con un pantalón negro de vestir y una camisa negra con la corbata blanca. Era la primera pieza de color que le veía y le pareció extraño y atractivo a la vez. Sin haberlo previsto, sus colores combinaban. Se miraron el uno al otro, aprobándose, recogieron sus abrigos y se lanzaron a la noche.

El restaurante estaba en la ciudad, a una media hora de coche por la autovía. Las calles estaban fantasmagóricamente llenas de luces a esas horas y el río brillaba en su paso lento por la urbe. Aparcaron en un parking privado y subieron en ascensor hasta la última planta de un alto edificio. El local tenía varias salas cerradas y terrazas revestidas de madera con mosaicos en el suelo. En el techo, filigranas de escayola simulaban enredaderas. Era estrafalario e interesante a la vez. Un camarero los condujo a través de un pasillo hasta unas escaleras de madera y le asintió al vampiro dándole permiso para subir. Él le cedió su puesto a Estel que comenzó a trepar por los escalones inmediatamente. Estaba deseando saber qué había más arriba. Llegó a la cúspide y se quedó boquiabierto. Allí arriba había una pequeña terraza con una baranda de madera. En el centro había una mesa dispuesta para dos con unas cuantas velas encendidas y un jarrón alargado con una rosa roja. Había un techo alto también de madera del que pendían cientos de esferas de cristal de diferentes tamaños y a diferentes alturas, que simulaban estrellas. El aire las mecía suavemente provocando que se retorcieran sus cuerdas y que

los cristales despidieran luces en todas direcciones. Era absolutamente hermoso y, Estel se hubiera quedado observándolas el resto de la noche, si el vampiro no la hubiera obligado a tomar asiento. La miraba divertido, pero ella sólo tenía ojos para aquel cielo artificial que tanto brillaba sobre sus cabezas.

—Es como si hubieran bajado las estrellas sólo para nosotros... Es increíble. —Le confesó.

—Sabía que te gustaría.— Hizo una pausa. Un camarero les acercó una estufa de la que salía un fuego llameante que invadió el aire con el calor de las llamas y tiñó las paredes de colores cálidos. Acto seguido le tendió la carta y ella pidió sintiéndose un poco incómoda por tener que comer sola. El camarero llenó dos copas de vino y les dejó la botella antes de marcharse. Ambos brindaron por aquella noche, por el respiro que suponía el abandonar la tensión y disfrutar, aunque sólo fuera un poco, de lo que la vida le brindaba.

—¿Qué celebramos? —Le preguntó al vampiro. Él la miró profundamente y luego sonrió.

—Tu cumpleaños.— Estel se quedó estupefacta. Era imposible que él lo supiera.

—¿Cómo... lo has sabido? —Él esbozó una mueca y dio un trago.

—Yo sé muchas cosas. —Le confesó mirándola por encima de su copa.

—Vaya. Pues sí que me has sorprendido. ¿Tú también celebras el día en que te convirtieron, como Lena? —Anthony torció el gesto en un claro gesto negativo.

—No. Qué va... Ese momento no es en absoluto algo que merezca la pena celebrar.— Estel asintió comprensiva.

—Gracias por traerme a este lugar. —Él sonrió mientras el camarero le traía su plato.— Es perfecto. —Dijo mientras sonreía al camarero y luego levantaba la vista al techo.

—Me alegro de que te guste.— En ese instante se presentó el amigo vampiro de Anthony, Alain, que era el dueño del local.

—Bienvenida. —Le dijo el vampiro, elegantemente vestido. Lo recordó del club aunque allí no había tenido la oportunidad de tenerlo tan cerca. Ella lo saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa.— Espero que todo sea de tu agrado. Permitidme que tome una copa con vosotros.— Un camarero trajo otra botella y sirvió dos copas para los vampiros. Estel imaginó que era una mezcla no apta para humanos. Ambos comenzaron a discutir algo en una lengua que la joven desconocía. No estaba segura de que fuera descortesía, sino que había secretos de los que era mejor mantenerla al margen. Tampoco se

preocupó demasiado. Al final, lo único que deseaba era pasar aquella noche lo mejor posible y disfrutar de la comida, el vino y aquel maravilloso techo estrellado. Justo cuando acabó de comer, el dueño del restaurante se disculpó y se marchó y Estel se preguntó si no lo había hecho expresamente para que no se sintiera cohibida mientras comía. Entonces el camarero regresó para retirar su plato y añadir una pequeña tarta de cumpleaños con una vela encendida. A la joven se le iluminó el rostro. Era un bonito detalle. Anthony le hizo un gesto para que soplara y así lo hizo. Al momento entró un violinista y entonó la melodía más conocida de <<cumpleaños feliz>>. Cuando terminó y le agradeció el espectáculo, el músico se retiró y Anthony rebuscó en el bolsillo de su abrigo hasta sacar una cajita dorada. La colocó sobre la mesa y la extendió hacia ella.

—Este es mi verdadero regalo de cumpleaños.— Reconoció. Estel lo miró sorprendida, luego bajó la vista hacia la caja y volvió a mirarlo.— Ábrela.— Estel la tocó con los dedos temblorosos. No estaba segura de qué regalos podía hacer un vampiro, aunque hasta el momento la velada había sido bastante <<normal>>. Acarició la tapa y finalmente, la abrió. Dentro había una joya. Era una cadena de oro con un colgante alargado en forma de prisma que parecía un granate. A su alrededor, se extendían filigranas de oro que como una enredadera giraban en torno a él. Le pareció una de las joyas más bonitas que había visto y además creyó ver como despedía destellos poco naturales, casi mágicos. Se quedó sin palabras.

—Es... precioso. ¿Qué es? —Preguntó sin apartar la vista.

—Una joya muy antigua. Hace mucho que la tengo, pero... lo correcto es que la tengas tú.— Estel levantó la cabeza y estudió el rostro del vampiro.

—¿Lo correcto? —Anthony hizo una mueca y cerró los ojos un instante.

—Es una joya para humanos, Estel. Fue hecha para mortales, para protegerlos. Que yo la guarde es muy egoísta por mi parte. —La joven asintió comprendiendo ahora sus palabras.— ¿Te parece bien?

—Bueno, suelo fiarme de tus instintos. Si crees que debo tenerla yo... me parece bien. Pero, ¿estás seguro? —Preguntó un poco intimidada. Era una joya realmente extravagante para lo simple que eran sus gustos.

—Totalmente.

—¿Por qué es para humanos? ¿Qué hace exactamente? —Si iba a llevarla encima quería saber qué era y el vampiro era demasiado críptico.

—Si algún día estás gravemente herida, desenrosca la parte superior y bebe el contenido que hay dentro. Te ayudará a sobrevivir.— Estel se quedó

nuevamente sorprendida por la información y asintió. Era un regalo realmente bueno y muy adecuado en su actual situación.

—Entonces no me separaré de él. —Dijo agradecida.— Gracias. Ha sido un gran regalo de cumpleaños.

—Ha sido un placer.— Anthony manipuló entonces la joya, la sacó de la caja, se levantó, se incorporó un poco sobre la joven y se la colocó en el cuello. Estel apartó el cabello y él la cerró soltando el pequeño peso del colgante que se adaptó estupendamente a la forma de su cuello. La tocó y comprobó que era cálida al tacto y se sintió extrañamente protegida. Después de aquello, Anthony se volvió taciturno y pasada la medianoche regresaron a casa. Estel se escabulló al llegar al salón y salió al jardín. Se paró frente a la fuente del ángel y toqueteó el nuevo colgante que pendía de su cuello.

—Sería tan fácil... —Anthony metió las manos en los bolsillos y se colocó a su lado frente a la fuente con la mirada perdida en el chorro de agua.

—¿Tan fácil? —Preguntó Estel con inocencia y se giró para mirarlo. Él permaneció hierático, casi como el mismo ángel de piedra. Luego volvió la cabeza hacia ella y se miraron en la oscuridad.

—Tan fácil... retenerte conmigo para siempre y alejar mi soledad.— Estel sintió como su corazón se aceleraba, sin saber muy bien a qué sentimiento respondía.

—Anthony...— Empezó a decir, pero calló porque le faltaba el aliento. ¿Qué diablos podía decirle?

—Tenerte aquí, tan cerca, es una prueba muy dura. —Suspiró.— Me recuerdas a alguien, eres como su vivo reflejo, y aún mejor. Es como haber perdido un arcoíris y recuperarlo mucho más vívido de cómo lo recordaba.

—¿Esta joya era para ella? —Anthony sonrió, pero ella sintió una punzada en el corazón.

—Eres muy perspicaz. Ella nunca la hubiera aceptado.— Estel soltó el colgante de repente, como si le quemara.

—¿Por qué? —Anthony vaciló y torció el gesto.

—Porque no quería ser protegida por nadie, y menos por mí. Era demasiado orgullosa para eso. —Se lamentó.

—¿Dónde está?— Estel creía conocer la respuesta por la amargura que desprendía su voz, pero aún así quiso saberlo.

—Muerta. —La joven cerró los ojos porque ya había anticipado aquel final.

—Lo siento. —Le confesó.— Debiste quererla mucho. Quizás yo no debería tener esto.— E intentó desabrocharse el colgante. Anthony la detuvo

colocando sus manos sobre las suyas.

—Tienes que tenerlo. Ella no lo quiso y murió. No quiero que te ocurra lo mismo. Estoy seguro de que ella querría que lo tuvieras y que salvaras tu vida.

—Anthony...— Comenzó a protestar, pero de nuevo calló, atragantada por sus propias palabras.

—No quiero perderte, Estel. No tendría ningún sentido que murieras también. —Se acercó a ella y la besó en los labios. Fue algo dulce y fugaz. Estel se quedó paralizada. Era la segunda vez que sus labios la tocaban y era escandaloso lo dulces y brutales que podían ser. Su piel prácticamente ardía y su corazón estaba desbocado ya sin sentido.

—Yo no soy ella.— Confesó en voz alta. Él no protestó. La joven se apartó del vampiro, dio la espalda a la fuente y se encaminó a la casa abrumada por el deseo y la incertidumbre. Él permaneció en su sitio, de nuevo como una estatua, rivalizando con el querubín. Su cuerpo arrojando una sombra alargada sobre el jardín. La sombra que vivía en la oscuridad, en la profundidad de los recuerdos rotos, mudos y enterrados.

Estel corrió hacia su dormitorio sin saber qué debía hacer. Quería arrojar por la ventana aquel colgante que había sido para otra y que ahora colgaba de su cuello. Pero algo en su corazón no quería hacerlo. Sentía algo por él y por eso no podía abandonarlo ahora que le había abierto su corazón. No había sido descortés con ella, aunque la sinceridad doliera era una buena base para cualquier tipo de relación. Alguien aporreó la puerta suavemente y Estel se sobresaltó. Afuera estaba Anthony con el rostro descompuesto. Se pasó la mano por la cara antes de hablar.

—Lo siento. No quería estropear tu día. Me he dejado llevar por la melancolía. Tú me despiertas los mismos sentimientos que me despertaba ella y estoy confuso.— Ella lo escuchó atentamente antes de hablar.

—Está bien. Pero yo no soy ella Anthony. No voy a huir de ti. ¿Es eso de lo que tienes miedo?— El vampiro se vio sorprendido por aquella pregunta y asintió.

—Por favor. Quédate. He sido un estúpido. Perdóname.— Estel asintió.

—No voy a marcharme. —Suspiró.

—Gracias. Todo irá bien, lo arreglaremos. —Le aseguró y la joven no tuvo claro de a qué se refería exactamente. Luego el vampiro alargó una mano y le acarició la mejilla. Ella prácticamente tembló, pero no dijo ni una palabra.— Estaré cerca, por si me necesitas.— Luego apartó la mano y desapareció por el pasillo. Estel cerró la puerta lentamente y sintió que su corazón latía de

nuevo. ¿Qué le pasaba con él? ¿Lo amaba? Por peligroso que fuera estar cerca de él, no se imaginaba estando lejos. Había caído en la trampa, como una mariposa atraída por la luz, aún cuando ella brillaba y él era la oscuridad más absoluta. Se había dejado cazar y su red era tan extensa que la abrumaba. Sentía como si el aire arrastrara su nombre, como si le perteneciera. Era una fragancia en la piel de la que no podía zafarse, sólo quería volver a olerla. Todo su cuerpo lo anhelaba con fuerza y lo deseaba con pasión. Perdida. Perdida para siempre en la luz de un ser que sólo reflejaba la luz de otros. Perdida en la sombra de un remoto sinsentido.

9. POR TU SANGRE

—Isaura, todas las noches son oscuras... —Le recordó el vampiro con aire ausente.

—Tal vez... Pero tu noche es la más oscura de todas, me ahogo en ella, no puedo respirar. —Le confesó la mujer mientras miraba por la ventana. Fuera brillaban las estrellas en una vieja calle de París.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó aún sabiendo la respuesta.

—No puedo seguir con esto. No puedo... —Anthony ladeó la cabeza para mirarla. Estaba sentado en una silla destartada y se levantó de repente.

—Issy... Te prometo que arreglaremos las cosas. ¡No podrán perseguirnos para siempre!— Ella se giró para mirarlo, había dureza en sus ojos.

—No se trata de eso... Eres un vampiro, ¡maldita sea! ¡Nos pasaremos la vida huyendo! Y mi vida no es tan larga... En el mejor de los casos, si consigues afianzar un territorio, ¿qué tipo de relación crees que vamos a tener?

—No te entiendo... ¡La misma de siempre! —Le espetó malhumorado.

—¡Yo... mato... vampiros! —Le explicó lentamente por si no había entendido esa parte.— Estamos condenados a enfrentarnos. Tarde o temprano será así. Yo moriré o uno de los míos te matará. Y tendremos que seguir adelante. —Se hizo un silencio demoledor.— Es lo mejor para ambos. Algún día lo entenderás.— Y con esas palabras se levantó, se paró un segundo junto a él para mirarlo fijamente a los ojos y salió de la habitación y de su vida para siempre. Pero antes de eso, se había asegurado de dejar sobre la mesa una pequeña cajita dorada que nunca había abierto. Dolía, era un dolor crudo y vasto que le entumecía el cuerpo. Así había sido aquella noche intempestiva. Él sabía que ella no volvería jamás. La caja fue el símbolo de su ruptura. Estaban condenados desde el principio. Siempre había pensado que había dejado de quererlo, más aún cuando se unió a Damien, pero el tiempo le había enseñado otra cosa. Lo amaba porque había preferido no verlo más a perderlo para siempre.

Prácticamente, no vio a nadie el resto de la semana. Anthony desaparecía todas las noches y las dos parejas iban ajetreadas arriba y abajo preparando la fiesta. De repente, a un día para la celebración se vio invadida por la soledad. Echaba de menos a Patty. Se enviaban mensajes a diario y ella le mentía lo mejor que sabía, pero añoraba su compañía y su vida tranquila. No podía creer que se hubiera dejado capturar en aquella cárcel.

Así que aquella tarde se sentó fuera de la casa, en un banco de piedra

mirando hacia el camino que llevaba a la libertad. Se acurrucó contra la pared y dejó que las últimas luces languidecieran a su alrededor. Entonces, casi sin hacer ruido, Anastasia se sentó a su lado. Tenía los ojos extrañamente brillantes, lo cual era raro en ella y Estel decidió apartarse un poco sin llegar a ser grosera.

—El camino a casa.— Hizo una pausa.— Es ese camino que te lleva a confiar, a lo familiar, a lo conocido. Y anhelamos estabilidad. La amamos. —Le sonrió.—Sin embargo, crecer, madurar, implica que debemos adentrarnos en lo desconocido, descubrir todo lo que estaba oculto y sacarnos de nuestra zona de confort. Así nos convertimos en seres fuertes.— Estel se quedó sin palabras para rebatir.

—Yo...— Balbuceó. Y el camino dejó de parecerle interesante.— Es muy sabio eso que acabas de decir. —La vampira sonrió y los ojos le brillaron con fuerza.

—Bueno, yo me senté en una piedra parecida a esta hace ya mucho tiempo. Como no puedo hipnotizarte para que me hagas caso, he decidido convencerte con la experiencia.— Estel le sonrió.— ¿Ha funcionado?

—Creo que sí. —Anastasia frunció los labios tras fijarse en el objeto brillante que pendía del cuello de la joven y alargó la mano para acariciar la joya, pero la retiró enseguida como si le quemara en los dedos.

—Es una joya preciosa y valiosa. —Le confesó la vampira.— Estoy convencida de que muchos humanos matarían por ella. —Aquella confesión le puso los pelos de punta, pero intentó mantener la compostura, con ellos todo era difícil. Siempre se acababa llegando a la sangre y a la muerte.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó la joven inocentemente.

—Es una *lágrima de sangre*. Son auténticas reliquias de la época medieval. No se hacen joyas así en nuestros tiempos. Se dice que cada una de estas piezas es única, no hay dos iguales, y está encantada, para guardar el tesoro intacto en su interior hasta que se abra.

—¿Y... guarda... sangre? —Anastasia la miró sorprendida.

—Claro— Estel no quería creerlo.— Vaya. Anthony es aún más críptico de lo que pensaba. Contiene su sangre por supuesto. Ningún vampiro regalaría la sangre de otro. Bebiendo una sola gota de un vampiro tan poderoso como él podrías curarte a gran velocidad, incluso evitar la muerte.— Hizo una pausa y ambas se miraron en silencio.— Es un regalo increíble.— Estel también lo creyó, pero entonces recordó que inicialmente aquel regalo no era para ella y se deshizo el encanto del momento.

—¿Qué sabes de la mujer que rechazó a Anthony? —Anastasia se quedó más blanca de lo que ya era.

—Yo...no sé mucho. Sé que él quiso regalarle este colgante, pero se lo devolvió. Fue estúpido por su parte no aceptarlo, y dado que ya no está entre nosotros... confirma que lo iba a necesitar.— Estel esperaba más información, pero imaginaba que la vampira no quería meter la pata y decir algo incorrecto. Había sido casi tan críptica como Anthony, aunque a ella podía perdonárselo más fácilmente.

—¿Qué sabes más? ¿Cómo se llamaba? ¿Por qué lo rechazó? —Anastasia se frotó las manos en un intento de desviar la atención.

—No recuerdo su nombre. Murió hace unos veinte años creo. Apenas la recuerdo. Tuvieron una relación tempestuosa, de esas que al final siempre acaban mal. Ella tenía demasiado carácter para Anthony que odia discutir. Siempre estaban enfrentados por una u otra cosa y sufrían. Ella no aceptó el colgante porque no quería ayuda de nadie, pero creo que también porque no quería sentirse atada a nadie y menos a un vampiro. Su naturaleza no se lo permitía. Si la hubieran visto con esto al cuello habría sido su fin.— Negó con la cabeza alejando algún viejo recuerdo.

—Sabes mucho de ella para no recordar su nombre. —Anastasia rehuyó su mirada, incluso el brillo de sus ojos menguó como si hubiera perdido el apetito.

—Durante mucho tiempo intentamos no hablar del tema para no hacerlo sufrir... es mejor no recordar ese nombre, créeme, mucho mejor. —Le advirtió la vampira y Estel no supo qué pensar. Tal vez sí era mejor enterrar ese recuerdo. Los muertos, muertos están. Se escuchó el motor de un coche y Anastasia vio el cielo abierto para evitar continuar con la conversación. Se levantó como impulsada por un resorte y le sonrió. —Arthur me espera. Recuerda lo que te he dicho, tu zona de confort.— Y con aquellas palabras como si la otra conversación nunca hubiera existido, se marchó como un relámpago. Quizás tuviera razón. Huir siempre era el camino más fácil y en su pequeño refugio no encontraría respuestas. Estaba dónde tenía que estar.

Aquella noche cuando Estel volvió al salón sintió que alguien la observaba. Buscó con la mirada por la habitación vacía hasta que una figura vestida de negro le llamó la atención. Anthony la miraba fijamente desde lo alto de la escalera. Luego pareció fijarse en su colgante, asintió complacido y se perdió en el pasillo. La joven se quedó con la palabra en la boca, y con un suspiro se metió en la cocina y comenzó a remover cacharros para matar su frustración

cocinando.

Al día siguiente se despertó temprano. Se duchó, hizo la cama y se tumbó de nuevo. No tenía ganas de salir de la habitación. Sabía que iban a venir muchos extraños de los que tendría que zafarse, muchas sonrisas falsas... y también otros miembros de la casa a los que prefería no ver. Pero Anastasia había metido el dedo en la llaga. Sus padres le habían enseñado a luchar por la vida y si se marchaba, peligraba. Escuchó sonidos que venían del salón, cómo preparaban la casa para la fiesta de Lena y los preparativos duraron horas. Casi había vuelto a dormirse cuando alguien llamó a la puerta.

Era de día, con lo que no podía ser ningún vampiro y no creía que ningún decorador de la fiesta fuera a visitarla; así que imaginó quién podía ser y acertó. Uri entró intempestivo en cuanto ella le dio permiso para entrar y se sentó junto a ella en la cama. Llevaba una bandeja en las manos, llena de provisiones y a Estel se le iluminaron los ojos. El café llenó de aroma la habitación y sintió como le crujía el estómago, protestando. Uri le sirvió una taza y prácticamente se lo quitó de las manos. Había hecho unos exquisitos sándwiches vegetales o a ella le parecieron perfectos por el hambre que tenía. Fuera como fuera, la había hecho feliz.

—Están muy buenos. Te has superado. —Le confesó. Él sonrió y asintió a la vez mientras comía.

—Anthony me pidió el primer día que te alimentara como lo hacía yo. —Se encogió de hombros.— Ya no es sólo por complacerlo es que creo que entre nosotros debemos cuidarnos, incluso antes de una gran fiesta...

—No tengo ganas de fiesta.— Repuso seria y Uri hizo una mueca de disgusto, tal vez porque él tampoco quería.

—Dudo que Anthony te deje aquí sola. Tendría que quedarse contigo para vigilarte. —Se rio.— Y es el dueño de la casa... y una gran personalidad entre los suyos. Si ha decidido dar la fiesta en esta casa... le toca lucirse un rato. Y a ti con él, quieras o no. —Admitió el joven.

—Pero podría dejarme aquí, tranquila y él podría socializar cuanto quisiera.— Reflexionó en silencio.

—Querrá supervisarte toda la velada. No te quitará el ojo de encima. Aquí... no puede y no se fiará de dejarte sola. —La joven bufó.— Lo conozco demasiado bien. No tienes escapatoria.

—Pues qué bien... —Dijo fastidiada.

—¿Qué te vas a poner? —Le preguntó el joven cambiando de tema. Estel tampoco prefería aquella conversación, pero comprendió que era el tema del

día.

—No tengo ni idea.— Confesó.— Ni siquiera sé si tengo algo apropiado para este tipo de fiesta.

—¿Quieres que le diga a Lena que te deje uno de sus minivestidos? —Preguntó perversamente.

—¡No, diablos! Lo que me faltaba. No quiero molestar a nadie, ya me espabilaré. —Dijo bajando el tono.

—Siempre te puedo dejar una corbata, seguro que la llevarías con clase. —Se burló poniéndose de pie y recogiendo la bandeja para marcharse. —Ahora en serio, si necesitas algo, búscame. Y si estoy muy cerca de Lena, busca a Anastasia, que para ser vampira es bastante maja.— Dicho esto, le guiñó un ojo y se escabulló por la misma puerta que había entrado. Media hora más tarde, ya estaba de los nervios rebuscando en su armario. Había pensado hasta el último momento que no le haría falta bajar a la fiesta, pero cuando el momento estaba tan cerca se estaba impacientando. No encontraba nada porque nada era lo suficientemente bueno para esa maldita fiesta, ni discreto, ni elegante, ni con el cuello lo suficientemente alto. De repente, alguien llamó a la puerta de nuevo y Estel sintió un escalofrío. Suspiró antes de abrirla y después; estupefacción. Lena estaba en la puerta, vestida impecablemente y con un vestido en su regazo.

—¿Me dejas pasar o tenemos que tener esta charla en el pasillo?— Estel se hizo a un lado y la vampira entró echando un vistazo a la ropa esturreada por la habitación.— Bueno. No te traería esto en otras circunstancias, pero está en juego mi reputación.— Y le alargó el vestido que sujetaba.

—Gracias.— Balbuceó. Lo miró con desconfianza, pero la verdad es que era realmente bonito y bastante discreto, lo cual agradeció. Era negro y suave, con adornos muy sutiles.

—Arréglate. —Le aconsejó mientras salía por la puerta. Ya en el umbral se giró hacia ella. —No me falles.— Estel asintió y cerró la puerta. Calculó que no tenía mucho tiempo, así que no lo perdió. Se colocó el vestido y se recogió el cabello, cogió unos pendientes finos, un poco de maquillaje y la *lágrima de sangre* descansando en su pecho. Era una joya extraña, tuvo que admitir de nuevo, pero quizás algún día le salvaría la vida. A eso se limitaba en el momento actual, a no perder lo único que le quedaba.

No quiso esperar a que vinieran a buscarla, así que salió al pasillo y caminó despacio. Abajo sonaba música moderna y se oían diversas voces conversando al unísono. Comenzó a bajar la escalera y enseguida notó las

primeras miradas. Unos cuantos vampiros se giraron en su dirección con los ojos demasiado brillantes y otros por pura curiosidad.

Se sentía demasiado cansada para fingir que no los había visto; así que descendió con el semblante más serio del que pretendía. Anthony apareció de la nada para sujetarle la mano en el último escalón, luego la acompañó entre el gentío sin soltarla. Estel bajó un poco la mirada para evitar encontrarse con ojos ansiosos. Y así atravesaron a los invitados hasta llegar a un rincón donde habían apartado los sofás. Arthur y Anastasia estaban allí charlando con otro par de vampiros, pero en cuanto ellos llegaron, los desconocidos se esfumaron sin más. La vampira parecía tener la misma cara de espanto de su última noche de charla y Arthur parecía más pensativo que de costumbre. La repasó de arriba abajo y sonrió.

—Ya había visto ese vestido antes, pero sin duda esta percha es más apetecible. —Anastasia le dio un suave codazo en las costillas a su marido y él levantó las manos con inocencia. Anthony le aconsejó a Estel que se sentara y ella tomó asiento obediente. Tampoco es que le quedaran muchas opciones en una sala abarrotada de vampiros. Él le había dicho que los suyos no se acercaban a otro humano que hiciera poco que había sido mordido por otro, pero por su nerviosismo era evidente que no todos seguían esa norma y no tenían escrúpulos. El vampiro permaneció de pie. Se quedó allí durante una hora, observando al resto como si alguno fuera a abalanzarse sobre ella. Uri hizo acto de presencia entonces y se sentó a su lado, con lo que se ganó un vistazo malhumorado de Anthony. El chico lo ignoró deliberadamente, con mucha valentía y sonrió.

—Lena tiene un sentido del humor muy peculiar. —Le confesó.

—¿Por qué?— Quiso saber la joven, después de tanto rato de aburrimiento. Uri señaló el vestido que la vampira le había prestado.

—Este es el vestido que usa para los entierros humanos. —Dijo en tono más bajo.

—¡Oh, vaya!— Estel bufó, pero ya era tarde para incomodarse. Lena apareció para controlar a Uri o por pura maldad. Éste se incorporó de golpe y la vampira lo fulminó con la mirada.

—Espero que lo estéis pasando bien. —Dijo obligada. Estel la miró malhumorada y finalmente asintió, porque no sabía cómo decirle que era la peor fiesta a la que había asistido. Luego, cogió del brazo a su donante y se lo llevó. Estel volvió a quedarse sola, oculta por la espalda de Anthony que no permitía que nadie se acercara. Iba vestido con un traje negro que le sentaba

como un guante. Era realmente apuesto tuvo que reconocer. Incluso de espaldas, sin la profundidad de sus ojos azul marino, era absolutamente tentador. Y mientras divagaba con la tentación más absoluta, un vampiro se detuvo ante él. Había algo familiar en aquella figura. Estel estudió su perfil y lo recordó. Era el dueño del restaurante dónde habían celebrado su cumpleaños.

—Ahora vengo. Alain se quedará contigo. —Le aseguró Anthony antes de desaparecer entre el gentío.

—Bueno, ¿qué te parece la fiesta? —Le preguntó sentándose a su lado.

—Bien, pero... me gustó más la de tu restaurante. —Él sonrió complacido.

—Fue increíble, ¿verdad? Lena es joven, aún tiene que aprender mucho de los vampiros más viejos como yo.— Estel asintió complaciente. De repente, se sintió mareada. Un vértigo extraño la golpeó como si se acabara de subir a un barco. Alain la miraba con expectación y ella lo recibía con una intensa confusión. Su perturbadora mirada, casi, casi hipnotizadora. Había una idea, algo que intentaba penetrar en sus pensamientos por la fuerza, pero no la dejaba pasar. El vampiro entonces se irguió, con rostro malhumorado.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Preguntó muy serio. Tenía el brazo apoyado en el respaldo del sofá y lo apartó de golpe. Anthony apareció de repente, la sujetó del brazo y la hizo levantarse precipitadamente.

—¡Vámonos! —Le susurró. Ella no hizo preguntas y se dejó arrastrar, aún confusa por lo que acababa de pasar. Se metieron en la cocina, desierta porque no había comensales habituales.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Preguntó de nuevo Alain entrando tras ellos.

—No es asunto tuyo. —Le increpó el otro vampiro.

—¿Me tomas por tonto? ¡No se la puede hipnotizar! —Gritó el dueño del restaurante.

—No es asunto tuyo.— Repitió Anthony, tensándose más y más por momentos.

—¿Quién es ella? —Preguntó con curiosidad e indignación.

—Tampoco es asunto tuyo. —Alain estaba furioso y se paseó por la cocina arriba y abajo, observándolos. Anthony se colocó delante de la joven, escudándola por lo que pudiera pasar.

—No lo entiendo. Para muchos de nosotros eres nuestro ejemplo a seguir, casi como un líder. Si se enteran de que tienes a una *cazadora* en tu casa...— Calló.— Te van a matar.

—¿Confías en mí? —Le preguntó.

—No estoy seguro en estos momentos. —Le confesó Alain con cara de indignación.

—¿Una *cazadora* se dejaría morder? —Preguntó de mal humor. El otro vampiro negó lentamente. Anthony se giró hacia ella y le colocó una mano en la cintura y otra en el cuello. Luego le susurró: <<*Lo siento. Confía en mí*>>. Ella no entendía nada porque aún estaba confusa, pero una alarma se activó aunque no pudiera ponerle nombre. El vampiro se incorporó sobre ella, inhaló su aroma y la mordió. Una oleada de calor le subió por el cuerpo hasta alojarse en el cuello. Sintió una mezcla entre terror y placer y le temblaron las piernas, aunque la tenía tan sujeta que hubiera sido imposible que se cayera. Anthony retiró su boca mucho antes que la otra vez, con tacto, suavemente y casi al instante perdió esa conexión que experimentaba cuando su sangre lo alimentaba. Como si fueran uno. Ella se tambaleó y él la siguió sujetando con firmeza.

—Tengo planes para ella. —Le confesó a Alain.

—Sólo tú podrías hacer algo parecido... Espero que te salga bien. Te guardaré el secreto, pero no me defraudes.— El vampiro les echó una larga mirada antes de abandonar la cocina y Anthony perdió la compostura rápidamente y la sentó sobre una silla.

—Lo siento. —Se disculpó apesadumbrado.

—Estoy bien. Sólo un poco mareada.— Remarcó mientras se sujetaba a la silla.

—Tenía que hacerlo para que confiara en mí. Hemos sido amigos mucho tiempo, pero eso no significará nada si cree que los estoy traicionando.— Ella asintió porque parecía tener cierta lógica, aunque no sabía muy bien qué estaba pasando. Él acarició con sus dedos la herida del cuello que le acababa de hacer y siguió hasta su mejilla.

—Alain te admira. —Le dijo con un hilo de voz. El vampiro se puso rígido y se apartó un poco de ella.

—He vivido y viajado por todo el mundo, durante demasiado tiempo. Siempre había querido instalarme en un sitio, por lo menos durante algunos años, pero eso era muy complicado. Había oído que existían comunidades vampíricas, con normas y reglas por cumplir. Acabé aquí con mi pequeña familia y animé a otros a unirse a esta comunidad. Esto es una democracia, aunque a veces se rija por normas muy poco humanas.

—Tú los has unido. —Sentenció la joven.— Estar aquí... ¿os pone en

peligro? Tal vez, debería marcharme.

—No. Claro que no. A veces nos arriesgamos, pero el fin merece la pena.
—Le colocó una mano en el hombro para reconfortarla.

—Pero Alain... ha dicho que no podías tenerme aquí.

—Hay pocas personas en el mundo que sean capaces de bloquear la hipnosis. Nosotros, los llamamos <<cazadores>> porque la mayoría de ellos acaban siendo *cazadores de vampiros*.— Estel se quedó perpleja.

—¿Yo... yo soy... una *cazadora*? —Preguntó confundida y miró con verdadero terror a la puerta que la separaba del resto de los vampiros.— Van a matarme.

—Tranquila. Alain nos guardará el secreto.— Ella rebulló en su asiento, y aunque la falta de sangre la había aturdido un poco, la adrenalina la estaba despertando.

—¿Y si otros lo descubren?— Sintió como la habitación giraba de nuevo.— Tengo que aprender a fingir la hipnosis.

—Lo que haga falta. Puedes estar tranquila, no va a pasarte nada.— Ella negó levemente con la cabeza.

—No sé...— Estel estaba nerviosa.

—¿Confías en mí? —Le preguntó el vampiro. Se acuclilló al lado de la silla donde estaba sentada y cogió sus manos entre las suyas obligándola a mirarlo.

—Sí... es tarde para desconfiar. —Sentenció con sinceridad.

—Entonces déjalo todo en mis manos y ocúpate sólo de sobrevivir a esto.

—¿Por qué tanto interés en mí? —Le preguntó con lágrimas en los ojos. Se sentía cansada.

—Porque... —El vampiro cerró los ojos un instante.— Porque no quiero vivir sin ti. —Se hizo el silencio en la habitación y cuando ella fue a decir algo, la puerta de la cocina se abrió. Lena entró como un torbellino, se paró en mitad de la cocina y entonces reparó en ellos. Su primera mirada fue a por las incisiones del cuello de la joven, tras lo que emitió un bufido extraño.

—¿Se ha acabado la fiesta! —Anthony le hizo un gesto para que se explicase.— Dos que conocí en el Club se han peleado por una donante.— Paró y puso cara de asco.— Y al final se ha involucrado un grupo entero... y... se han puesto un poco sangrientos.

—¿Y?— Quiso saber el vampiro sin alterarse.

—Les he asegurado que como no se marcharan inmediatamente les iba a enviar a todo los vampiros de la zona para desangrarlos hasta la muerte. —La vampira bajó las manos rendida. Anthony parecía satisfecho.

—¿Y te han hecho caso? —Preguntó divertido.

—Sí. Se han largado.— Reconoció la vampira con resignación.

—¿Entonces por qué se ha terminado la fiesta?

—¡Porque ya no tengo ganas! —Le confesó y salió de nuevo de la cocina. Ambos se miraron en silencio. Anthony que permaneció de pie desde la entrada de su hermana, le tendió la mano para que se levantara de la silla y ella la tomó.

—Sería mejor que descansaras. —Le aconsejó. Y antes de que pudiera contestar, Uri entró en la cocina. Al verlos, se detuvo un instante, dudando entre marcharse o quedarse. Pero el vampiro se percató de su incomodidad.— Uri, ¿por qué no coméis algo? Ha sido una noche muy larga. Está a punto de amanecer...— El joven asintió comprensivo.

—No te preocupes. Haremos una pizza.— Y se puso manos a la obra buscando en el congelador. Estel le sonrió complacida.

—Buenas noches. —Le deseó el vampiro. Y ella tuvo el deseo inconsciente de marcharse con él.

—Buenas noches. —Le respondió. Uri lo saludó con la cabeza mientras se desataba la corbata naranja sobre la camisa gris. Anthony se perdió en el salón y el joven introdujo la pizza en el horno y soltó un suspiro. Parecía cansado.

—¡Qué noche más larga!— Exclamó abatido. —Le he dado mi sangre, le he hecho de guardaespaldas y me he peleado por ella. Estoy destrozado.— Estel podía comprender la primera parte, pues ella misma había <<donado>> su sangre, y ya se sentía cansada. No podía imaginar cómo había hecho todas esas cosas después. Uri era realmente fuerte.

—Vaya. Ha sido un poco extraña, sí. —Ambos se colocaron delante del horno y su luz los iluminó.

—¿Estás bien? —Le preguntó el joven que tenía peor cara que ella.

—Sí... Sobreviviremos, ¿no? —Le aseguró.

—Claro. Nos necesitan para vivir. Así que en cualquier caso, nos matan lentamente. —Se rio ante su propio comentario y se cruzó de brazos.

—Uri... —Él se giró para mirarla.— ¿Los vampiros aman? —Él apartó su mirada de nuevo al horno.

—Bueno. No estoy seguro de que amen como nosotros. Tal vez, lo hicieron cuando eran humanos, pero con su nueva vida... es probable que no. Tienen un instinto prácticamente salvaje sobre la sangre y eso merma cualquier sentimiento. Puede que sientan afecto, pero amor... lo dudo mucho. Nuestra sangre es demasiado exquisita, nos mantienen para alimentarse. Y si no lo

hacemos nosotros, lo harán otros.

—Esa es una visión muy triste.— El joven se encogió de hombros.—Si realmente crees eso, ¿por qué aguantas? ¿Crees que realmente te convertirá?

—Esa es la idea. —Dijo taciturno.

—Pero si llegara a hacerlo, estarías ligado a ella para siempre... —Le recordó.

—Si. La sangre llama. Así dicen los vampiros para referirse a sus nuevas familias vampíricas. Siempre responderé ante ella y tendrá poder sobre mí... pero aún así... mi hermano y yo seguiremos juntos.

—¿Por qué no te convierte él si tantas ganas tienes?

—No puede. Es demasiado joven. No tiene ese poder. —Dijo resignado mientras paraba el horno y buscaba un plato donde poner la pizza.

—Lo siento. —Dijo Estel al fin sin querer seguir removiendo la herida. Juntos se sentaron a comer, más en silencio de lo que hubieran deseado, sumidos en sus propios pensamientos. Uri hacía de vez en cuando, comentarios sobre la comida, la fiesta o sobre el tiempo y cuando acabaron se le ocurrió una magnífica idea: ver una película en el salón. Estel aceptó y en breve se sentaron en el cómodo sofá que había vuelto a su posición habitual. La joven no podía entender cómo estaba todo tan ordenado y limpio tras la fiesta. Pero imaginó que tenían su propio equipo de limpieza o algo así.

No supo en qué momento se había quedado dormida, pero cuando quiso darse la vuelta en la cama comprendió que no había llegado allí por su propio pie. Fuera como fuera, estaba tan cansada que se giró y se quedó dormida de nuevo.

10. EN LAS VENAS

—¿Por qué estoy viva? —Preguntó la vampira mirándolo a los ojos. Estaba tumbada en la cama y le dolía todo el cuerpo. Prácticamente el dolor no la dejaba moverse y sentía la boca seca y la garganta irritada. Lo había pasado mal en aquella última época a causa de su enfermedad, pero ahora se encontraba peor.

—Así debe ser. —Sentenció el vampiro que la miraba, apoyado contra la pared.

—Tendría que estar muerta. Me quedaban horas... ¿Por qué sigo aquí? —Él ladeó la cabeza y se cruzó de brazos. Tenía los ojos de un azul perturbador y le eran francamente familiares.— ¿Quién eres tú?

—Tu única familia.— Lena lo miró confundida.

—Yo no tengo familia. Ya no me queda nadie más. Soy la última.

—Ya no lo eres. Ahora somos dos. —La vampira lo miró con inquietud. Estaba demasiado cansada para siquiera gritar, así que también descartó la huida. Se encontraba completamente en sus manos.

—¿Qué quieres de mí?

—Que sigas en este mundo. —La miró apesadumbrado.

—Eso no es posible. Me estoy muriendo. —Le recordó. Él negó con la cabeza.

—Ya no. Ahora tendrás una nueva vida.

—¿Cómo...?— Quiso saber aunque se le atascaron las palabras por la emoción.

—No te preocupes por eso ahora. Descansa un poco más.

—Me duele todo. Creo que realmente muero... —Dijo casi sin voz.

—No. Sólo es hambre, pero te saciarás más tarde cuando termines el cambio.— Lena escuchó aquellas palabras sin entender lo más mínimo, cerró los ojos para alejar el dolor y se sumió en la oscuridad más absoluta.

Despertó muy pronto, sobresaltada por el recuerdo de la noche anterior. Sentía como si los vampiros de la fiesta siguieran observándola, pero en la habitación no había nadie más. Faltaban horas para que oscureciera y la luz se filtraba agradablemente a través de la cortina. Había salido el sol. Se levantó y comprobó que seguía llevando el vestido de la fiesta. Quién la había llevado hasta allí había tenido la decencia de no manosearla mientras estaba vulnerable, lo cual era de agradecer. Miró por la ventana y casi lloró de la emoción por ver el paisaje volviendo a la vida. Todo brillaba y parecía tener

mejor color. Había helado aquella noche y el deshielo lo había empapado todo, pero era absolutamente mejor que pasar otro día bajo aquella densa capa de niebla.

Se metió bajo la ducha para despejarse las ideas y al cabo de un rato ya estaba vagando por la casa en silencio. Sin embargo, la cocina ya estaba ocupada. Uri tomaba café mientras ojeaba un periódico. Estel se sentó con él y tomó otra taza. Con la otra mano untó una tostada con mantequilla y la mordisqueó.

—¿Me subiste tú a la habitación? —Le preguntó un tanto incómoda. El joven bajó la mirada hacia ella y sonrió.

—Ya me gustaría a mí quedar como un señor y decirte que sí, pero con lo agotado que estaba no hubiera pasado del primer escalón.— Estel esbozó una sonrisa de complicidad.— Tu vampiro hizo una última ronda y te rescató de mis terribles zarpas. —La joven puso los ojos en blanco por sus exagerados comentarios.— Me echó una mirada mortal...

—Bueno. Fue un final digno de una noche rara.

—Ya te digo.— Estuvo de acuerdo el joven.

—Ha salido el sol. —Le informó Estel cambiando de tema.— Voy a broncearme.— Ironizó. Se levantó tras terminarse el desayuno y salió al jardín. Uri la siguió al cabo de un momento y pareció tan complacido como ella.

Sin embargo, algo no estaba en su sitio, pensó la joven. El ángel seguía vertiendo agua, incansable y el chorro brillaba con luz casi mágica. Los árboles habían recuperado su verdor y otros apuntaban con sus ramas desnudas al despejado cielo. Había algunos gorriones revoloteando cerca de la piscina cubierta y los bancos de piedra estaban despejados. Todo parecía estar en regla, pero ella sentía en su fuero interno, que no era así. Finalmente, Estel vio la sombra agazapada encima del muro. Estaba casi escondido en una esquina, observándolos. Cuando fue descubierto, el personaje saltó al jardín y se acercó rápidamente. El intruso era un hombre alto y delgado, con el cabello rubio y largo hasta los hombros. Tenía barba de varios días y llevaba un abrigo largo y gris. Los miró a ambos y sonrió con suficiencia.

—Me has dado mucho trabajo, princesa.— Y le guiñó un ojo. Estel y Uri se acercaron hasta tocarse.

—¡Lárgate y déjanos en paz! —Le gruñó el joven, muy tenso.

—¿Qué quieres? —Preguntó Estel puesto que se había dirigido a ella en primer lugar.

—Me han enviado a buscarte, ya que los vampiros nunca regresaron de ese mismo cometido.— Resumió el recién llegado. Estel lo observó mejor y no debía tener más de unos treinta.

—Ella no va a ninguna parte. —Le desafió Uri con más sangre fría de la que ella habría esperado.

—¿Por qué quieres que vaya contigo? —Preguntó la joven, un poco harta ya de tanta maldad.

—Me han pagado bien por ello. Te quieren al parecer, en la ciudad, viva o muerta. Pero no es práctico pasearse por ahí con un cadáver, así que esperaba que vinieras de buena voluntad... —La joven se notó la garganta seca. Seguían tras ella y ahora enviaban a humanos en vista de que los vampiros habían fracasado. Dio un paso atrás para escapar, pero el desconocido se lanzó a por ella. Uri se interpuso entre ellos y empujó al intruso. No fue suficiente como para tirarlo al suelo, pero se tambaleó y se volvió contra ellos con rabia aumentada. Se lanzó a por Uri, lo sujetó del cuello y lo levantó con fuerza sobrehumana. Fuera quién fuera, aquel tipo no era del todo normal.

—¡Suéltalo! —Gritó la joven asustada viendo como el rostro de Uri cambiaba de color. Le estaba asfixiando y ella se sintió inútil de nuevo, sin saber qué hacer.

—¡Te ha dicho que lo sueltes! —Sentenció una voz conocida a su espalda. Todas las miradas fueron en su dirección. Anthony estaba en pijama, de un nada sorprendente negro. Los mechones de su cabello estaban despeinados e iba descalzo. Se acababa de despertar de su letargo y no parecía muy contento. Los rayos de sol brillaban sobre su piel dándole tonalidades desconocidas. Estaba hermoso bajo la luz, pero Estel fue consciente del gran esfuerzo que hacía estando allí, alejando el sueño y debilitándose bajo el sol.

—Un vampiro de día no tiene ni la mitad de fuerza que de noche. —Sentenció el intruso soltando de golpe a Uri sobre el jardín. Éste cayó al suelo de mala manera y se quedó tirado en una postura incómoda, muy quieto.

—Llegaré a tu cuello en menos de cinco segundos. —Le retó el vampiro y el desconocido sonrió.

—Veámoslo.— Fanfarroneó el intruso. Anthony se preparó para saltar, pero en ese instante se oyó un sonido proveniente de la casa. Arthur, Anastasia y Lena estaban de pie tras Anthony. Al hombre le falló la sonrisa y comprendió que había perdido. Por poca energía que tuvieran de día, cuatro vampiros eran demasiados. Dio un paso atrás.

—Deberías preguntarle al vampiro. —Dijo mirando a Estel.

—¿Preguntarle el qué?— Quiso saber ahora más valiente al sentirse respaldada por los habitantes de la casa.

—¿Por qué sabe tanto sobre ti? ¿Por qué te conoce tan bien? —Anthony esbozó una mueca, pero no dijo nada. Luego el intruso corrió hasta el muro y lo saltó. Lena y Anastasia corrieron hasta la casa para refugiarse del sol y se escucharon sus protestas. Sólo Anthony y Arthur permanecieron allí observando el muro que parecía más alto y más infranqueable que nunca.

—¿Quién demonios era ese? —Preguntó Lena mientras acariciaba el rostro de Uri que Arthur se había molestado en traer dentro de la casa. La vampira estaba nerviosa y se la veía demacrada y agotada por la exposición al sol. Anastasia estaba mucho mejor por lo que era más fuerte de lo que parecía, aunque estaba enfadada de igual manera y enviaba miradas furibundas por doquier.

—Un *cazarrecompensas*. —Sentenció Anthony.— Ha venido para llevarse a Estel.

—¡Pues que se la lleve! ¡Mira que ha pasado por su culpa! —Gritó Lena perturbada. Uri permanecía en su regazo más blanco de lo normal.

—¿Qué... qué le pasa? —Se atrevió a preguntar la joven.

—Creo que le ha roto... algo vital.— Intentó suavizar Anthony, pero eso sólo la puso más nerviosa.

—¡Tenemos que llevarlo al hospital! —Gritó la joven muy asustada. Los vampiros se miraron entre ellos.

—¿Y cómo íbamos a explicar lo que le ha pasado? —Preguntó Anastasia.

—Algo nos podremos inventar.— Repuso la joven obstinadamente.— ¡No podemos dejarlo morir sin más!— Ninguno habló.— Vosotros mejor que nadie conocéis la importancia de la vida.—Silencio.

—No estoy seguro siquiera de que lo puedan salvar. —Sentenció finalmente Anthony. Estel se desesperó por completo. Uri se moría y nadie hacía nada. Había sido todo por su culpa y nadie movía un dedo.

—Dale tu sangre. —Le pidió a Lena. Le pareció mejor que fuera ella quién se la diera puesto que era su donante, pero si no lo hacía, estaba dispuesta a sacrificar su colgante. La vampira la miró como si estuviera loca. —Anthony me dijo que una sola gota cura mucho más rápido que cualquier medicina.

—¿Te crees que soy una ONG? —Le increpó Lena.

—¡Es Uri! ¡Maldita sea! Es una buena persona... no merece morir así... por salvarme.— Estel fue apagando la voz hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas. Agarró el colgante con ambas manos y estaba a punto de tirar de él,

cuando Anthony la rodeó con sus brazos y se lo impidió. Ella escondió el rostro en su pecho para no ver ni oír nada más.

—Quizás deberías intentarlo. —Dijo Arthur mirando a su *hermana de sangre*. Se escucharon unos pasos y luego la voz de Anastasia.

—Toma un alfiler. Creo que con un par de gotas bastaría.

—¡Malditos seáis todos!— Exclamó la vampira malhumorada. Estel se apartó de Anthony entonces para ver qué hacía. Cogió el alfiler y se pinchó en un dedo. Una gota de sangre llegó enseguida a la superficie, le abrió la boca y la arrojó dentro. Luego, se apretó el dedo hasta conseguir otra y repitió el procedimiento.

—Has obrado bien *hermana*. —La animó Anthony.

—¡Déjame en paz! ¡Dejadme en paz todos! —Gritó y salió disparada hacia su habitación. Anastasia le colocó un cojín bajo la cabeza al joven y lo acomodó en el sofá.

—Ahora hay que esperar...— Reconoció Anthony de mala gana.

—Subidlo a mi habitación, yo puedo dormir aquí. —Le pidió Estel.

—¿Estás segura? —Le preguntó el vampiro. Ella asintió. Arthur miró a su *hermano* y cogió en brazos al chico. Luego lo subió por las escaleras como si no pesara nada.

—Allí estará más cómodo. —Le aseguró la joven al vampiro y éste asintió.

—Se pondrá bien. —Le dijo finalmente para que se tranquilizara pero Estel sentía el corazón roto. Uri se había portado siempre bien con ella. Anastasia se levantó en silencio y fue a ayudar a su marido, su rostro mostraba cansancio y frustración.

—El *cazarrecompensas*...— Comenzó la joven poniendo orden en sus pensamientos.

—Se llama Erik y se vende al mejor postor. Empezó como *cazador* de vampiros. Igual que tú, no puede ser hipnotizado. Pero ahora no sé muy bien qué es.

—Dijo que sabías mucho de mí, que ya me conocías de antes.— Lo encaró. Los ojos del vampiro eran esquivos.

—Yo...— Comenzó.

—No me mientas Anthony. Basta de mentiras.

—Nunca te he mentado. —Se defendió.

—Pero tampoco me has dicho toda la verdad. ¡Necesito saberlo! —Gritó. El vampiro la miró con pesar y se sentó en el sofá, abatido. Estel lo siguió.

—Es verdad que te conocí hace mucho tiempo, pero... el destino nos ha

vuelto a unir. No lo sé, es todo muy confuso, incluso para mí.— Volvía a ser absolutamente críptico.

—Explícate. —Le ordenó y él pareció pensar la mejor forma de decirlo.

—Hace tiempo amé a una mujer, a una *cazadora* de vampiros. Su nombre era Isaura. Nuestra relación era imposible, deberíamos habernos repelido, pero no fue así. Sin embargo, ella tuvo el valor de escapar antes de que nos mataran a ambos. Durante mucho tiempo pensé que me había abandonado, pero luego comprendí que me había salvado la vida... o lo que quedara de ella. Al cabo de unos años supe que se había casado con Damien, otro *cazador* tan fuerte como ella y me sentí feliz por su nueva situación, o en paz, o algo parecido. Pero una noche apareció el rastro de su sangre de nuevo allí donde vivíamos. Ocupábamos una vieja pensión en Estambul y realmente pensé que nunca nos encontraríamos allí. Pero me equivoqué, ella siempre supo dónde me encontraba y me tenía reservada una sorpresa.— Hizo una pausa. —Acababa de dar a luz a una niña, pero habían matado a su marido y la perseguían también a ella. Nunca me dijo de quién se trataba, y yo siempre pensé que eran vampiros. Al final, somos enemigos naturales, pero quién sabe. Me pidió que me hiciera cargo del bebé, pero me negué en un principio. Era una locura. La sangre de los recién nacidos es absolutamente irresistible. Pero ella me buscó y... te trajo con ella.— Estel aguantó la respiración.—Tú eras ese bebé. Te dejó en mis manos y yo... me vi incapaz de cuidarte sin hacerte daño, así que te di en adopción. Te aparté de mí, y ahora... estás aquí. Isaura murió, acabaron con ella y yo estaba sumido en las sombras, culpándome de su desgracia. Supe que eras tú cuando probé tu sangre por primera vez, hasta entonces sólo tenía suposiciones acerca de tu fecha de nacimiento y poco más. Tu sangre... tiene un sabor muy parecido al suyo, pero es diferente. Ahora lo sé. Por tu sangre mataría, por tu sangre daría la vida. —La miró a los ojos. Estel sentía un nudo en la garganta que no la dejaba respirar.

—¿No eran mis padres? —Preguntó, pensando en lo buenos que habían sido siempre con ella. Recordó su historia de amor entonces. Se habían conocido en Turquía donde trabajaban como médicos para una ONG. No era una casualidad. Ella era realmente la hija de Isaura. La mujer de la que había tenido celos por haber conocido antes a Anthony. Y el mundo se le cayó a los pies.

—Lo siento. —Le susurró el vampiro y Estel sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Yo no soy ella.— Negó con la cabeza.— Crees que puedo reemplazarla

en tu corazón. Pero yo no soy ella, nunca lo seré.

—Claro que no eres ella. Ella era una *cazadora*, una guerrera, un soldado. Se entrenó durante toda su vida para acabar con seres como yo. Tú eres dulce y fuerte a la vez. No necesitas matar vampiros, ni saber manejar armas. Llamas la atención por ti misma. Y no puedo creer la suerte que he tenido por que hayas aparecido de nuevo en mi vida.— Estel sentía las mejillas húmedas y el corazón galopando con fuerza.

—Necesito pensar. Necesito estar sola un rato. —Le dijo y él asintió. Suspiró, se levantó y se dispuso a marcharse. Al pasar le besó el cabello y se alejó. Ella se hizo un ovillo en el sofá y lloró durante horas. Nadie se atrevió a molestarla. Se dormía y se despertaba y volvía a llorar. Salima le había llevado un té y era lo único que había tomado hasta que al amanecer cayó rendida de nuevo. Se despertó cuando Anthony la levantó y la subió a su propia habitación. Ella se aovilló en la cama del vampiro para protegerse del dolor que sentía y él se durmió a su lado, abrazándola. Sentía que él era culpable de su sufrimiento y a la vez lo amaba perdidamente. Así que aquella noche, tan juntos, se dio una tregua y se durmió feliz. Aunque nada tuviera sentido y al mismo tiempo fuera tan auténtico. Aunque viera menos el sol y la noche se alargara hasta las tantas. Aunque la vida se meciera en sus manos y se sintiera atrapada.

11. ALMA DE CAZADORA

Despertó antes que el vampiro, que estaba sumido en un sueño profundo, tal vez por el cansancio acumulado el día anterior. Dormido estaba absolutamente encantador, vulnerable y se preguntó si los vampiros soñaban. Se levantó con determinación y tristeza, una combinación que le dolía en el alma. Quedarse allí había sido un error por varios motivos. Porque Anthony creía que la amaba porque veía en ella el reflejo de su madre, de otra mujer, pero ella se sentía una burda copia, descolorida y sin valor. Él sólo se aferraba a ella porque Isaura ya no estaba. Y quedándose allí ponía en peligro a todos, cada vez más cerca, hasta se habían atrevido a entrar en la casa. Ya nada los paraba y Uri... estaba vivo de milagro. Se vistió sin hacer ruido y salió al pasillo. Antes de marcharse abrió la puerta de la que había sido su habitación y observó a su amigo. Estaba muy quieto, pero su pecho subía y bajaba. Quiso disculparse, pero él no la oiría. Entró en la habitación y encontró la caja dorada. Se desabrochó el colgante que con tanto cariño había llevado al cuello y lo guardó dentro. Cogió su bolso, el anorak y se marchó de la casa a hurtadillas. Pidió un taxi que tardó unos diez minutos, y emprendió su vuelta a casa de Patty. No era el mejor sitio al que podía ir porque en cuanto el cazarrecompensas se enterase iría a buscarla. Pero tenía que ganar algo de tiempo y huir a otro lugar si era necesario. Huiría toda la vida si así impedía que hicieran daño a los suyos. Mientras el coche circulaba, Estel se dio cuenta de que Isaura había pasado por una situación similar. Había tenido que escoger y prefirió apartarse. El círculo de la vida giraba de nuevo en la misma dirección. Pagó al taxista y se quedó parada delante del edificio donde vivía Patty. La había dejado prácticamente tirada. Y ahora volvía con el rabo entre las piernas y una panda de asesinos a la espalda. Subió al piso y todo parecía como siempre. Su amiga estaría trabajando hasta tarde y decidió prepararle algunos dulces que tanto le gustaban.

Cuando terminó se dio cuenta de que ya era de noche. Los vampiros ya se habrían dado cuenta de su ausencia, pero no sabía cómo se lo tomarían. Aunque esperaba que respetasen su decisión. Miró por la ventana y vio como aparcaba un coche familiar. Anthony se bajó, vestido con unos vaqueros negros y un suéter del mismo color. Iba a cruzar la calle cuando miró hacia arriba y la vio en la ventana. Cruzó rápidamente entonces y entró en el portal. No tardó en llamar a la puerta. Y en cuanto la abrió, se miraron intensamente.

—Esta es una de tus peores locuras. No puedes quedarte aquí. Os ponéis las

dos en peligro. —Le recriminó el vampiro.

—Lo sé. Pero necesito tiempo y espacio. Necesito estar sola.— El vampiro entró y cerró la puerta tras él.

—Lo entiendo. Pero no es el mejor momento para huir. Aquí no puedo protegerte. Es absurdo. Vas a hacer que te maten.

—Tú... te has acercado a mí sólo porque te recuerdo a ella. —Le recriminó la joven. Y él pareció dolido.

—¡No! Me llamaste la atención desde el primer momento. Ni por asomo pensé que eras quién eres y en cualquier caso eso me echó para atrás, me lo pensé. Pero ya era tarde para una retirada. Ya estaba loco por ti... —Aquella revelación fue la definitiva para que la joven rompiera a llorar.

—Por favor, Anthony, no me hagas esto. —Él le sujetó el mentón con una mano y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Dime que no sientes nada por mí y me marcharé. —Le pidió el vampiro.

—Yo... necesito aclararme. Estoy rota por dentro.— El vampiro asintió.

—De acuerdo. Tienes una semana. No más. Volveré a por ti.

—Vale. —Dijo Estel entre lágrimas.

—Voy a hacer guardia por las noches. Pero te recomiendo que no estés sola por el día. Erik no se atreverá a secuestrarte si hay testigos. ¿Lo harás? —Le preguntó preocupado.

—Claro. Te lo prometo. —Ambos sabían lo que estaba arriesgando. Pero Estel necesitaba tiempo para lo que quería hacer. Quería tratar con Erik, quería arreglar las cosas. Como fuera.

—No dejaré que te pase nada. —Le susurró Anthony al oído. Estaban tan cerca que se rozaban.— Voy a estar siempre aquí para ti. —Le cogió el rostro entre las manos y la besó. Aquellos mismos labios que se habían alimentado de su cuello, ahora la besaban de nuevo con dulzura. Estel tembló entre el placer y el miedo. Él se apartó para estudiar su rostro, la besó en la frente y se marchó. La chica se quedó de pie ante la puerta, con el recuerdo de aquel beso y la ausencia de vida más absoluta. Se fue al comedor y se sentó en el sofá a esperar a Patty. Fue una larga espera. Estel prácticamente saltaba cada vez que escuchaba un ruido. Se mantuvo tensa hasta que la puerta se abrió. Patty se asomó y esbozó una sonrisa.

—¡Has vuelto! —Se acercó hasta el sofá y se abrazaron. De repente, Patty se apartó y la miró de arriba abajo.— ¿No te habrá hecho nada ese tipo, no?— Estel negó un tanto desanimada.

—Necesitaba un poco de espacio... para pensar. Todo va demasiado

deprisa. —Le aseguró.

—Claro. ¡Y has venido al lugar perfecto!— Y abarcó con sus brazos toda la estancia.— ¿Qué planes tienes?

—Bueno. Había pensado ayudarte en el bar hasta perder el sentido. —Dijo inocentemente con una sonrisa en los labios.

—¡Oh! Es sin duda una gran y productiva idea. Tú sí que sabes cómo divertirme. Me gusta. —Sentenció y ambas se echaron a reír.

Y con esta promesa se levantaron al día siguiente para ir al bar. Estel había tenido sueños perturbadores toda la noche y se levantó cansada. Pero no le importó. Se fueron a trabajar hacia mediodía y allí ya estaba la nueva camarera. Ordenaron mesas, bebidas, planificaron lo que harían aquella noche, y el tiempo pasó de prisa. Intentaba no quedarse sola, pero aún así, miraba continuamente a la puerta. Sabía que tarde o temprano se presentaría Erik. Por la noche sabía que Anthony estaría vigilando en la calle y aunque no lo vio ni una sola noche sabía que estaba allí. Sentía que estaba cerca, porque desde que la hubiera mordido por primera vez había descubierto esa conexión entre ellos. Si no se mostraba era simplemente para respetar su espacio.

Y así transcurrieron tres días. En aquella tercera jornada, Estel estaba inmersa en la limpieza de mesas cuando una sombra ocupó la puerta. Levantó la vista ligeramente y se encontró con la extraña figura del *cazarrecompensas* parado en el umbral. Tenía las manos escondidas en los bolsillos de su largo abrigo gris y Estel recordaba lo peligrosas que podían llegar a ser. La joven dejó lo que estaba haciendo y se acercó al hombre que se había detenido a mirarla.

—No voy a venir contigo, así que lárgate. —Le susurró. Él permaneció serio ante sus palabras.

—Sabes que tarde o temprano responderás ante el que te quiere muerta. —Aquella afirmación la dejó helada, pero mantuvo la calma.

—No sé quién me busca, ni por qué. Pero yo no he hecho nada. —Le aseguró. Erik la miró de arriba abajo, sopesándola.

—La clave está en el por qué. ¿Le preguntaste al vampiro?— Y esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Eso no es asunto tuyo. —Le espetó.

—Estás aquí, fuera del refugio. Así que imagino que lo hiciste. Y esa es la razón por la que te buscan. Tu herencia. Heredera de dos de los mejores *cazavampiros* de los últimos tiempos. *Cazadores* con muchas deudas de sangre.

—Pero no son mis deudas. Yo ni siquiera sabía que era adoptada.

—Cierto. Pero están pagando muy bien por tu cabeza.— Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Pues no voy a ponértelo fácil. —Le confesó y él sonrió de nuevo.

—No soy un absoluto insensible, me duele vender a los míos.— Repuso fingiendo indignación.

—Quién lo diría... —Le contestó la joven.

—Pero no vivo del aire. —Le explicó.

—Se me rompe el corazón... ¡Estuviste a punto de matar a mi amigo! —Le recriminó. El hombre se encogió de hombros.

—Daño colateral. No calculo mi fuerza, te aseguro que él no era mi objetivo. —Se defendió.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué te acompañe? —Le preguntó malhumorada.

—Eso estaría bien. Sería genial de hecho. Nos ahorraríamos tanto tiempo...

—Le sugirió el *cazavampiros*.

—¡Ni lo sueñes! No voy a dar mi vida por algo que no he hecho.

—Pero lo harás. Eres una *cazadora*, lo quieras o no y tarde o temprano saldrá tu lado dormido. Matarás vampiros.

—¡Déjame en paz!— Estel no quería seguir escuchándolo. Comenzaba a odiarlo.

—Sabes que digo la verdad... todo tu mundo está a punto de cambiar. Y tu vampiro sólo está postergando lo inevitable.— Intentó convencerla.

—Déjame... —No quería escucharlo más, pero no sabía cómo zafarse de él. La fue siguiendo por todo el local comiéndole la cabeza. Al final, cansado de seguirla la sujetó del brazo y ella se giró malhumorada.— ¡Suéltame!

—Si no es conmigo te irás con otros. Y no serán tan amables. Mi cliente te quiere muerta. Y no cesará.— Estel no podía creer que insistiera en ello.

—¿Por qué crees que debería seguirte a una muerte segura?! —Le preguntó con rabia. Él sonrió.

—No quiero que me sigas, quiero que luches por tu vida. Si hubiera querido llevarte conmigo yacerías inconsciente en el maletero de mi coche desde hace un par de noches.— Estel enmudeció de repente.— Ni siquiera yo veo digno este trabajo. Nunca he creído en la muerte preventiva. Paga el que te la juega, no el que probablemente te dará problemas. Te acoso, hago mi papel, y tú haces el tuyo. Pero tienes que luchar, con uñas y dientes, porque vendrán más. Y no podrás permitir que te salven siempre el culo, llegará el momento en que estarás sola frente a ellos. ¡Tienes que espabilar! —La joven se quedó

paralizada escuchándolo. Al final, no parecía que quisiera hacerle daño, pero tal vez lo haría. Era una situación extraña y se sintió totalmente aturdida. Patty llegó en ese preciso instante y se colocó entre los dos.

—¡Lárgate Erik! No quiero verte más por aquí. Sólo me traes problemas. —Le espetó. Él fingió sentirse herido, miró desafiante a Estel por última vez, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

—¿Lo conoces? —Preguntó intrigada la joven. Patty hizo un ademán quitándole importancia.

—Fuimos amigos hace tiempo.— Estel la miró incrédula.— De acuerdo, me lié con él estos días que estabas ausente.— Confesó ante la atenta mirada de su amiga.— ¡Me aburría!— Exclamó y a Estel se le escapó una sonrisa atravesando la marea de sus problemas.— ¿Se ha metido contigo?

—Es un poco pesado. —Le resumió. Patty asintió.

—¡Qué me vas a contar! Avísame si vuelve. Que le voy a dar una patada en el culo. —Le aseguró y se encaminó a la barra. Estel sentía como le temblaban las manos y sujetó con fuerza el paño que había utilizado para limpiar las mesas. No podía contarle a su amiga en qué estaba metida, porque no iba a entender algo tan extraño. Apretó los labios, tragó y siguió trabajando como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, por dentro bullía el caos y el dolor más absoluto de incertidumbre y rabia.

Cuando se marcharon a casa, nevaba. Había estado nevando las últimas horas desde que Erik abandonó el bar y las calles se habían difuminado en el espacio incierto entre los edificios. Patty conducía despacio sobre la nieve virgen en su Suzuki. Las calles estaban desiertas lo cual no era tan raro, con o sin nieve. Pero había cierta tranquilidad en el aire, una calma contenida que amortiguaba todos los demás sonidos.

Llegaron a casa y Patty aparcó sin maniobrar demasiado. La nieve empezaba a cuajar y era mejor entrar en casa cuanto antes. La mañana siguiente sería más dura porque dudaba que fueran a limpiar las calles enseguida, si es que lo hacían. Corrieron hasta el portal arrojándose bolas de nieve con diversión. Por un momento, bajo aquella guerra de nieve Estel olvidó todas sus preocupaciones y volvió a ser la chica divertida y simpática que creía haber sido siempre. Luego subieron al piso, prepararon chocolate caliente y estuvieron un buen rato observando cómo nevaba. Era placentero por un momento, olvidarse de todo y volver a ser amigas. Finalmente, cuando el agotamiento pudo con ellas, Patty le dio unas palmaditas en el hombro y le sonrió con las gafas deslizándose hasta la punta de su nariz.

—Buenas noches cielo. Descansa. Mañana haremos un muñeco de nieve, que veo que tienes ganas...— Y le guiñó un ojo. Estel se rio ante el comentario divertido que acababa de hacer. No podía molestarse con ella porque tenía razón, hubiera hecho cualquier cosa con tal de olvidar los pensamientos que le cruzaban la mente continuamente.— Y luego... te lo cargas a puñetazos si quieres para desahogarte.— Estel ya no pudo contener la risa.

—Buenas noches. —Le deseó con una sonrisa. Su compañera la imitó y se marchó a su cuarto. Ella siguió su ejemplo y se acostó.

Llevaban algunas horas durmiendo, faltaba poco para el amanecer, cuando un ruido la despertó. No era un ruido fuerte sino el gruñido de una puerta. Abrió los ojos de repente, el corazón a mil, una puerta, la de entrada acababa de abrirse. Se echó al suelo y rodó debajo de la cama. La puerta de su habitación se abrió y ella se cubrió la boca con la mano para no gritar. Dos pares de piernas se detuvieron ante su cama y se quedaron allí por un momento. Estaba segura de que se iban a marchar, cuando uno de los intrusos se agachó, estiró el brazo y la agarró de una pierna. Tiró de su cuerpo fuera de la cama y ella gritó. Delante de ella había dos vampiros que no conocía, sus ojos brillantes como luciérnagas los delataron en la oscuridad de la alcoba. Forcejeó con ellos que intentaban arrastrarla hacia la salida y entonces un golpe sordo los detuvo. Patty estaba en el pasillo, su mirada llena de determinación. Llevaba en las manos un bate y lo ladeó para usarlo en un tiempo breve.

—¡Dejadla u os parto el espinazo!— Rugió. Los vampiros la encararon con sorna y Estel aprovechó para escapar de ellos. La puerta de entrada quedaba detrás de ellas y con un poco de agilidad llegarían hasta allí. —¡Corre Estel! ¡Lárgate! —Le ordenó Patty sin dejar de mirar a sus atacantes.

—¿Qué? ¡No voy a ninguna parte sin ti! —Le espetó.

—¡Vete! ¡Busca a Anthony! —Gritó nerviosa.

—¡No...! —Le contestó. No podía dejarla allí.

—¡Ve a buscarlo! Yo estaré bien. Estoy acostumbrada a tipos como estos.— Escupió.

—Ellos... no son...— Quiso advertirle, pero no sabía cómo explicarlo.

—Yo me encargaré de ellos. Busca a Anthony, ¡ahora! —Gritó de nuevo y Estel salió corriendo. No sabía exactamente qué hacía bajando por aquellas escaleras. La estaba dejando sola y desamparada. La abandonaba a su suerte. Pero ella no podía vencerlos. Tenía que buscar ayuda, Anthony salvaría a

Patty. Llegó hasta la calle y el frío la azotó como una bofetada helada. No llevaba más que el pijama e iba descalza. Caminó sobre la nieve, al principio despacio y luego más rápido cuando dejó de sentir los pies. La adrenalina la hacía insensible al frío por momentos y sólo sentía algún escalofrío momentáneo. Recordó en su desesperación que siempre había un taxi haciendo guardia cerca de la única parada de bus del pueblo. Corrió despavorida por aquellas dos calles y dio gracias al cielo cuando vio la luz del vehículo estacionado bajo la nieve. Saltó prácticamente dentro del vehículo dándole al conductor un susto de muerte. El hombre tenía puesta la radio y la bajó de golpe. La miró por el espejo retrovisor y se cuadró las gafas para observarla mejor. Ella le dio la dirección de la casa de Anthony y él pareció comprender con retraso lo que quería. Finalmente, arrancó el coche a disgusto y circuló lentamente por las calles. Estel se abrazó el cuerpo que empezaba a descongelarse gracias a la calefacción. Quería pedirle que fuera más deprisa, pero en aquellas circunstancias habría sido una torpeza y no quería tener un accidente también. Tardaron quince largos minutos en llegar hasta el final del camino donde se encontraba la casa. Una vez allí, le pidió al hombre que aguardara. El horizonte empezaba a teñirse de luz y Estel maldijo para sus adentros. Llamó al timbre de la verja y esperó tanto que pensaba que nadie iba a contestar. Al final, ésta se abrió con un chasquido y ella corrió trotando sobre la nieve. Resbaló y se cayó de bruces a tan sólo unos pasos de la casa. La sangre le corría tan deprisa que no sintió el dolor, sólo la frustración de que estaba perdiendo un tiempo valioso, tiempo en el que Patty quizás estaba muriendo. Gritó de rabia e intentó levantarse, resbalando de nuevo. Había perdido totalmente las fuerzas, cuando una mano la sujetó con fuerza y la levantó. Anthony la atrapó entre sus brazos observándola con terror.

—¿Qué ha ocurrido? —Le preguntó nervioso. Ella intentó contener las lágrimas.

—Entraron en casa. Patty se quedó para defenderme. Tienes que ayudarla. —Las palabras salieron atropelladamente y luego se quedó sin aliento. Arthur llegó hasta ellos y miró a su *hermano*.

—¡Vamos! —Le dijo preparado para la acción. Los primeros rayos de luz se filtraron dando color al firmamento gris. Arrancó las gafas de sol del bolsillo de su camisa y se las colocó, luego buscó las llaves del coche en el bolsillo y esperó pacientemente a que su *hermano* se decidiera a soltarla.

—Gracias.— Balbuceó Estel en su dirección. Él chasqueó la lengua.

—La idea de patear vampiros molestos siempre me anima antes de irme a

dormir.— Repuso Arthur con una sonrisa de suficiencia. Estel pensó que no importaba el motivo si salvaban a Patty. Anastasia se arrastró hasta ellos con la mirada fija en el cielo brillante. Pasó el brazo por la espalda de Estel liberando a Anthony y la condujo hacia la casa. La joven caminó sin oponerse aunque giró la cabeza varias veces en dirección a los dos vampiros que se dirigían al coche. De todos los habitantes de aquella casa, sólo ellos dos tenían fuerza suficiente para aguantar bajo la presión de los rayos solares. Y agradeció en silencio que el día amaneciera encapotado y triste.

Anastasia la condujo al salón y tras pagar al taxista que seguía aguardando en la puerta, le trajo ropa seca. Estel se cambió y se acurrucó en el sofá con el estómago encogido y el alma destrozada. Esperaba profundamente que hubieran llegado a tiempo y que Patty hubiera podido contenerlos hasta su llegada. Era una visión demasiado optimista para lo horrible de la realidad, pero no podía permitirse el lujo de desfallecer anímicamente hasta que todo estuviera perdido. Se aferró a aquella convicción como a la misma sangre que corría por sus venas y aguardó.

Una hora más tarde los vampiros estuvieron de vuelta. Estel saltó literalmente del sofá y se detuvo a medio camino hacia la puerta al ver que Patty no los acompañaba. Un sentimiento desolador se apoderó de ella y se quedó paralizada, su mirada, la viva estampa del horror.

—Estel... —Comenzó a decir Anthony. Ella negó con la cabeza.

—No... —Susurró con pesar.

—Escúchame. —Le pidió el vampiro llegando hasta ella.— Patty no estaba allí. La hemos buscado, pero no hay rastro de ella. —La joven recuperó el calor en su corazón, pero sólo parcialmente. —No sabemos dónde está.

—Pero... ¿y si se la han llevado? —Preguntó angustiada por un nuevo temor. Ambos vampiros se miraron.

—No... Están muertos. Alguien los ha matado. No se la han llevado.— Estel sintió alivio ante aquellas palabras.

—Creemos que vendrá aquí. Seguramente está a salvo. —Le confesó.

—Eso... es magnífico. ¿Pero cómo lo ha conseguido? —No podía entender cómo lo había hecho.

—Nos lo explicará cuando venga. Sabe que estás aquí. Seguro que viene.— Estel estaba contenta por su amiga y no pensó bien cómo había ocurrido aquello. No importaba realmente. Sólo que estaban vivas, las dos. Y el modo era una minucia.

Ambos vampiros parecían cansados, se derrumbaron en el sofá y Anastasia

les sirvió una copa de un líquido escarlata. No pasó más de media hora cuando el timbre de la puerta sonó. Anastasia miró por la cámara y Anthony le hizo un gesto para que abriera. Patty entró en el salón vestida con su pijama y una cazadora de cuero. Se paró a escasos metros de la puerta y Estel se arrojó sobre ella para abrazarla. Patty contestó a su abrazo con efusividad y luego se separó de ella. Estel estaba tan feliz que no había reparado hasta ahora del corte en su ceja y el moratón en su mejilla.

—Estás herida... —Dijo con la voz ronca. Patty negó quitándole importancia.

—Estel, tienes que escucharme. —Le rogó. Ella asintió y aguardó en silencio.— Yo... soy una *cazadora*. Lo he sido siempre. Me enviaron para protegerte y mi misión fue convertirme en tu amiga para estar más cerca de ti. —La joven la miró boquiabierta. Lo que contaba era totalmente surrealista. Patty era... Patty. ¿O no?

—Pero... nosotras... tú.— Balbuceó confusa.

—No ha sido difícil ser tu amiga. Al contrario, eres un cielo y ha sido un placer estar a tu lado.— Patty parecía contener las lágrimas.

—Eres mi mejor amiga. —Le dijo con voz trémula.— Todos estos años...

—Te he protegido lo mejor que he sabido. Te traje hasta este pueblo porque sabía que Anthony estaba aquí y que cuando supiera de ti, te ayudaría. Tus padres biológicos tenían muchos enemigos y es posible que no estés segura... nunca. Los vampiros que no acatan las leyes van a perseguirte hasta la muerte.— Patty negó con la cabeza y se abrazó a sí misma.

—Lo hiciste bien. Me has salvado, incluso de mí misma. —Le confesó con las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—Tienes que venir conmigo. Tenemos que prepararte para ser una *cazadora*. No podemos posponerlo más. Te hemos dado tiempo por lo de tus padres, para que pudieras digerirlo. Pero esto va en tu contra. Tienes que entrenarte con nosotros, convertirte en lo que siempre debiste ser.

—Yo... no sé si estoy preparada para eso. —Se giró y miró a Anthony que acababa de levantarse de su asiento. En dos zancadas llegó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Ha sido una noche muy larga como para tomar este tipo de decisiones ahora. Deja que descanse. —Le pidió a Patty y ésta lo desafió con la mirada.

—Nunca fue tuya, vampiro. —Le recriminó.

—Nunca fue de nadie. Nació libre, más incluso que todos nosotros.— Patty sopesó aquellas palabras y dirigió de nuevo la mirada a su amiga.

—Volveré mañana. No tenemos tiempo que perder. —Le aseguró. Luego se encaminó a la puerta y desapareció entre la quietud blanca. Estel se quedó extrañamente vacía. Recordando cuando la había conocido, los buenos momentos, y no podía creer que nunca se hubiera dado cuenta de quién era. Había estado siempre ahí y no sabía si podía renunciar a ella. Era su única familia, perderla también no entraba en sus planes. Anthony le aconsejó que se acostara y le explicó que su habitación estaba vacía de nuevo, puesto que Uri estaba mejor y Lena había accedido de acogerlo de nuevo con ella. Estel se alegró por la noticia y subió las escaleras como un zombi. Pasó junto a la habitación de Anthony donde había dormido la última vez que pasó en su casa, cobijada bajo su abrazo. Sin embargo, ahora pasó de largo y cerró la puerta de su dormitorio, se tumbó en la cama que habían arreglado cuidadosamente y cerró los ojos. No era sueño, ni siquiera cansancio, era un estado de semiinconsciencia en el que se sumió donde no había pesadillas, ni recuerdos, ni sentimientos. Sólo el caos del mundo girando a su alrededor.

Cuando el timbre de la puerta volvió a sonar hacia el anochecer, Estel abrió los ojos instintivamente y comprendió que había llegado el momento de decidir. Abajo, solamente Anthony se hallaba en el salón. Patty estaba esperando de pie junto a la puerta y no perdía de vista al vampiro. Estel se había puesto la ropa del día anterior. Llegó hasta el salón y se colocó entre los dos estratégicamente.

—Tienes que venir conmigo. Haremos de ti una gran *cazadora*. Los vampiros sólo te han traído problemas. —Le espetó su amiga.

—No tienes por qué hacerlo. Hay otros caminos. —Le aconsejó el vampiro. Estel los miraba angustiada. Quería saber qué hacer y creía tenerlo claro. No sabía si estaba actuando bien pero había recapacitado. Su madre había sido una gran cazavampiros, entregada a la causa, popular y sin embargo, tras dar a luz la entregó a un vampiro. No confió su vida a sus compañeros de profesión y aquella desconfianza la hizo dudar a ella también. Se bajó la cremallera de la sudadera hasta el pecho y mostró la lágrima de sangre colgada de su cuello otra vez. Patty bufó y Anthony sonrió tímidamente.

—Isaura me confió a Anthony. Algún motivo tendría.— Fue cuanto dijo.

—Esto es un error Estel. No podré seguir protegiéndote. Estarás sola. —Le recriminó su amiga desilusionada.

—Nunca estarás sola. Me comprometo a ello. —Sentenció el vampiro y Patty le echó una mirada furibunda.

—Con él sólo serás una donante más. Saciaará su apetito contigo y cuando no

le sirvas te desechará. Estás confiando tu vida a un ser que se alimentará de ti, no eres nada más para él.— Escupió airada.

—Eso no es cierto. Parece mentira que seas *cazadora* y conozcas tan poco de nosotros. La mayoría somos bastante decentes, más que muchos humanos.— Protestó Anthony indignado.

—Está bien. No voy a discutir estupideces. Es tu decisión y la respeto. Si recapacitas, llámame.— Dejó caer los brazos rendida y Estel corrió a abrazarla.

—Estaré bien. Nos volveremos a encontrar. —Le prometió Estel.

—Lo sé. —Le aseguró su amiga antes de salir por la puerta para no volver. Ésta se cerró tras ella como un presagio de la oportunidad que estaba dejando escapar. Y Estel sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el frío.

12. CAZADORA DE LUNAS

—Me gustaste siempre porque eras un soñador. —Dijo la vampira con una sonrisa. Anthony reprimió una mueca de fastidio.— Confiesa que al principio yo también te gustaba. —Le insistió. El vampiro parpadeó como toda respuesta.— Nadie te ha amado como yo.— Confesó Aurelia. Su creadora. A él ni siquiera se le partió el corazón. Tenía la sangre congelada de tanto aguantar sus maltratos. Ya no podía sentir nada por ella. Nunca más. —No contestas. —Anthony ya estaba exasperado de tanto escucharla. Quería burlar su atención, desconcertarlo y que perdiera el poder que ahora tenía sobre ella.

—¿Estas son tus últimas palabras? —Preguntó molesto.

—Esperaba que me dijeras algo más emotivo después de tantos años juntos.— Insistió la vampira.— Me merezco tu atención.

—Tienes toda mi atención. —Anthony apretó la espada que tenía contra su cuello y un hilillo de sangre resbaló por su cuerpo. Sin embargo, la vampira lo encontró excitante y gimió de placer.— Voy a quitarte la vida con la que tú me robaste la mía. No tengo nada más qué decir. —La vampira hizo una mueca comprendiendo que finalmente iba a hacerlo de verdad.

—Entonces te aconsejo que entierres mi cuerpo y mi cabeza por separado. ¡Nunca se sabe! —Le aconsejó.

—Descuida. Pienso quemarte hasta convertirte en polvo.— Dicho esto, apretó la espada con fuerza y la decapitó. No era el modo más ortodoxo de hacerlo, pero así había tenido que ser. Hubiera sido más fácil atravesarle el corazón y convertirla en una nube de polvo brillante. Pero ella se lo había impedido y éste era el resultado. La sangre de la vampira, tan antigua y rancia, descendió por el filo hasta la empuñadura y goteó sobre su mano. A sus pies había quedado el cuerpo desvencijado de Aurelia y la cabeza boca arriba con los ojos mirándolo fijamente. La boca abierta. Nunca más diría nada, nunca más torturaría, pero toda la vida lo acompañaría en su conciencia. Levantó la cabeza por el cabello y la clavó en una pica, luego acercó una antorcha al cuerpo decapitado y la arrojó encima. Se quedó allí plantado, contemplando como las alargadas lenguas de fuego consumían piel y hueso. Y luego cuando las llamas amenazaban con extinguirse, arrojó la lanza con la cabeza clavada. El fuego se avivó y lo dejó atrás. Dándole la espalda, dejaba atrás un pasado triste y agotador. Pero la desesperación sólo conoce un camino: la libertad.

No sabía muy bien en qué se estaba metiendo, pero como ya no había marcha atrás, se levantó con ganas de ordenar su pequeño y desvencijado

mundo. Se refugió en la cocina y horneó magdalenas. También podía haberse sentado cómodamente a mirar la tele, pero necesitaba movimiento y con la nieve no era el mejor momento para arreglar el jardín. La verdad era que sólo quería que pasara el tiempo y que la divinidad le enviara la solución a sus problemas.

Y así fue como le sonó el móvil. Aún faltaban horas para que los habitantes de la casa se despertaran y con Uri fuera de circulación, se encontraba bastante sola. Saltó literalmente sobre el teléfono que vibraba sobre la isla de la cocina. Miró la pantalla y se quedó muy quieta, perpleja. No estaba muy segura de lo que podía querer ahora, pero Patty la estaba llamando. Descolgó dubitativa y su voz resonó hacia un lejano silencio.

—¿Hola? ¿Patty? ¿Va todo bien?— Podía escuchar su voz, pero no conseguía escuchar a su amiga. Estaba segura de que se había quedado sin cobertura o algo por el estilo y se disponía a colgar, cuando escuchó una leve respiración. La piel se le tornó fría.

—Tengo... a tu amiga. —Susurró una voz masculina desconocida.

—¿Qué quieres? —Preguntó Estel con un hilo de voz. Era lo último que esperaba.

—A ti. —La respuesta no dejaba lugar a dudas. Habían encontrado la manera de llegar hasta ella.

—¿Qué quieres... exactamente de mí? —Se atrevió a preguntar para ganar tiempo.

—Busca a Erik. Él te traerá a mí y así podrás salvar a tu amiga.— Estel sintió que se le retorció el estómago. Quiso decirle algo más, pero la llamada se cortó.

Empezó a hiperventilar, pero buscó con ansia las riendas de su mente y empezó a pensar dónde podía encontrar al cazarrecompensas. No conocía ningún lugar a dónde podría haber ido, pero tal vez en el Club lo reconocerían. Era consciente que a esas horas no habría vampiros, tal vez incluso estaba cerrado, pero no sabía en donde más buscar. Cogió de nuevo el móvil y llamó a un taxi. Lamentó con todas sus fuerzas no haberse sacado el carnet de conducir aún. Pero no pensó demasiado en ello porque tiempo era lo que no tenía. Llevaba ropa cómoda lo cual agradeció cuando se enfundó el anorak y salió a la calle. El frío la azotó recordándole las durezas de la vida, que no siempre uno puede resguardarse de ellas. Subió al taxi en cuanto paró frente a la verja y le indicó vagamente a donde tenían que ir. Prácticamente no se acordaba de la dirección exacta y en dos ocasiones acabaron en un polígono

industrial que nada tenía que ver con vampiros. Desesperada, estaba a punto de llamar a Anthony y delatar su propia fuga, cuando el conductor le sugirió que tal vez buscaba el *Nocturna*. Estel no recordaba el nombre del club, pero le pareció que la suerte la acompañaba y dejó que la condujera hasta él. Allí estaba el local anodino y gris, camuflado bajo una fina capa de nieve. Le agradeció al taxista su cooperación y le pagó. Luego le sugirió que si no volvía en diez minutos que se marchara. Empujó la puerta de entrada que a esas horas no estaba custodiada y por casualidad o por suerte, ésta cedió y se abrió con un gruñido. Justo en ese instante el taxi empezó a rodar por el aparcamiento y desapareció. No podía culparlo, no era el lugar más divertido del mundo, y ella también hubiera querido huir. Por lo menos la había traído al lugar adecuado. Dentro estaba oscuro. Las luces de la noche estaban apagadas, pero aún brillaban pequeñas bombillas que desperdigadas por el techo semejaban luciérnagas. En la barra había un hombre, con cara de pocos amigos, que pasaba un paño a los brillantes vasos. La miró de mala gana y decidió ignorarla. Había tres personas en la barra, dos hombres y una mujer, que apenas le echaron una ojeada. Estel se impacientó y se plantó delante del barman. Éste tenía una larga cicatriz que iba desde el ojo izquierdo hasta el cuello.

—Busco a alguien. —Le dijo en voz baja, pero el hombre siguió ignorándola.— Es un... —No estaba segura de que aquella profesión estuviera bien vista allí, así que no sabía cómo explicarlo para poder salir viva del local. —Se llama Erik. —Dijo en cambio. El hombre torció el gesto con asco y le señaló con la cabeza hacia el fondo de la sala. Estel se dio la vuelta rápidamente y se encontró con él. Estaba sentado solo junto a una mesa con una bebida entre las manos. Se acercó lentamente, temiendo que fuera un espejismo y fuera a desaparecer en cualquier momento.

—No puedo creer que te haya encontrado. —Le soltó a modo de saludo. Élladeó la cabeza para mirarla y se pasó la mano por la barba rubia.

—La intuición de los cazadores es superior a la de los humanos corrientes. —Sentenció Erik con indiferencia.

—Da igual. Necesito tu ayuda. —Le explicó.

—No puede ser nada bueno si necesitas mi ayuda.— Continuó.— ¿Qué quieres, princesa?

—Que me llesves hasta tu cliente. —Él enarcó una ceja.

—Cuando te sugerí que lucharas por tu vida me refería a lejos de él. Siento decirte que no eres tan buena *cazadora* como para zafarte de este tipo.— Estel

negó cansada.

—Tiene a Patty. Tengo que encontrarlo. Estoy segura de que la matará si no voy.— Erik juntó las manos y se miró los dedos como si buscara algo en ellos. Estaba pensando y su expresión no era muy halagüeña.

—No creo que vaya a soltarla aunque vayas tú. —Le confesó y ella sintió que ya lo sabía.

—Tengo que intentarlo. —Él torció el gesto.— ¡Me salvó la vida! Se lo debo. Y ha sido mi mejor amiga desde los doce años.

—Es una *cazadora*. Está en su destino jugarse la vida estúpidamente. Olvídala. Ya debe estar muerta.— Confesó y ella sintió un escalofrío.

—¡No! ¡Llévame hasta él! Dijo que tú me llevarías... —Aquel último comentario lo hizo reaccionar y sonrió enigmáticamente.

—Eso dijo, ¿eh? Entonces no le vamos a hacer esperar. —Se levantó como un resorte y dejó unas monedas encima de la barra. Ella lo siguió hasta la calle con el corazón en un puño. Las sombras se habían alargado hasta convertirse en noche. Anthony estaría de nuevo preocupado por ella. ¿Pero cómo podía decirle a dónde iba? Esperaba que cuando supiera donde estaba ya hubiera conseguido liberar a Patty. Eso era cuanto quería. Ya no tenía miedo a morir, si eso implicaba salvar a otros. El sacrificio de la vida. Esa fue la primera lección que le había enseñado Isaura. Erik se subió a un viejo Ford Fiesta y ella lo siguió. Arrancó y derrapó sobre la nieve, mermando las posibilidades en su mente de que llegaran con vida a ningún lugar. Sin embargo, y a pesar de lo arriesgado de su conducción, el viaje estuvo carente de problemas y encontró la autovía enseguida. Tenía puestas las noticias en la radio y el parte meteorológico para esa noche era tormentoso y frío. Erik era un hombre de pocas palabras, aunque una vez tuvo unas cuantas para ella y la habían hecho reflexionar. Se preguntó en silencio qué le había hecho cambiar de idea y si la iba a traicionar. La capital leridana estaba bañada con un blanco fantasmagórico y la Seu Vella velaba desde la cúspide a la vieja ciudad durmiente. La nieve se amontonaba en los laterales de las calles a modo de diques, pequeñas barricadas heladas que aislaban a los despistados coches que circulaban a aquellas horas. El Ford Fiesta giró bruscamente tras dejar atrás un semáforo y se adentró en un laberinto de viejos edificios. Finalmente, se detuvo frente a uno que tenía la fachada agrietada. No había ventanas y sólo podía accederse por una pequeña puerta de madera. Erik bajó precipitadamente y ella lo imitó. Esperaba ver a alguien custodiándola, pero estaba desierta. El *cazarrecompensas* empujó la puerta y se agachó un poco

para entrar, ella no perdió el tiempo y lo siguió al interior.

Dentro la oscuridad intensa los engulló. Se escuchaba a lo lejos el goteo de un grifo y el sonido de algo arrastrándose. Erik se detuvo en seco y ella chocó contra su espalda, separándose de inmediato. Parecía que el hombre era capaz de ver con aquella falta de luz, cosa que ella no podía hacer. Esperó a que reanudara el movimiento, pero no lo hizo.

—Sé que estás ahí Milord. Puedo olerte. —Las palabras de Erik llenaron lo que parecía un vacío extensísimo y de repente se escuchó una risa.

—¡Qué bueno eres! Deberías aceptar mi oferta y trabajar para mí permanentemente. —Sentenció una voz rasposa.

—Yo no soy de nadie. Y tú eres una basura. —Le increpó el *cazarrecompensas* y Estel pensó que no era buena idea insultarlo.

—Sí, una rata sucia y maloliente. —Susurró Milord en la distancia.— Me has traído a la chica. Tendrás tu recompensa.

—¿Y quién dice que te la voy a dar? —Preguntó Erik enojado.— ¿Te crees que puedes darme encargos y quitarlos a tu interés? ¡Yo no soy tu perro!— Rugió.

—Te equivocas, no sirves para otra cosa... —Sentenció y Erik gritó. Estel alargó los brazos en su busca, pero sólo encontró el vacío.

—¡Erik! —Gritó, pero nadie respondió.

—Ahora que ya no tenemos esa desagradable molestia entre nosotros podemos negociar más tranquilos.— Reconoció la voz perturbadora. Estel sentía la respiración acelerada.

—¿Qué quieres de mí? —Preguntó intentando ganar algo de tiempo.

—Que sufras.— Reconoció con frialdad.

—¡Pues mátame ya! —Gritó desesperadamente la joven. Se escuchó de nuevo la risa de fondo.

—Eso pensé hacer en un principio, pero luego me di cuenta que para sufrir tienes que estar viva.— Una pequeña luz se encendió al fondo de lo que parecía un almacén abandonado. De la pared, colgaba de los pies una persona. Estel se tapó la boca para no gritar. Era Patty y estaba inconsciente.

—¿Quién diablos eres tú? —Gritó horrorizada. El implicado permaneció a unos pasos de la luz, pero Estel pudo adivinar una silueta menuda, cabello oscuro y abundante y la piel pálida.

—Me llaman Milord, pero pocos conocen ya mi verdadero nombre y realmente no importa. Fui un cazador de vampiros durante el suficiente tiempo como para luchar mano a mano con tu padre, Damien. Era un tipo grande,

fuerte y noble. Fue mi mejor amigo durante años, hasta que se cruzó en su camino Isaura, se enamoró locamente de ella y la eligió en una emboscada en lugar de a mí... me condenaron a la vida eterna... ¡Por su culpa!—Su voz se fue apagando mientras relataba los horrores de su existencia. Estel creyó entender a lo que se refería. Lo habían convertido en vampiro y para un *cazador* debía ser peor que la muerte. No podía negarle el enfado, pero ella no podía devolverle su antigua vida.

—Lo... siento. —Atinó a decir. La figura del fondo se movió con rapidez y la cogió del cuello. Sus manos frías apretaron con fuerza para asfixiarla y Estel se aferró a ellas en un intento de arrancárselas. Finalmente, Milord la soltó y ella tosió horrorizada.

—¡Debería matarte ahora mismo! Tú llevas sus genes. Sangre egoísta y soberbia. Drenarte, decapitarte y quemar tus restos o convertirte en una como yo... Pero antes, mientras me decido, vamos a jugar. —Le aseguró y le colocó algo entre las manos. Estel observó el objeto afilado que ahora podía manipular. Era una estaca de madera. Levantó el rostro y buscó en la oscuridad al vampiro, pero no lo encontró. Una sombra cruzó la pared donde Patty permanecía colgada y comprendió que había vuelto a su antigua posición. Estel no entendía por qué le había dado un arma. ¿Quería que intentara matarlo?

—¿Qué quieres que haga con esto? —Le preguntó impaciente.

—Sólo se llega a ser *cazador* de pleno derecho cuando se mata al primer vampiro. Ya que no te queda nadie que te instruya, te voy a dar una lección magistral. —Le aclaró. Estel sintió un nudo en el estómago.—Si quieres salvar a tu amiga, tendrás que matar a un vampiro.— Y dicho esto, una cuerda saltó del techo con un bulto atado a ella. Estel comprendió demasiado tarde que era un cuerpo atado por los brazos, que se balanceaba. La joven tragó. Debía hacerlo si quería salvar a Patty, pero no estaba segura de ser capaz.—Sólo tienes que hundir la estaca en su pecho. —Le recordó por si le quedaba alguna duda. Estel se acercó dubitativa. Con cada paso que daba su respiración se aceleraba y sentía que era su pecho el que iba a explotar. Pero cuando estaba a escasos metros, se paró en seco. Conocía a aquel vampiro. Lo amaba. Su cuerpo alto y delgado, su cabello negro, su piel blanca... Anthony levantó el rostro hacia ella y sus ojos azules la estremecieron. Tenía una brecha en la cabeza que le había provocado un reguero de sangre hacia su rostro.

—No...—Soltó Estel perdiendo todo el aire que salía de sus pulmones.

—¡Mátalo! —Gritó Milord desde el fondo del almacén. Estel negó

fervientemente.

—No temas... Salva a Patty. Yo ya he vivido muchos años. —Le reconoció Anthony con la voz rota. La joven sintió como las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Se acercó un poco más. Ahora ya casi podía tocarlo con los dedos. —Apoya la estaca en mi pecho y luego húndela en él. —Le aconsejó. Estel sintió que las manos le temblaban. —Se acercó a su pecho y apoyó la madera por encima de su corazón. Anthony la miraba impasible.

—No puedo...—Se le rasgó la voz. El vampiro sonrió.

—Algún día podrás. Confía en mí. —La animó. Ella pareció confundida, pero en apenas segundos, Anthony se desató las muñecas, le arrebató la estaca y la lanzó con fuerza al otro lado del almacén cogiendo a Milord totalmente desprevenido.

El antiguo *cazador* cayó al suelo con un sonido sordo y Anthony se derrumbó prácticamente en sus brazos. Esta vez no podía darle su sangre porque parecía inconsciente, tal vez había gastado sus últimas energías en lanzar la estaca a través de aquel espacio muerto. Lo depositó en el suelo y fue corriendo a ver a Patty. La descolgó con esfuerzo intentando que no cayera al suelo y se golpeará la cabeza y comprobó que estaba malherida. Además el vampiro se había alimentado de ella. Estel sintió las lágrimas de nuevo en sus ojos, pero tuvo una idea. Desenroscó la lágrima de sangre que colgaba de su cuello y la introdujo en la boca de su amiga como último recurso. Si aquello no funcionaba, nada lo haría. Un ruido a su espalda la puso en alerta. Se giró, pero ya era demasiado tarde. Milord se abalanzó contra ella con la estaca sobresaliendo de su pecho. Al parecer no había penetrado lo suficiente. La arrojó al suelo y se sentó sobre ella. Le agarró las manos con una sola de las suyas y con la otra le apretó el cuello intentando terminar lo que había comenzado antes. Estel sintió que no lo conseguiría. Era demasiado fuerte. Cerró los ojos y vio la figura de una mujer. Tenía un aire exótico, salvaje, con una belleza natural. La mujer la observaba con una media sonrisa y una estaca en la mano. Jugó con ella, la hizo girar entre sus dedos y luego la aferró con fuerza. Estel comprendió casi inconscientemente el mensaje. Abrió los ojos e hizo girar sus muñecas entre la fuerte mano del vampiro. Liberó la derecha, aferró el trozo de estaca que sobresalía de su pecho y la empujó con todas sus fuerzas hacia dentro. El vampiro se quedó paralizado aflojando de inmediato la mano que le apretaba el cuello. Estel aprovechó para escapar, mientras la criatura se retorció en el suelo. Luego explotó en una lluvia de polvo plateado y Estel se tapó la cara. Cuando bajó las manos, el almacén estaba en calma. Se

quedó un momento más ahí sentada en el suelo, observando la quietud que la rodeaba. Comprendiendo al fin que había matado a su primer vampiro.

13. RENACER EN LA NOCHE

Los humanos nacen en riesgo, y en su propia ignorancia, descuidan su vida. Abrir los ojos es como devolver la luna al cielo nocturno, vivir con esperanza es como colgar una estrella en la noche, y amar es la más oscura de las tentaciones. Cómo evadir al destino, sobrevivir a él, si nos pasamos la vida cambiando de dirección por muchas señales que nos den. Coger siempre el camino más corto, la luz antes que la oscuridad, a dónde arrastre el viento, luchar por la paz.

Arthur los había encontrado a los diez minutos. Estel estaba sumida en una especie de trance en el que nada le importaba. Sabía que Anthony no estaba muerto, aunque no sabía realmente cómo se encontraba y Patty luchaba por su vida. No podía hacer nada más que sentarse a esperar y así la encontró el vampiro. Los sacó de allí a los tres y los llevó a casa. Anastasia no dijo ni una palabra, pero Lena se tapó la boca cuando vio a su *hermano* malherido e inconsciente. Habían acomodado a Patty en su habitación y Mae había llegado para ver cómo estaba. Luego bajó al salón y se sentó a su lado.

—Se pondrá bien. —Le confesó Mae con una sonrisa torcida. Llevaba cuentas de colores que adornaban su cabello como pequeñas flores y daba cierto aire alegre al lúgubre salón. Estel sabía que había venido por Patty, pero que la salud del vampiro también le interesaba.

—¿Ambos? —Preguntó con intención porque quería saber de él y no se atrevía a subir a su habitación. Mae rebulló en su asiento como si se sintiera incómoda.

—Ambos.— Hizo una pausa.— Cuando los vampiros gastan mucha energía y no tienen fuente de alimento se quedan inconscientes para regenerarse. Calculo que en las próximas horas despertará. Y Patty está mejorando, la gota de sangre de Anthony impidió que se desangrara. Cortó la hemorragia y eso le ha salvado la vida.— Estel suspiró y comprendió que había estado guardando el aliento. Ahora que estaban los dos fuera de peligro se relajó. Las lágrimas volvieron a sus ojos, pero las contuvo. Podía haber salido peor, entonces sí que tendría qué lamentar. Mae captó su pésimo estado de ánimo y le palmeó la espalda.

—Mi vida es un desastre. —Le confesó. Ella le acarició el cabello a modo de comprensión.

—Todo saldrá bien. Es difícil mezclarse con vampiros, la vida siempre corre peligro con ellos cerca. —Sentenció la doctora.

—¿Y si no se puede evitar el mezclarse con ellos, si se ha nacido expresamente para ello? ¿Entonces, qué se puede hacer? —Preguntó para sí.

—Entonces te recomiendo que no bajes la guardia. Prepárate para lo que está por venir. —Le aconsejó la mujer con el rostro serio.

Horas más tarde cuando Mae se hubo marchado, Estel se tumbó en la cama junto a Patty y se quedó dormida mirando como su pecho subía y bajaba. Escuchó en algún momento de la noche como la puerta de la habitación de Anthony se abría y comprendió que había vuelto en sí. Quiso ir a ver cómo se encontraba, pero estaba tan cansada que el sueño pudo de nuevo con ella. Se sumergió en una nube de recuerdos enmarañados, de los padres que había conocido y de imágenes de sus verdaderos progenitores. Los cuatro se superponían y se suplantaban en su memoria y comprendió que no hubiera sido nada en el mundo sin ninguno de ellos. Gracias a los cuatro ella estaba viva y podía contarlos. Había tenido la gran suerte de tener el doble de padres que el resto de la gente y era afortunada por ello. Pero esa dicotomía también se aplicaba a su propia identidad. Había heredado el talento de *cazavampiros* y al final tendría que hacer uso de su herencia, pero también había aprendido a amar sin tapujos como le habían enseñado sus padres adoptivos a lo largo de su vida. Era una guerrera huérfana y una amante empedernida. Podía y tenía que vivir con esas dos facetas enfrentadas y acoplarlas bien en su forma de ser. Esa era ella. Estel.

Cuando despertó, Patty la miraba con ojos somnolientos. Estaba un poco pálida, pero estaba bastante bien.

—No quería despertarte, parecía que soñabas algo interesante. —Le explicó la cazadora. Estel se incorporó con el cuerpo dolorido por dormir en mala posición.

—No me gustan mucho mis sueños últimamente.— Reconoció la joven. Patty torció el gesto, tal vez recordando los suyos propios.

—Estamos vivas, pero no gracias a mí. Recuerdo que te oí en el almacén, pero no recuerdo mucho más.— Explicó Patty con aire ausente.

—Bueno. Quise hacerme la heroína, pero me salió mal. Anthony... comenzó la maniobra de escape y yo la terminé.—Su amiga la miró enarcando las cejas.

—¿Cómo me salvaste? Recuerdo sentir cómo casi se me iba la vida...— Y su rostro se tornó gris.

—Rompí mi joya por ti. Sangre de vampiro. Mano de santo. —Le aclaró. Patty hizo una mueca y fingió que escupía. Estel sonrió porque volvía a ser la misma de siempre.—Sí. Para tu ego es un palo, pero para tu vida es un regalo.

—¿Qué puedo decir ahora?— Negó con la cabeza.— Confío en ti, tú sabrás lo que has hecho... y lo que me haces. En fin, gracias. ¿Tendré que darle las gracias a él también?—Sus ojos suplicaron.

—Supongo que Anthony lo entenderá si no lo haces. Cosas de *cazadores*... —Le quitó importancia y su amiga pareció relajarse.

—Me iré a casa a recuperarme si no te importa. Aquí... me pongo nerviosa. —Le confesó y Estel asintió.— En una semana debería marcharme a Hungría. ¿Vendrás? —A Estel se le cortó la respiración.

—Dame esta semana.— Patty asintió pensativa. Cada cual forjaba su destino recorriendo un camino sinuoso.

Ayudó a Patty a ponerse en pie, a vestirse y le pidió un taxi. No estaba segura de si debía dejarla sola, pero ella asintió. Al parecer la sangre de vampiro le había dado una fuerza insospechada. Al llegar a casa, su amiga la llamó para asegurarle que estaba perfectamente y que se iba a tumbar en el sofá a ver películas. A Estel le pareció un plan genial y sintió ganas de compartirlo, pero las horas se le echaban encima y la noche le lamía los pies como si le quemara. Entró en la cocina para tomar un café y se encontró a Uri sentado junto a la mesa. Esbozó una sonrisa al verla y ella aprovechó su compañía para sentarse a su lado.

—Siento lo que te pasó. —Se disculpó la joven. Él le quitó importancia con un ademán.

—¿Qué fue del psicópata *cazarrecompensas*? —Preguntó.

—Pues no lo sé exactamente. Arthur dijo que no había ni rastro de él. Así que no lo sé... —Le explicó.

—Dudo que se lo haya tragado la tierra. En cualquier caso, espero que esté en un agujero muy profundo.— Confesó Uri lleno de ira. Estel podía entender su enojo, así que no añadió nada más.

La noche llegó mientras conversaba con el joven y se contaban sus peripecias. Debía reconocer que habían sido unos días muy raros, de peligro, muerte y sangre. Pero habían pasado y estaban con vida. Se despidió de Uri y salió de la cocina en busca de Anthony, pero él ya la esperaba.

—Me alegra ver que estás bien. —Le confesó al vampiro. Él sonrió enigmáticamente.

—Arthur dice que remataste mi faena. —Le dijo mientras se acercaba más a ella.

—Maté a un vampiro. Al primero... — Confesó y él se detuvo.

—Ya eres una *cazadora*. — Estel asintió.

—Siempre lo he sido.— Los ojos del vampiro revelaban tristeza.

—No tienes nada que lamentar. Es tu naturaleza, no lo puedes evitar.

—Ambos se miraron con cierta tensión.

—Tal vez.— Comenzó Estel.— Pero antes que eso aprendí a amar y tengo mucha más experiencia en ello.— El vampiro sonrió cálidamente.

—Esa es una gran noticia. —Se acercó de nuevo deteniéndose tan sólo a un paso.

—Alguien me dijo que los vampiros sois incapaces de amar. —Le explicó y él se encogió de hombros.

—¿Y tú qué crees? —Le preguntó para defenderse.

—Que antes que vampiro fuiste humano, y que también aprendiste a amar. Y que tienes una larga, larga experiencia en ello. —Él sonrió complacido con la respuesta. Luego la observó más detenidamente y comprendió que algo ocurría. Su rostro se endureció y apretó los labios.

—Pero vas a marcharte. —Le recriminó.

—Tengo que desarrollar esas capacidades dormidas, igual que tú aprendiste a alimentarte. Sentir quién soy en realidad.— El vampiro asintió lentamente. A Estel le dolía verlo así, Isaura ya le había roto el corazón una vez, pero no era ella, se dijo a sí misma.

—¿Cuándo?— Quiso saber con aire triste.

—En una semana.— El vampiro suspiró y pareció romperse como si estuviera totalmente indefenso.

—Anthony.— Lo llamó. Él levantó el rostro hacia ella.— Yo no soy ella. Volveré.

—Volverás.— Repitió él mirando al vacío.

—Te amo. —Le confesó y él la miró con ojos brillantes de emoción.

—Volveremos a estar juntos, entonces. —La atrajo hacia sí y la besó.

—Lo prometo. —Se fundieron en un largo abrazo y se dispusieron a pasar la semana más feliz de lo que llevaban de vida. Atrás quedaban las diferencias de especie, los amores olvidados, los corazones rotos, las inseguridades y los temores. Él era un caballero vampiro y ella una guerrera romántica. ¿Qué podría ir mal? Se preguntó la joven mientras al vampiro besaba su cuello indefenso. Y una voz en su interior le confesó con sorna <<Cualquier cosa>>. Y ella ignoró la voz y él la mordió y bebió de su sangre hasta perder el sentido.

14. RAYO DE LUNA

Era una noche fresca del verano muriente leridano. El día abrasador daba paso a la marinada vespertina que refrescaba la piel tras una jornada de intenso calor. La vampira corrió de mala gana por una callejuela desierta justo en dirección contraria a donde había aparcado su *jaguar*. En el pueblo los consideraban unos *snoobs*. Los adulaban, envidiaban y temían a partes iguales, pero a ella no le importaba lo más mínimo y seguía alardeando por ahí con su lujosa vida. Se giró una sola vez atrás y observó preocupada el cuerpo de su donante tendido en la acera. A este paso no le duraría mucho. Torció el gesto y se detuvo dubitativa. ¿Debería ir a buscarlo? Un ruido la alertó de que no estaba sola. Se giró, entonces, hacia la fuente de aquel sonido, dando la espalda al joven que permanecía inconsciente en el suelo o tal vez muerto.

El *cazavampiros* lucía un aro de considerable tamaño en una oreja y tenía el cabello castaño y rizado, envolviendo un rostro pálido y serio.

—¿Qué diablos quieres, maldito bastardo? —Le inquirió a desgana la vampira. Empezaba a estar harta de él. Llevaba semanas persiguiéndola y aquello ya se estaba poniendo muy feo.— Casi te cargas a mi donante y no tienes ningún motivo. Así que date el piro. ¡Lárgate!— Rugió nerviosa. Él se limitó a torcer el gesto y a observarla.

—Tú debes ser la más díscola de tu familia. —Le increpó el *cazavampiros*. Ella le devolvió una mueca como toda respuesta y se cruzó de brazos.

—Te equivocas. Yo soy el más díscolo.—Soltó una voz irónicamente a su espalda. Lena se sobresaltó al reconocer la voz de Anthony tan cerca, aunque no lo demostró. Entonces volvió la vista al *cazavampiros* y apreció una sonrisa en su rostro que no auguraba nada bueno.

La joven miró a su compañera con el gesto fruncido. Se suponía que tenía que derribarla antes de que el viejo reloj de arena se consumiera en su rápido descenso. Lo miró de reojo aún sabiendo que le acababan de dar la vuelta y volvió la vista al frente con un nudo en la garganta. En aquellos últimos meses se había dado cuenta de que pelear no era lo suyo. Le era mucho más fácil defenderse que iniciar un ataque, puesto que sabía que su agresora realmente no era tal y aquello no era más que un entrenamiento. Se decía así misma que cuando llegara el momento estaría preparada, pero sólo eran especulaciones ya que no tenía ni idea.

De repente, Lara salió disparada hacia ella y el aire pareció silbar a su alrededor. Levantó una pierna y ella se apartó con esfuerzo. Su compañera

aterizó suavemente en el suelo y se giró hacia ella con los puños elevados. Estel sólo conseguía esquivarla a duras penas y maldecía interiormente aquel entrenamiento.

Lara parecía enfadada. Frunció el ceño y Estel comprendió que estaba perdida. Lejos de la frustración y el abandono, la joven pareció más decidida que nunca a darle una buena paliza. Entonces se escuchó una voz de alarma y todo el mundo se dio la vuelta. Estel giró el rostro también en aquella dirección y la luz de la luna la iluminó. Había olvidado la paz que le inspiraba mirarla. Caminar bajo las estrellas bajo su atenta mirada. Elena parecía nerviosa desde lo alto de las gradas donde se sentaban los *cazadores* a observar los combates.

—¡Estel! —Gritó. Y todo el mundo la miró de reojo. En aquel instante pensó qué había hecho mal, aunque probablemente había sido cualquier cosa.— Hay alguien que ha venido a verte. —Aquello sí era una novedad. Algunos allí presentes parecieron tener curiosidad y el resto se dispersó dando por finalizado el combate. Estel subió rápidamente las escaleras de piedra, intrigada por aquella visita inesperada y por huir de aquella situación violenta en la que se había visto hacía unos instantes. Cuando conquistó la cúspide reconoció el rostro crispado de Elena y aquello la alarmó.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó inocentemente. La mujer torció el gesto y frunció los labios con desaprobación.

—Es un vampiro.— Escupió.— Haz que se marche enseguida si no quiere problemas.— Estaba segura de que estaba haciendo un gran esfuerzo para no levantar la voz y no avisar a todo el mundo para ir a torturarlo, así que se lo agradeció con una palmada en el hombro y corrió hacia la puerta del recinto que normalmente era de donde no pasaban las visitas. El corazón le latía con fuerza pensando que tal vez Anthony no había podido resistir las distancias, que finalmente había cedido al amor y la inconsciencia para personarse allí. Quería decirle muchas cosas, quería abrazarlo, besarlo y reñirle por su temeridad. Quería... y entonces reconoció la figura delgada y el cabello rubio.

—¿Arthur?—El vampiro se giró hacia ella. Llevaba las manos en los bolsillos de unos vaqueros y una americana negra escondía su torso, aunque hacía un calor de mil demonios. Elevó la vista hacia ella y Estel comprendió que algo no iba bien. ¿Cuándo había estado Arthur tan cabizbajo? Estaba muy serio y su mirada era fría como el hielo.— ¿Qué ha ocurrido?

—Eso significa que no les has visto.— El vampiro habló para sí mismo. Cerró los ojos con pesar y pronunció una maldición casi ininteligible.

—¿A quién? ¿Qué ha pasado?— Quiso saber la joven con el corazón en un puño.

—Anthony y Lena desaparecieron hace un par de semanas. —Le explicó.— Uri dice que los perseguía un *cazavampiros* llamado Sandro. Él iba con Lena cuando se produjo el encuentro con ese tipo, que los llevaba acosando un tiempo. El muy inocente quiso defender a Lena y lo derribó sin esfuerzo. Cuando lo encontré ya no había rastro de ella.

—¿Y Anthony?—El vampiro negó con la cabeza.

—Lena se había quejado varias veces del seguimiento que le hacían algunos *cazadores*, pero ya sabes cómo es, llama mucho la atención. Creo que Anthony salió a ayudarla ese día y desapareció con ella.— Estel sintió que se partía en diminutos pedazos. Y un temor desolador la recorrió de arriba abajo.

Arthur se sentó entonces sobre una larga losa de piedra que había en la entrada. Algunos la llamaban “La tumba del primero” o “La tumba del ciego”, porque presumiblemente ahí yacían los restos del primer *cazavampiros* de la historia. Estel dudaba de que alguien tan importante para aquella comunidad estuviera enterrado fuera del recinto bajo una vulgar losa, pero la inscripción de la piedra había sido borrada por el tiempo y la erosión. La joven dudó un instante, el que necesitaba para superar el pudor de sentarse sobre una tumba, y se acomodó junto a él. Era la primera vez que lo veía tan abatido, sin su sentido del humor y alegría habitual. Comprendió entonces que Anthony y él no se habían separado nunca y que el vampiro se sentía perdido. Había llegado allí fruto de la desesperación y ella tenía que ayudarlo. A pesar de que se sentía tan perdida como él en esos momentos, aunque también lo echaba de menos, y aunque estaba tan asustada como su *hermano de sangre*.

—Los encontraremos. Anthony es un hueso duro de roer. —Le aseguró, tragándose el nudo que le nacía en la garganta.

—Tienes que averiguar quién es ese Sandro y donde lo podemos localizar.— Estel exhaló el aire que había retenido en los pulmones sin querer.

—Lo haré.— Respondió con más determinación en la voz de la que sentía en el alma.— Pero dame un tiempo, unas horas por lo menos. Alójate cerca mientras averiguo algo, no es prudente que te quedes aquí. No estarías a salvo.— El vampiro asintió.

—Llámame en cuanto sepas algo y vendré. —Arthur se levantó para subirse al Lexus alquilado y ella se levantó también recordando súbitamente donde había estado sentada. Justo cuando el vampiro abrió la puerta del vehículo, se giró inesperadamente.— Llámame también si te metes en líos, si necesitas mi

ayuda.

—Lo haré, gracias. —Le contestó abrumada, sintiendo que al final formaba parte de una peculiar familia. Arthur asintió, se metió en el coche y desapareció.

Estel respiró hondo y corrió a refugiarse en el perímetro del Santuario del Ciego, que era el extraño nombre que recibía aquel lugar. Atravesó los pequeños caminos que se habían creado a base de pisar en ellos durante generaciones, dejó atrás las viejas gradas del campo de entrenamiento, los destartalados edificios residenciales donde vivían apiñados mujeres y hombres y llegó hasta una casa de dos plantas, restaurada y pintada de blanco entre tanto gris. No era una casualidad. La llamaban *La Casa del Cazador* y allí vivía la Maestra del Santuario, que venía a ser la directora de aquel lugar. Era una persona extraña, a veces se la había encontrado observándola desde lejos, y algunos decían que tenía el don de la videncia. Estel no lo había comprobado aún, pero no estaba segura de si quería hacerlo ni ese día ni ningún otro. Se quedó plantada en la puerta, observando la tenue luz que se filtraba por una ventana del primer piso. Tal vez no era una buena hora para llamar a la puerta. Se dio la vuelta con una mezcla de resignación, frustración y ansiedad y se dio de bruces con una mujer. Estaba a punto de disculparse cuando la reconoció. Era ella, Lanamar. Estel se quedó un instante en blanco, sopesando las posibilidades que el destino le tendía.

—Te invitaría a pasar, pero mucho me temo que tienes prisa. —Lanamar era ágil mentalmente, pero claro que en aquel lugar los secretos duraban poco y a esas alturas ya debían saber todos que la había visitado un vampiro.

—Tengo que... estoy buscando a alguien.— Fue cuanto atinó a decir. La mujer llevaba el largo cabello rubio casi blanco, atado en una trenza larga sobre su espalda, pareció sopesar aquella afirmación y frunció los labios con ánimo inocente.

—¿Sabes por qué llaman a este lugar el Santuario del Ciego? —Le preguntó con aire instructivo. Estel no estaba segura de sí ese era el mejor momento para una lección de historia.

—Algo he oído. —Se atrevió a asegurar, aún cuando en las clases siempre estaba distraída con cualquier otra cosa. Lanamar sonrió y le brillaron los ojos por el reflejo de la luna.

—Lo llamaban el Ciego porque en su primer combate con un vampiro, éste le arrancó los ojos para que viviera siempre a oscuras... como ellos.—Silencio.— Vivir a ciegas es un castigo, te impide ver la grandeza del

mundo, pero te da la oportunidad de explorar otros talentos, otros sentidos. El Ciego podía olerlos, sentirlos... nos entrenamos de noche para emularlo.

—Entiendo. —Le dijo sin entender nada. Lanamar pareció perder la calma durante unos segundos en los que endureció la mirada. Estel tragó saliva. Si algo sabía es que aquella mujer estaba hecha de piedra.

—¿He respondido a tu pregunta, niña?— Estel la miró confusa.

—¿A qué pregunta?— Balbuceó.

—Buenas noches Estel. —La saludó mientras se adentraba en la casa. La joven se quedó allí como un pasmarote sin entender nada. Ahora tenía más preguntas que antes y la inquietante convicción de que aquella mujer no estaba del todo cuerda. Abatida pensó que su último recurso era acudir a Patty. Aunque no le iba a hacer mucha ilusión salir a buscar a Anthony al que culpaba de todas sus desgracias. Pensándolo bien, mientras caminaba hacia el área residencial, se dio cuenta de que ciertamente, el vampiro era el precursor de todos sus nuevos problemas, pero también de sus alegrías. Así que, se dio una tregua, cogió fuerzas y llamó a la puerta de la habitación de su amiga. Como ella ya era una *cazadora*, poseía un minúsculo dormitorio para ella sola, mientras Estel lo compartía con tres chicas más, entre ellas la temible Lara que estaría deseando patearle el trasero de nuevo. Se sacudió el escalofrío que se le estaba formando en la espalda y esbozó una de sus mejores sonrisas forzadas. Patty la miró con el ceño fruncido y la hizo pasar malhumorada.

—Borra esa sonrisa, que aquí ya lo sabe todo el mundo. —Automáticamente Estel suspiró y sintió caer todo el peso del mundo sobre sus hombros. No había secretos en el Santuario.

—¿Por qué la tumba del Ciego está fuera del recinto? —Preguntó para cambiar de tema y romper el momento de tensión. Aquello pareció funcionar porque Patty la miró perpleja.

—Es el Vigilante Nocturno. Él ve en la noche cuando nosotros no podemos ver.— Recitó en voz alta su amiga.

—Lanamar dice que un vampiro le arrancó los ojos.— Confesó y Patty asintió lentamente.

—Son criaturas peligrosas Estel.—Le advirtió con más dulzura que hacía unos instantes. Quería protegerla. Se preocupaba por ella.

—Lo sé. —Le confirmó.

—No... no lo sabes. —Le replicó.— Has tenido la suerte de toparte con unos cuantos que aún conservan dignidad. Pero son la excepción, no la regla.

—No los conoces. Viven en sociedad, como nosotros.

—¡No entiendes nada!

—¡Patty!—Su amiga se giró hacia la pared y masculló entre dientes algo ininteligible. Luego se giró lentamente, su rostro teñido de ira. Durante algunos segundos ninguna de las dos dijo nada.

—Lanamar es descendiente del Ciego. Ve cosas que nosotros no podemos ver. —Le confesó en un intento de mantener la calma. Estel sopesó entonces hasta donde llegaría ese don.

—Anthony y Lena han desaparecido.— Patty la miró con desconfianza.

—¿Para siempre?— Quiso saber esperanzada. Estel se puso de mal humor.

—Espero que no. Arthur vino a pedirme ayuda. —Le explicó.

—¿Y qué puedes hacer tú, una novata *cazavampiros* con criaturas centenarias?— Patty se mofó con ganas.

—Sabes de sobras que soy algo más para él que una novata *cazavampiros*. —Le espetó.— Y... los perseguía un tal Sandro. ¿Qué sabes de él?— Patty frunció el ceño aunque Estel no sabía si por la primera o la segunda parte de su explicación.

—Es un prestigioso rastreador de la Orden del Ciego. Esto nos va a meter en problemas, nena.— Estel la miró desafiante.

—Cuéntamelo todo.—Quiso saber y su amiga bufó.

—La Orden fue creada para la élite de los *cazadores* de vampiros, para las familias más prestigiosas. Si Sandro actuaba era por su mandato.

—Y si los ha capturado... ¿Dónde pueden estar?— Patty negó pensativa.

—No lo sé. Lanamar seguro que sabe algo porque es miembro vitalicio de esa Orden, pero no nos dirá nada. —Se hizo el silencio, comprendiendo que habían llegado a un callejón sin salida.

—No puedo quedarme aquí sin hacer nada.— Habló para sí misma.

—Mira. No creo que hayan hecho nada malo. Así que sea lo que sea, es extraoficial. No han roto los pactos, es por algún otro motivo.

—Voy a llamar a Arthur para que me venga a buscar.

—¿Qué? No puedes marcharte. ¿Tú sabes lo que me costó hacer que te admitieran?— Estel la ignoró.

—Tampoco es que me vaya muy bien aquí, ¿sabes? Lo he intentado, pero este no es mi lugar.

—¡Estás loca!

—Ven conmigo. —Le suplicó a su amiga aunque ya sabía cuál era la respuesta.

—Ni hablar. Si te vas, te vas sola. —Le advirtió.

—De acuerdo. —Se levantó y se dispuso a abandonar la habitación.

—Espera.— Estel se giró esperanzada.— Erik. Búscalos.— Estel la miró confundida.

—Pero... creía que estaba... —No lo creía vivo, vamos.

—Erik tiene más vidas que un gato. Es perro viejo. Búscalos.— Estel asintió. Abrazó a una sorprendida Patty y salió disparada de la habitación sin volver la vista atrás. Tenía la sensación de salir huyendo, de dar la espalda a sus obligaciones, de traicionar a su propio linaje; y al mismo tiempo se sentía libre, movida por sentimientos más profundos, sentía el alma limpia y la conciencia tranquila. Probablemente así iba a ser siempre a partir de entonces, se sacudió aquellos pensamientos de encima y corrió hacia el camino de entrada como si las horas pesaran y los minutos quemaran.

15. LLÉVAME MUYLEJOS

Veneno en tus ojos, veneno en el alma; por la senda de la vida, tan triste y amarga...

—¿Realmente crees que esto es lo mejor? —Preguntó, dubitativo, un *cazavampiros* anciano. A su lado otro veterano asintió lentamente. Los jóvenes no comprenderían su labor. Había que limpiar la tierra de escoria. “Los derechos de los vampiros”, eso no existía en sus tiempos. Capturar, torturar y matar; ese era el único lenguaje que entendían aquellas bestias sin piedad. Los *cazadores* se habían vuelto blandos, pero para eso estaban ellos, para reconducir.

—Estos seres son duros de pelar, maldita sea.— El viejo convirtió su media sonrisa en una fina línea que atravesaba su rostro. Luego cerró la puerta que quedaba tras él y ambos subieron por unas escaleras estrechas hasta desaparecer en el piso superior.

En una pequeña y oscura celda, el vampiro abrió los ojos confuso y miró a su alrededor. Se incorporó con un ligero dolor de cabeza y observó el cuerpo tendido en el húmedo suelo: Lena. Que no estuviera convirtiéndose en una nube de polvo era algo alentador, pero no se movía, lo que era bastante inquietante. Los habían, ¿drogado? Ni siquiera recordaba qué podía ser tan fuerte para *tumbar* a un vampiro. No recordaba haber llegado allí, pero sí quién los había metido. Tenía en la memoria, fija la figura de Sandro, su sonrisa de suficiencia y la del resto que aparecieron con él. Había sido una buena trampa, debía admitir a regañadientes, pero no creía ser tan importante para merecer tanta atención. ¿O sí? Si los hubieran querido matar, ya lo habrían hecho. No habían malherido a ningún *cazavampiros* como para recibir una tortura, sólo los mantenían cautivos, ¿por qué? No habían roto ningún pacto, ninguna norma. A menos que fuera personal, y sólo conocía un motivo por lo que los cazadores se metieran con eso: Estel. Se levantó de repente con un mal presentimiento. Todo a su alrededor giró con él. Colocó una mano en la pared para sujetarse y sintió una poderosa fuerza emanar de aquellos muros. No podía ser casualidad. Sabía exactamente donde estaban, en un santuario, en el más poderoso de todos.

Se mantuvo rígida los cinco primeros minutos, plantada como un centinela a las puertas del Santuario. El cielo aún estaría cuajado de estrellas durante varias horas, y su luz se difuminaba por la bóveda celeste como verdaderos diamantes. Estaban lo suficientemente apartados de cualquier población cómo para vislumbrar hasta la última huella de luz en el cielo. Sintió que su brillo era real, como un poder ancestral que podía gobernar hasta el más obtuso de los hombres. Entonces bajó la vista al suelo embargada por una abrumadora sensación de preocupación y reparó en que no estaba sola. La Tumba del Ciego permanecía guardando aquel mágico lugar. Miró aquella losa polvorienta y después de dudar algunos segundos, se sentó de nuevo sobre ella. No le parecía algo irrespetuoso ahora que lo había hecho antes, la sentía incluso acogedora, en un lugar que hasta la fecha había sido de lo más inhóspito. Cerró los ojos, respiró el profundo aroma de la noche y escuchó los diferentes sonidos que llegaban hasta allí. Los gritos de los combates, el ulular de un búho y una tenue melodía. Provenía de algún lugar en el recinto y pensó que tal vez alguien celebraba algún tipo de ritual. Estaba totalmente convencida, y siguió deleitándose con aquel sonido casi mágico, cuando de repente, comenzó a escucharlo también por el camino de entrada que llegaba a través del bosque. Abrió los ojos, curiosa y desconcertada, y atisbó las luces de un coche llegando hasta el lugar. Quiso concentrarse de nuevo en aquel sonido cautivador, pero se había desvanecido en la noche, sin rastro. El vehículo paró justo delante de ella y aguardó con las luces encendidas a que recorriera aquella escasa distancia que los separaba. Dentro, Arthur parecía un muerto en vida, aunque eso era lo que decían exactamente las leyendas sobre vampiros. Arrancó de prisa y se alejaron velozmente, dejando atrás a cientos de *cazadores* que debían estar observándolos ahora mismo, dispuestos a acabar con su luz, y tal vez, también con su música.

Arthur tenía unos gustos musicales muy variados, lo cual rompió el encanto que había vivido momentos antes. Empezó con una sesión de música clásica y acabó con *heavy metal*. Estel, mientras, observaba la carretera oscura e iba siguiendo las rayas blancas como si a modo de código *Morse*, pudieran decirle algo. Cuando finalmente el coche paró, se percató de que estaban en un aeropuerto.

—Si tenemos suerte y no hay retrasos, nos dará tiempo a llegar a Barcelona y tal vez a casa antes del amanecer. —Sentenció el vampiro algo esperanzado, aunque la joven ya había estudiado aquella posibilidad y la encontraba muy remota.

—Patty me sugirió que buscara a Erik. —Le soltó para comprobar su reacción. Arthur bufó.

—¿No estaba muerto? —Preguntó, aunque estaba segura que él no lo creía tampoco.

—Eso pensaba yo, pero ella no lo cree. Al parecer, lo conoce mejor que nosotros.

—A Uri no le va a hacer mucha gracia...— Estel enarcó una ceja y lo miró. No recordaba que le importara tanto el joven, ni sus sentimientos.—Sí, vale, tampoco es que su opinión importe mucho dadas las circunstancias.

—¿Pero...? —Le animó a seguir. Estel sentía que algo no iba bien, que le costaba admitir cierta información valiosa. ¿Qué había pasado?

—Todo ha cambiado demasiado, tengo miedo de que se me escape de las manos. —Sentenció Arthur casi pasa sí mismo.

—¿De qué hablas? ¿Qué ha ocurrido?— El vampiro evitó mirarla lleno de culpabilidad y se detuvo ante la puerta giratoria del aeropuerto. Ambos acababan de devolver el vehículo de alquiler y les azotaba el fresco aire de la noche húngara.

—La noche que desaparecieron Anthony y Lena, encontré a Uri tirado en el suelo, muy malherido. Créeme que nuestra sangre cura heridas y huesos, pero no órganos... Necesitaba saber qué había ocurrido, y él era el único que podía decírmelo.— Estel comenzaba a entender lo que quería decirle.

—¿Qué hiciste?— Quiso oírlo de sus labios.

—Lo convertí. —La puerta giratoria se detuvo ante ellos y Estel vio en su obertura un vacío que amenazaba con engullirla. Esperó a que el vampiro avanzara y casi sin respirar, dejó que la engullera el remolino de la puerta y deseó que al salir al otro lado todo hubiera sido un sueño.

El vuelo se le hizo corto y al salir del aeropuerto en Barcelona, la joven comprobó que estaba amaneciendo. Arthur parecía un fantasma cuando finalmente alcanzaron un taxi dispuesto a llevarlos a casa. Al cabo de pocos kilómetros, el vampiro dormía ya profundamente y Estel observó aquel cielo límpido de la ciudad condal, donde los pájaros semejaban cenefas y los aviones, cometas.

La casa seguía como siempre, un viejo caserón, tipo masía, restaurada con un aire moderno, pero conservando su magia atemporal, como una vieja fortificación. Estel sintió como si apenas acabara de estar allí. Y todos aquellos meses fuera, sus amargas experiencias con su nueva profesión, sus sentimientos en contra con aquel cambio radical de vida... todo se hizo añicos

y desapareció con la tranquilizadora sensación de volver a casa. Era extraño pensar en ellos como en una familia, pero así lo sentía. Los amaba. Aunque llevaba sangre de *cazavampiros*, no podía considerarlos una amenaza sin más, podía ver a través del miedo y comprender que no era su condición lo que los hacía temibles, sino las oscuras sombras del corazón. Y así ocurría también con los seres humanos, aún cuando ellos mismos no eran armas mortales, podían empuñarlas y usarlas sin remordimientos. No eran tan diferentes, se dijo a sí misma cuando cruzó el umbral. Nadie les esperaba en el salón vacío habida cuenta de la hora que era y Arthur se dirigió somnoliento hacia la escalera que conducía al piso superior. Antes de colocar un pie en el primer peldaño pareció acordarse de su presencia, se giró y le susurró un “*Estás en tu casa*”. Luego desapareció y la joven se acomodó en el sofá. Pensó repentinamente en Uri por el que había luchado para que le salvaran la vida una vez y ahora se había convertido en lo que tanto anhelaba. Podría vivir para siempre como su hermano.

Su cuerpo le avisaba de que tenía que dormir, pero su mente era incapaz de relajarse. En apenas horas había descubierto que el vampiro que amaba había desaparecido junto con su hermana, había tenido un encuentro rarísimo con Lanamar y se había fugado con Arthur del lugar al que se suponía que pertenecía por herencia familiar. Era verano y el calor del día pronto se haría notar. Si quería moverse con más gracia debía hacerlo ya o esperar al atardecer, cuando los vampiros de la casa se levantarían y muchos otros con peores intenciones. Buscó en el recibidor y se llevó unas llaves. No sabía a quién pertenecían, pero esperaba volver antes de que las echaran en falta. Desbloqueó su móvil y llamó a un taxi. Recordó la última vez en que había hecho ese trayecto sin saber muy bien a donde se dirigía. Ahora le indicó con claridad y pasó por alto el respingo del taxista al reconocer la dirección. Poco le importaba ya lo que pudieran opinar otros y tampoco esperaba que se quedase en la puerta. Una vez más, tampoco la culpaba.

El aparcamiento del club de vampiros estaba vacío, lo cual era esperable a esas horas. Cuando entró, las diminutas luces que colgaban sobre la barra parecían mucho menos amenazantes que la vez anterior y el barman con la cicatriz le pareció un pobre hombre con la paciencia de un santo. Permanecía con todos los sentidos alerta, preparada para la acción. No vio nada diferente a la última vez que estuvo allí, entonces no era el mundo el que había cambiado, sino ella. Se acercó a la barra y el hombre de la cara marcada le echó un vistazo.

—¿Dónde está Erik? —Preguntó. Él bajó la mirada hasta el vaso que tenía entre las manos. Suspiró.

—Muerto.— Escupió la palabra como si fuera veneno. Ella se quedó ahí plantada, pensando. Había esperado que Patty tuviera razón, había esperado una señal... algo. Pero la muerte no tenía solución.

—Muerto...— Pronunció la joven casi para sí misma.

—Muy muerto. —Se jactó el barman, lo que produjo en ella un temible escalofrío. Tal vez no era un pobre hombre, al fin y al cabo, y no tuviera tanta paciencia. La mirada del hombre era cada vez más penetrante y la joven comenzó a sentirse incómoda. Miró hacia la serie de mesas desiertas donde una vez había encontrado al *cazarrecompensas* y maldijo para sus adentros. Le dio la espalda al barman y se dirigió a la puerta. Justo en el momento en que la abrió, una mano le tocó el hombro. Ella se zafó con ligereza como había aprendido en aquellos meses de entrenamiento y empujó al hombre lejos de ella.

—¿Qué diablos quieres? —Le gritó irritada. El barman sonrió maliciosamente, convirtiendo su cicatriz en una extensión de su sonrisa.

—Me dijo que vendrías y que te dijera que para ti está menos muerto.— Estel sintió reavivar la esperanza en su interior junto a la adrenalina. Hacía unos minutos estaba a punto de pegarse con ese hombre y ahora podría hasta besarlo y no creía que aquella confusión de sentimientos fuera buena. Pero, ¿acaso importaba? Se abría una puerta y daba igual cómo tuviera que pasar por ella.

El tabernero no la hizo esperar. Buscó en un bolsillo un papelito arrugado y se lo tendió. Era un número de teléfono móvil. Estel no perdió el tiempo y se apresuró a sacar su propio móvil y marcar. Un icono en la pantalla le advertía de que tenía mensajes por leer. Los había ido acumulando a lo largo de aquella larga noche y parte del día y los ignoró de nuevo. Imaginaba que la mayoría eran de Patty porque no tenía muchos más amigos que se interesaran por ella. Y aún así, no quería contestarle aún. No sin tener una buena pista, algo por lo que hubiera valido la pena haber abandonado el entrenamiento y defraudar a su amiga *cazavampiros*.

—Ya pensaba que no ibas a llamar.— Respondió una voz conocida. La joven pareció bloquearse durante algunos segundos sin saber qué decirle.

—Creía que habías muerto. —Sentenció sin mucho tacto. Erik bufó.

—¿Qué va! ¿Y perderme tu bautizo de fuego?— Hubo una pausa y Estel aprovechó para recordar el momento al que se refería el *cazarrecompensas*.

Mató a su primer vampiro, Milord.

—Eso ya está pasado. —Le dijo sin mucha confianza en que fuera a repetirse nunca.— ¿Estás bien?— Cambió de tema.

—Como una rosa moribunda. Voy a buscarte. —Le comunicó y colgó repentinamente. Estel se quedó algún tiempo contemplando la pantalla iluminada hasta que se apagó. No sabía muy bien qué hacer. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué quería que le dieran por muerto? Y, ¿cómo sabía dónde estaba? La joven terminó por sentarse en la acera, cerca del agobiante local y lejos de los ojos perversos del barman. Vivía en un mundo paralelo, y apenas quedaban resquicios de su vida anterior. Apenas un año antes nunca hubiera imaginado que su vida podría cambiar de aquella manera. Cuando lo oculto renace, los sueños galopan. Y su denso fluir se abría paso en sus venas, como esa extraña raíz que ata a la tierra, que algunos confunden con algún tipo de suerte y que otros llanamente llaman destino.

El *cazarrecompensas* llegó en un nuevo vehículo negro. La joven entró de prisa puesto que imaginaba que no deseaba dejarse ver demasiado. No estaba segura de que aquel fuera el mejor lugar para un encuentro, pero a aquellas horas estaba prácticamente desierto. Observó al hombre como hiciera un tiempo cuando lo descubrió agazapado sobre el muro de la casa de Anthony. Llevaba el cabello claro atado en una coleta y tenía la barba rubia cuidadosamente recortada. Para haberlo creído muerto, tenía muy buen aspecto.

—Haces buena cara. —Le espetó a modo de saludo. Él sonrió y giró el volante para salir del aparcamiento.

—Voy tirando.— Fue su escueta respuesta.

—¿Coche nuevo? —Le preguntó allanando el terreno hasta llegar donde quería.

—Un trabajo bien pagado.— Estel enarcó una ceja y lo miró con suspicacia. Él captó enseguida la insinuación.

—No “ese” trabajo. Yo no me he llevado a tu vampiro. —La joven rebulló en su asiento y volvió la vista a la carretera.

—Y entonces... ¿Dónde está?— Erik bufó y perdió totalmente su sonrisa.

—Lo tienen ellos. —La chica lo miró de reojo sin atreverse a preguntar.— Los *cazadores*. Es lo que se dice por ahí.— Estel ya conocía esa respuesta, pero quería indagar más profundamente en ella.

—¿Qué sabes más?— Parecía que a Erik le costaba hablar del tema.

—Se oyen rumores, se dicen cosas...— Erik no acababa de decir lo que

quería y la joven empezaba a impacientarse.

—¿Quién los retiene? ¡Erik! —Él apretó los labios en una fina línea y retuvo el aire.

—*La Orden del Ciego*. Es imposible que puedan escapar de allí.— Estel sintió como se le aceleraba el corazón y una angustia extraña le llenó el estómago. Ella venía precisamente del *Santuario del Ciego*, eje principal de esa orden. Lanamar había hablado con ella en lo que ahora no le parecía tanta casualidad. Había estado cerca todo el tiempo. Cerró los ojos en un intento de no agobiarse y buscar la calma.

—¿Estás seguro? ¿Qué quieren de ellos?— Quiso saber aunque con cierto recelo.

—No lo sé. Pero sé de alguien que podría saberlo. Esto... esto tendrá un precio. —Afirmó Erik casi en un susurro y ella asintió sin saber muy bien si el coste sería para encontrar al vampiro, al informador o a ambos, aunque importaba poco. Todo tenía un precio. Y ahora, también un sentido.

16. DONDE LOS VAMPIROS DUERMEN

Patty salió del viejo edificio donde vivía, con cara de pocos amigos. Había dejado marchar a Estel la noche anterior y estaba de un humor de perros. No sabía exactamente por qué no la había retenido, aunque en su fuero interno reconocía que había hecho lo correcto. También temía haberla dejado directamente en manos de Erik y esperaba no tener que arrepentirse. El sol veraniego se filtraba a través de los altos árboles que rodeaban como centinelas el santuario, pero a aquellas horas todo parecía desierto porque la gente dormía. Estaba nerviosa, pero esperaba que se le pasara entrenándose unas cuantas horas.

Echaba de menos la vida en el Cosmos, su vida de estudiante y, en general, su vida de civil. Le había llevado allí una misión, proteger y guiar a Estel, pero había resultado ser fácil y divertido. Siempre había pensado que todo lo que realmente importaba en la vida eran los *cazadores*, el Santuario, y mantener a raya a los vampiros. Pero en aquellos últimos años, y en concreto, en los últimos meses, todo había empezado a cambiar. No todos los vampiros merecían morir, ni todos los *cazadores* tenían el alma limpia. Había aprendido que se podía elegir lo que se quería ser en la vida independientemente de dónde se había nacido. Estel tenía las ideas mucho más claras que ella, luchaba por lo que sentía y Patty la admiraba por ello.

Casi sin darse cuenta había llegado a la pista de entrenamiento. Un recinto redondo de tierra, rodeado de altas gradas donde a horas tardías los *cazadores* se sentaban para ver luchar a sus compañeros. A Patty siempre le pareció que tenía más pinta de foso que de campo de entrenamiento, pero los altos mandos se empeñaban en llamarlo *la plaza*, lo cual no hacía honor a su nombre en absoluto.

Pasó a través de las puertas que se abrían entre las gradas para acceder al recinto y pronto comprendió que no estaba sola. Lanamar, con su cabello rubio casi blanco y atado en una cola de caballo, daba patadas en el aire con la ayuda de su bastón de entrenamiento. Eran muchos los que usaban algún tipo de instrumento para ayudarse en la lucha contra los vampiros, pero ella prefería tener las manos libres que tan sólo ocuparía con una estaca.

La directora del Santuario dio una última voltereta en el aire y aterrizó majestuosamente en el suelo. Su pecho subía y bajaba rápidamente, y una fina película brillante le cubría la frente.

—¡Patty! Has madrugado... —Le espetó. Ella asintió como toda

respuesta.— Tal vez algo no te ha dejado dormir.

—Hace mucho calor para dormir. —Le confesó algo tensa por una insinuación velada.

—La verdad... es que estoy sorprendida.— Patty enarcó una ceja esperando desanimada lo que tuviera que decir después.— Pensé que te habías marchado con ella.— Y ya no hizo falta que dijera mucho más. Lanamar sabía que Estel se había marchado, posiblemente sabía incluso que habían hablado antes y para su desgracia, incluso el contenido de aquella conversación. Era todo tan frustrante... Patty había olvidado las maquinaciones del Santuario, y comprendió demasiado tarde que no tenían que haber vuelto o por lo menos, que nunca la tenía que haber traído con ella. Estel era demasiado valiosa y ellos harían cualquier cosa para tener poder sobre ella. No los habría creído capaces, pero Lanamar se lo estaba diciendo con aquella mirada desafiante.

—Soy una *cazadora*. Trayendo a Estel aquí, terminé mi misión. Este es mi hogar.— Contestó lo más firme que pudo aunque empezaba a temblarle la voz. La mujer rubia sonrió malévolamente. Patty sintió un escalofrío, aquello pintaba mal, muy mal.

—¡Qué buena *cazadora* eres! —Se mofó.— En otras circunstancias me sentiría orgullosa de ti. ¡Qué le vamos a hacer! La luna sangra por los *cazadores*, así como el sol abrasa a nuestros enemigos.— Y con esas palabras, dos *cazadores* salieron de entre las gradas y se lanzaron literalmente sobre ella. Patty se zafó de ellos lo mejor que pudo y comenzó a pelear como había aprendido. Brazo, pierna, brazo, pierna. La joven era consciente de que sólo se estaba defendiendo, puesto que una ofensiva era prácticamente imposible. No sabía cuánto iba a resistir, pero ahí seguía, defendiéndose. Se recordó a sí misma que era fuerte. Que había acabado con algunos vampiros ya y éstos no eran más que hombres. Aquella idea le dio fuerzas y embistió a una de ellos con furia. El hombre tropezó y se cayó de espaldas ahogando un grito. Entonces Lanamar, que permanecía de brazos cruzados, se movió. Y Patty comprendió que estaba perdida. Apenas pudo verla como una sombra por el rabillo del ojo y sintió descargar su palo de entrenamiento sobre su cabeza. Un dolor agudo la derribó y la vista se le nubló hasta convertirse en una oscuridad casi, casi placentera.

El coche viró y tomó una dirección desconocida, provocando una nueva curiosidad en ella. Hasta ahora había pensado que volvían al pueblo, pero esta carretera era distinta. El sol comenzaba a calentar ya demasiado y su luz quemaba. La joven entornó los ojos mientras pasaba su mirada por interminables campos de trigo dorado. Desde que había iniciado su entrenamiento había trasnochado mucho, puesto que los cazadores consideraban que debían acostumbrarse a combatir a los vampiros en el mismo ambiente en que ellos vivían. Después de tanto tiempo, el sol parecía implacable y mucho más poderoso de lo que recordaba. Erik la miró un instante mientras bizqueaba y sonrió.

—¿A dónde vamos?— Quiso saber Estel con los ojos llorosos por la exposición diurna.

—Ya lo verás. —Le contestó enigmáticamente mientras abría la guantera y rebuscaba en el interior en busca de unas gafas de sol.— Toma, ponte esto. Te sentirás mejor. —La joven dudó lo justo para comprender que no tenía otro remedio. Se las colocó y sintió un alivio inmediato.

—Vaya, gracias. Nunca hubiera imaginado que me sentaría mal un poco de sol. —Sentenció resignada.

—Ya casi no recordaba los primeros entrenamientos en el Santuario. Son duros. Te enseñan a ser más fuerte que un humano corriente, a resistir lo que otros ni siquiera pueden imaginar, pero sigues manteniendo sus mismas vulnerabilidades... Imagino que te acostumbrarás.— Estel no contestó, aunque reflexionó en silencio sobre aquellas palabras. ¿Realmente iba a volver? El trayecto finalizó en un pueblo desconocido hundido en el paisaje y rodeado de colinas repletas de almendros. Hubiera parecido un entorno natural idílico para ojos inexpertos, pero ella se preguntó cuán estudiada estaba aquella arquitectura rústica, y que secretos podían esconder aquel ejército de árboles en una noche oscura. Aparcó en el centro del pueblo, en una callejuela antigua, y deambularon por la acera desierta. Unos metros más allá, había una vieja muralla que se mimetizaba con las estructuras modernas de las casas, y de la que descendía una escalera de piedra bien cuidada. Las piedras repicaban bajo sus pies advirtiéndole de su llegada y apremiaba a acelerar el paso para acabar con aquel sonido que los señalaba. Justo arriba, donde los peldaños se acababan, se abría un impresionante arco de piedra que antiguamente debió albergar la puerta del pueblo. Sobre el inmenso arco, un hermoso ángel tallado en piedra sostenía una espada custodiando la entrada. No había en su rostro la expresión dulce del querubín de la casa de Anthony. Al contrario, sus rasgos

eran duros y su mirada era desafiante. La espada no dejaba lugar a dudas. Estaba allí para defender aquellos muros.

—Hay muchas leyendas sobre el Ángel del Portal...— Comenzó a explicar Erik.— Pero quizás la que más nos interesa es la que alude a que los primeros romanos, que fundaron esta población, sentían un miedo atroz por los *demonios de la noche*. Por ello veneraban a la diosa de la noche, *Nox*, para que los amparara en la oscuridad. Luego los cristianos aprovecharon parte de ese culto y adoraron a diferentes vírgenes que iban protegidas por un ángel custodio como este. Pero todo viene a ser lo mismo. Proteger la vida, defender a los tuyos, custodiar una ciudad...

—Es una interesante leyenda.—Sugirió la joven.

—¿Leyenda? Dudo mucho que lo fuera. Es más bien una verdad ahogada. Llevamos miles de años luchando contra *ellos*.— Estel no quiso mirarlo mientras hablaba.— *La vida es lucha*, es lo que quiere recordarnos este ángel.

—¡Pero tú mismo te has puesto a su servicio! —Le recordó exasperada. Ella había defendido a algunos vampiros, estaban de acuerdo en eso y por ello podía ser juzgada. Pero él se había vendido a ellos. Así que ambos, en realidad, habían traicionado a los *cazadores*.

—Sí... Al final, resulta que no toda oscuridad es muerte, ni toda luz es vida. Hay muchas luces y sombras y nuestro cometido es bailar entre ellas. Los *cazadores* han querido darme muerte muchas veces, así que prestar mis servicios a sus enemigos no me ha parecido nunca una mala opción.— Estel lo miró confundida. —Aquí no hay malos, ni buenos. Ni ganamos, ni perdemos. Sobrevivimos. Por eso me caes bien. —Se sinceró. La joven lo miró perpleja esta vez, puesto que creía que a Erik no le caía bien nadie.— Todo apunta a que tendrías que ser una de las mejores *cazadoras* de vampiros de nuestro tiempo, lo llevas en la sangre, en tu ADN... y te da igual. Vives la vida por puro instinto, por lo que sientes, y el resto del mundo... te da igual.

La joven parpadeó varias veces bajo los cristales oscuros y evitó mirarlo. Era difícil reconocer un elogio de algo más. Así que, comenzó a cruzar el arco de piedra y el hombre la siguió en silencio. Más allá, se abría una sinuosa calle repleta de tiendas y se sintió curiosa por saber a cuál se dirigirían. El momento sentimental había pasado y Erik caminaba a su lado de nuevo con cara de pocos amigos, su rostro habitual. No habrían recorrido más que algunos metros, cuando el cazarrecompensas le colocó la mano en el hombro y la condujo hacia su izquierda. Ella se dejó llevar porque no tenía ni idea de adónde iban. Delante de ellos se abrió un callejón más bien oscuro y

ligeramente en cuesta y comenzaron el ascenso bajo aquella sombra agradecida.

—¿Conoces a todos los *cazadores* del mundo? —Le preguntó con sorna y Erik sonrió sin ganas justo antes de llamar a una puerta acristalada.

—Ni te imaginas, princesa. —La puerta se abrió y apareció una mujer excesivamente pálida. Si no hubiera sido por su mirada asustadiza y tímida, tan humana, Estel la hubiera confundido con algún ser de la noche. No esperaba que el antiguo *cazador* la llevara a la guarida de un vampiro a aquellas horas, pero pensándolo detenidamente ya lo había hecho una vez. También debía reconocer que ella se lo había rogado, y aún así... siempre quedaba la duda sembrando discordia en su corazón. ¿Podía confiarle su vida a aquel hombre? Y la respuesta danzaba y gritaba en su conciencia: Erik no era nada parecido a un hombre. Si había que dudar, ya era tarde. Entraron en cuanto la mujer se hizo a un lado y el interior no la decepcionó. Las persianas bajadas, el televisor apagado, apenas una leve música en algún idioma desconocido.

—Necesitamos información de la Orden.— Disparó Erik sin formalidades.

—No me gusta que vengas de día.— Fue la respuesta de la inquietante mujer que parecía irritada por su presencia.

—Sabes que a estas horas hay menos ojos observando...— Replicó Erik con lo que parecía una sonrisa en aquella penumbra. La única luz que les llegaba provenía de una ventana que daba a un patio interior aunque no hubiera sido suficiente ni para leer una línea. La mujer lo ignoró. Cogió un cigarrillo de la mesita que había al lado de un pequeño sofá y lo encendió. Estel se quitó las gafas de sol, ya que allí dentro no le hacían falta, y la luz del cigarrillo al arder le llamó la atención. Todo tan oscuro, y aquel fuego consumiéndose a sí mismo. La mujer fumaba en silencio y daba largas caladas en lo que parecía un ritual hipnotizador.

—Deberíamos marcharnos.—Le sugirió la joven al *cazarrecompensas* en voz baja. De repente sentía un mal presentimiento.

—¿Qué? Necesitamos saber exactamente donde están. No nos valen las suposiciones. No podemos errar. —Le explicó con paciencia el hombre.

—¡Larguémonos! No me gusta este lugar.— Insistió Estel con el vello de punta. La extraña mujer pareció entonces dejar el trance en el que estaba sumida y la fulminó con la mirada. La timidez había desaparecido de su rostro y en su lugar había surgido una expresión amenazante. Estel comprendió lo que vendría después, lo vio escrito en aquellos ojos fríos y oscuros como la noche.

Muerte. Afortunadamente, Erik lo comprendió también y se colocó entre las dos, rompiendo la trayectoria de aquella mirada asesina.

—Está bien, nos vamos, me has convencido. —La mujer desconocida había dejado de fumar y había dejado en el aire una especie de bruma que parecía girar sobre ella como un remolino. Estel se sentía cada vez más incómoda, pero era incapaz de salir de allí. Había algo en aquella habitación, en aquella casa, que la hacía sentirse cautiva. Y la sensación era tan fuerte que se sentía mareada.

—Los tiene Lanamar. —Sentenció la mujer con un desafío en su rostro.— Esa es la respuesta, lo que queríais saber. —Ambas mujeres compartieron ahora otra mirada intensa y Estel apretó fuertemente los labios para no gritar. Por mucho miedo que pasara mientras estaba atrapada en aquella casa, no se podía comparar con el destino cruel que les había tocado a los que caían en manos de la directora del Santuario. A veces la ignorancia te daba más esperanzas que el conocimiento de la realidad. Había estado tan cerca... La frustración la embargó y se sintió terriblemente estúpida. Al alcance de la mano...

—Preciosa ironía. Siempre pensé que Lanamar era un monstruo de un solo ojo, un ogro. Y no me equivoqué... —Sentenció Erik.— Lo siento Estel, ojalá todo fuera diferente... Será mejor que nos vayamos. —Ambos se movieron cabizbajos hacia la salida, pero la habitación giró bruscamente y se tambalearon.

—Ella será mi recompensa.— Exclamó la bruja. Erik se giró hacia ella con cierto asombro y protegió a la joven con sus brazos.

—Ese no es nuestro trato, y lo sabes muy bien. Yo decido a quién te entrego. Ella es mía. Mi primera recompensa y no puedo entregártela.— Estel rebulló nerviosa detrás del hombre. Ya había oído antes esa frase, y cada vez tenía más claro que ella no era de nadie, estuviera o no incluida en un premio.

—¡Pero me ha gustado tanto...!—Suplicó la extraña mujer mientras simulaba oler un perfume en el aire. Erik carraspeó.

—Lo siento, no puede ser. Sólo te traigo a *cazadores* corruptos, pero ella no lo es. —La mujer pareció decepcionada y Estel pensó que iba a ignorarlo y que se iba a abalanzar sobre ella en cualquier momento. Sin embargo, suspiró y se echó atrás. La habitación dejó de girar y la puerta se abrió con un quejido.

—Si algún día te corrompes, te estaré esperando. —Le auguró la siniestra mujer y la joven tragó saliva en silencio, ignorando cuál sería el grado necesario de corrupción para acabar en sus manos. Erik la empujó fuera de la

casa y la luz del exterior le dañó los ojos inmediatamente. Un sudor frío le recorría la espalda y caminó a trompicones mientras el hombre la arrastraba por la muñeca.

—No te pares, maldita sea. Ha ido de un pelo de que no volviéramos a ver la luz del sol.— Estel se despejó las ideas mientras buscaba las gafas de sol que llevaba encima del cabello y se las colocó de nuevo.

—¿Qué les hace a los *cazadores*... corruptos?— Erik no contestó enseguida. Aquel hombre tenía más secretos que una cámara acorazada.

—Los mata, lentamente, y luego se les come el corazón.— Hizo una pausa.— Es una buena vidente, y a cambio le traigo a *cazadores* traidores y desalmados, mala gente. Aquellos a los que la vida de *cazador* ha trastornado lo suficiente como para no poder vivir en libertad nunca más. Supongo que una cárcel de por vida sería lo ideal, pero como eso no existe para nosotros, esta es la medida más justa. —Erik continuó caminando a grandes zancadas y la arrastraba con él. Aún se sentía mareada y descompuesta y conocer el destino de aquellos que caían en manos de esa bruja, no le había arreglado el estómago precisamente. Finalmente, respiró profundamente y se aclaró la mente. Luego se zafó de su mano y él la miró enfurruñado.

—¡Tranquilo, no nos persigue nadie! —Le espetó ante su nerviosismo.

—Eso es lo que tú te crees. Si Lanamar tiene la mano metida en esto...— Negó con la cabeza.— Debe conocer todos nuestros movimientos.— Erik le hizo una señal con la cabeza para que siguieran avanzando y ella no se opuso esta vez. Tal vez tuviera razón y debían ir con cuidado. Lanamar era peligrosa y nada de fiar. Lo siguió en silencio hasta el coche y no dijo nada hasta que el vehículo comenzó a rodar por las calles soleadas de aquel diminuto pueblo.

—¿Qué quiere? —No hizo falta mencionar el nombre de la directora del Santuario pues lo tenían ambos muy presente en aquellos momentos. El *cazarrecompensas* torció el gesto y fingió prestar atención a la carretera. Luego pareció aclararse la garganta mientras buscaba las palabras adecuadas.

—A ti. —Sentenció escuetamente. Estel se sorprendió. ¿Qué podía querer de ella?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Algo querrá de ti. Y las posibilidades son infinitas, créeme. Es un personaje retorcido. —Le explicó un poco abatido.

—¿Y por qué me dejó marchar? —La joven no entendía nada.

—No podía retenerte delante de todo el mundo contra tu voluntad, y sin haber cometido ninguna falta. Tiene que guardar las apariencias. Pero sus

dedos son largos y afilados y habrá quién nos siga los pasos en su nombre. Es una mujer impredecible y caprichosa.— Erik negó con la cabeza como si recordara algo absurdo.

—¿Fue ella quién te echó de allí?— El hombre rió irónicamente.

—A mí no me echa nadie. ¡Me fui yo! Panda de lameculos sin dignidad. Tú no sabes lo que se cuece ahí dentro. —La joven apartó la vista en un intento de ahogar una maldición. Por la ventana, los extensos campos de trigo se desdibujaron bajo su mirada. Su amor era casi como una melodía que llenaba su alma, como una canción.

—Tengo que volver... —Sentenció para su desdicha y Erik apretó la mandíbula.

—¡Estás loca! Nunca saldrás de allí... —Le espetó dando un manotazo al volante.

—No tengo otra opción. Anthony y Lena están allí por mi culpa. No puedo abandonarlos. Y aunque yo no tuviera nada que ver, tampoco los dejaría.— Erik no dijo nada más ante aquella convicción. Parecía disgustado, porque ponía exactamente la misma cara que cuando le hablaban del Santuario. Recorrieron aquel trayecto sin decir nada más. Erik se mantuvo pensativo y Estel más bien triste. Nunca tenía que haberse marchado a Hungría. Tal vez hubiera llegado a la misma situación al final, pero se lo habría puesto más difícil. Comprendió que las personas eran víctimas de las decisiones que tomaban. Lanamar deseaba todo lo que no tenía y había algo de ella que quería para sí. Error sobre error, cuando se tejen las decisiones con colores equivocados. El hombre aparcó delante de la verja de entrada, pero no detuvo el motor.

—Sabes que no puedo entrar en esta casa... —Le explicó pacientemente y ella asintió. Casi había matado a Uri y desde entonces no era bien recibido, aunque nunca hubiera sido recibido de ninguna forma. Meterse a la fuerza en una casa no era una buena tarjeta de visita, aunque tal vez estuviera dispuesto a enmendar su error.

—¿Vendrás al Santuario? —Preguntó esperanzada. Si alguien conocía bien aquel lugar era él.

—No creo que me dejen pasar de la puerta. Para ellos soy peor que un vampiro. Pero algo se me ocurrirá.— Reconoció pensativo. Luego esperó a que la joven se apeara del coche y emprendió su particular huida de la casa de los vampiros, que consistió en derrapar en el camino de entrada y provocar el suficiente ruido para que se despertara hasta el último de ellos. No estaba

segura de si sentía remordimientos por lo que le había hecho a Uri, y tal vez nunca obtendría el perdón de éste, pero ella estaba dispuesta a darle una segunda oportunidad. Porque la vida estaba llena de malas decisiones, de errores que enmendar y de destinos que reconducir.

Abrió la puerta con cuidado. La luz aún perduraría en el cielo algunas horas, pero el calor había remitido lo suficiente y confirmó sus expectativas: todos dormían. Quería ese tiempo para pensar qué les diría. Meditabunda, se dirigió a la cocina y comió sin ganas un sándwich vegetal. Sin fuerzas no serviría para nada, así que se mentalizó en terminar la comida y descansar un poco. Se sentó en el sofá y no le costó demasiado quedarse dormida en aquel ambiente tranquilo y lleno de paz. No estaba segura de lo que soñaba, perdía la consciencia y la recuperaba en medio de sueños perturbadores con una extraña música de fondo. Un ruido, sin embargo, alertó todos sus sentidos. Saltó del sofá y enarboló el botellín de agua que había traído consigo desde la cocina. Todo el salón permaneció en silencio. Ella siguió con la mano alzada y su extraña arma, apuntando a un vampiro. Un brillo feroz, casi luminiscente emanaba de sus ojos castaños. No parecía temerla, pero una sonrisa surgió a medias, entre el respeto y la confusión.

—¿Uri? —Preguntó finalmente la joven ante la obviedad. Sabía que era él, pero estaba bastante cambiado. Estaba más vigoroso y menos enfermizo que cuando Lena se alimentaba de él y el cabello que siempre llevaba revuelto aparecía delicadamente peinado. Incluso parecía más alto ahora que no caminaba encorvado por la extenuación. Definitivamente, era feliz.

—El mismo. Bueno, con algún pequeño retoque. —Dijo escuetamente, soltando finalmente una sonrisa que había estado reteniendo.

—Tienes... buen aspecto.— Reconoció en voz alta la joven, sin soltar la botella. Él enarcó una ceja.

—Tú también...— Contestó confuso.— ¿Crees que voy a atacarte? —Preguntó con indignación.

—Bueno, mi corazón espera que no, pero mi mente no lo tiene tan claro.— Uri bufó con un gesto tan humano que la chica estuvo a punto de abrazarlo, pero no podía acercarse tanto, aún no.— Oye, no te ofendas, pero tienes un brillo horrible en la mirada y no creo que puedas dominar ese instinto tan pronto.

—Te sorprenderías. —Dijo muy serio, fijando aún más la mirada en ella. Estel sintió un escalofrío. Este no era el reencuentro que esperaba. Había sido entrenada para aquello. La sed. Pero que un amigo se hubiera *convertido* no

era algo para lo que estuviera preparada. Tendría que sugerirles aquel tema la próxima vez que fuera a Hungría, aunque eso se produciría más bien pronto que tarde y cuando lo hiciera tendría otros problemas de los que ocuparse.

—¡Oh, esto ya casi vuelve a parecer un hogar!— Exclamó Arthur de buen humor al ver la escena.— Te lo dije Any, nos hacía falta un poco de sangre fresca al despertar. —Dijo con picardía. Anastasia le asintió mientras bajaba y luego sonrió y le guiñó un ojo a la joven. Seguía sin gustarle ser el plato principal de los allí presentes, pero no le quedaba ningún remedio, así que intentó suavizar la situación.

—¿Por qué no charlamos tras la comida? Creo que algunos aquí presentes tenéis necesidades alimentarias que no pienso satisfacer. —Se defendió, aparentando más dureza de la que sentía en su fuero interno. Estaba segura de que ninguno de ellos traicionaría a Anthony, pero sin él allí el riesgo crecía.

—Uri estás asustando a la *cazadora*. Ve a alimentarte ahora mismo. —Le ordenó Arthur. Para sorpresa de la joven, su amigo obedeció al instante y salió despedido por la misma puerta por la que ella había entrado.— Convertir a alguien tiene sus ventajas. Estaremos un poco más unidos durante algún tiempo y me obedecerá la mayoría de las veces. Sentirá un irremediable deseo de hacerme feliz... —Dijo el vampiro satisfecho. Estel lo miró con desconfianza recordando que aún tenía la botella lista para estamparla. Poco a poco la bajó y la devolvió a la mesa.

—¿Paranoia?— Sugirió Anastasia con ironía. Ella negó con la cabeza.

—Estrés.— Reconoció cansada.

—Has salido. ¿A dónde has ido?— Quiso saber el vampiro que estaba en todo. Estel suspiró y les contó vagamente el largo día que había pasado con Erik y sus averiguaciones. Imaginó que se sentiría tan frustrado como ella. —Así que has conocido a la Bella Foix, a la que algunos llaman la Bruja Foix.— Razonó con una media sonrisa. Estel tragó saliva al recordarla.

—No tenía nada de bella.—Reconoció y el vampiro esta vez sí sonrió con ganas.

—Nada que ver con su hermanastra Lanamar, ¿verdad? Se odian a muerte. —Añadió divertido.

—No se parecen en nada... —Sentenció la joven. Tal vez el corazón malvado era lo único que las unía.

—Son una familia extensa los Foix. —Le reveló y la miró expectante para ver si añadía algo más. Estel no quiso volver a hablar de aquella mujer, así que permaneció en silencio. Entonces el vampiro hizo un ademán para restarle

importancia.— Por lo menos ya sabemos a dónde hay que ir.— Reconoció Arthur más serio.

—¿Vendréis?—Preguntó angustiada.— ¡Es un santuario de *cazadores!*— Exclamó nerviosa.

—No pienso aguardar aquí, Estel. ¿Lo harías tú? —Le confesó muy serio. El silencio llenó el salón de repente. Si ella lo amaba tras aquel corto período de tiempo, ¿cómo no iba a arriesgarlo todo él que lo conocía y lo quería desde hacía siglos? Arthur tenía que ir a buscarlo, era lo correcto.

—Algo quiere Lanamar, algo trama.— Balbuceó la joven consternada.

—Te quiere a ti. No es tan raro. —Sentenció aburrido y desafiante. Era capaz de llevarla maniatada hasta las puertas del Santuario con tal de recuperar a su familia.

—No tiene sentido... Pero si fuera eso lo que realmente quiere, ten por seguro que yo misma me pondré a su disposición.— El vampiro la miró fijamente como si le hubiera dado una idea.— Los voy a sacar de allí. Paso lo que pase. Te los devolveré. —Él apartó finalmente la mirada y Anastasia carraspeó para romper aquel momento tan tenso.

—Tendremos que arriesgarnos... todos.—Sugirió la vampira, que permanecía callada la mayor parte del tiempo.

—Voy a llamar a Patty, para que me informe de la situación. Tal vez haya averiguado algo y con su ayuda podamos entrar.— Llamó varias veces, pero su teléfono aparecía desconectado. En realidad, comprobó que hacía muchas horas que no le enviaba mensajes. Podría estar durmiendo, pero sabiendo que se había marchado, que buscaba a un vampiro y que la había enviado en busca de Erik; era poco probable que su móvil se hubiera quedado sin batería. Ella siempre estaba allí cuando la necesitaba, siempre. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras observaba la inactiva pantalla de su móvil.— Patty no responde. Algo le ha pasado, estoy segura.— Miró a un desconcertado Arthur y le suplicó.— ¡Tenemos que volver ya!

17. EL SON DE MEDIANOCHE

La vampira apenas había pronunciado sonidos en las últimas horas. Gruñía suavemente, pero permanecía inconsciente la mayor parte del tiempo, recostada contra uno de los muros de aquel oscuro zulo donde se hallaban cautivos. Se oían algunas voces en la escalera que provenían probablemente de sus captores o incluso de los guardias. El vampiro se mantenía atento ante cualquier novedad, pero lo cierto era que las horas pasaban y la esperanza menguaba con ellas. Se sentía aún bastante fuerte porque se había alimentado recientemente y porque era lo suficientemente viejo como para administrar sus fuerzas. Sin embargo, la vampira no podía decir lo mismo. Que no volviera en sí, era una mala señal. No quería hacer aquello si no tenía más remedio, pero había llegado el momento si no quería perderla. Se agachó sobre su compañera de celda y la zarandeó suavemente. Ella tardó en reaccionar, pero finalmente abrió lentamente los ojos. Estaba excesivamente pálida. Anthony se había quitado la cazadora de cuero y ahora lucía una camiseta negra de manga corta. Levantó su mano derecha y con una uña se rasgó las venas de la muñeca izquierda. Luego se la acercó al rostro de ella.

—Lena. Bebe un poco.— Ella torció el gesto, puesto que no acostumbraban a compartir su sangre. Entre ellos era un gesto excesivamente íntimo. La vampira gimió como toda respuesta. No quería, pero la sed era inmensa.

—No...— Consiguió pronunciar casi sin fuerzas.

—No seas tonta. No es la primera vez. Te necesito a mi lado.— Insistió el vampiro. —No te preocupes por mí. Estoy bien. Bebe.— Lena cerró los ojos un instante y él creyó que iba a desmayarse de nuevo. Sin embargo, se lanzó sobre la muñeca sangrante con avidez y el vampiro sonrió a desgana.

Llamó varias veces al número de móvil que tenía para localizar al antiguo *cazador*. Erik no contestó ni una sola vez y ella comenzó a perder la esperanza de que fuera a ayudarlos. Sin él no tenían plan. Los vampiros no podían adentrarse en el Santuario sin ser detectados y ella misma era un blanco fácil. Arthur quería trasladarse allí cuanto antes a pesar de que acababa de volver y Anastasia había aceptado ir también. Alguien se paró delante de ella mientras contemplaba la pantalla de su móvil, ahora inerte y muerto entre sus dedos. La joven pensó que era Uri, que ya había vuelto de alimentarse, pero al levantar la vista se encontró con un desconocido. Era por lo menos un palmo más alto que su amigo y aunque le daba cierto aire parecido, no eran iguales. Su mirada era segura y firme. Tenía el cabello castaño peinado hacia un lado y llevaba las manos en los bolsillos. Cuando se encontraron sus miradas, él sonrió.

—Uri no mentía. —Sentenció y Estel parpadeó varias veces intentando descifrar quién era.

—Eres... ¿el hermano de Uri? —Preguntó insegura, aunque ahora tenía mucho más sentido que se hubiera presentado en la casa a buscarlo. Ahora eran iguales.

—Exacto. Soy Zadquiel, pero puedes llamarme Zad.— Y le ofreció su mano como señal de respeto. Era el primer vampiro que se la ofrecía y le pareció fantástico. Estel alargó la suya y se la estrechó suavemente. Él la sujetó con fuerza, pero la retuvo demasiado tiempo y la joven empezó a inquietarse.

—Suéltala ya, hermano. Que la necesita.— Sugirió Uri entrando felizmente en el salón. Luego se acercó a ella mientras se aseguraba de que su hermano le devolvía la mano y añadió:

—Ahora ya sabes por qué los vampiros no suelen dar la mano, ni se prodigan en el contacto físico. Un olor agradable, un pulso firme... y nos volvemos literalmente locos.— Estel lo miró con suspicacia.

—No hace tanto que eres uno de ellos para saber tantas cosas, ¿no? —Él torció el gesto. Estaba feliz. Había conseguido lo que quería. Aunque casi lo perdiera todo por el camino.

—No hace falta experimentarlas para saberlas y tú deberías tener esta información también. Los *cazadores* llevan siglos observándonos y presumen de conocernos mejor que nosotros mismos.— Parecía ofendido y Estel no recordaba esa actitud en él. Claro que el precio hasta llegar ahí había sido caro, y ahora iba a defender su condición hasta el extremo.

—De acuerdo.— Reconoció la joven para templar el clima crispado de la estancia.— Tal vez tengas razón. Procuraré no darle la mano a ningún otro

vampiro.— Y Zad le guiñó un ojo.

—¿Qué habéis decidido? —Preguntó Uri de repente, cambiando por completo el tema de conversación.

—Los retienen en el Santuario del Ciego.— Zad bufó y ambos hermanos se miraron muy serios.— Vamos a volver a por ellos.

—Yo... me voy con Zad.—Se hizo un silencio tenso que le produjo un nudo en la garganta. Los iba a abandonar. Ahora que ya tenía lo que quería, se marchaba sin más, sin mirar atrás.

—¿Cómo puedes hacer eso ahora? —Le preguntó enojada.— Ella te salvó, te dio una gota de su sangre cuando la necesitabas. —Le recordó.

—Fue puro egoísmo. Nadie más la ha aguantado como yo. —Dijo orgulloso. Estel no podía creérselo, aunque una voz interior le recordó los desprecios que la vampira le prodigaba en todo momento y no pudo reprochárselo.

—¿Y Anthony? Nunca fue malo contigo.— Insistió.

—No le caigo bien. Me aguantaba por ella. Pero ahora soy uno de ellos y no les debo nada. Ni siquiera... obediencia.— Y pronunció la palabra con desprecio. Probablemente si Arthur se lo mandaba le sería muy difícil resistirse. Ella echaba chispas y Zad callaba.

—Tranquila Estel. Uri aún es muy joven para comprender la diferencia entre autoridad y lealtad. Que cuando le eres fiel a alguien, lo eres hasta la muerte. Porque él haría lo mismo por ti. —Sentenció Arthur mientras bajaba al salón. La mirada del vampiro fue dura como el acero y Uri echó un paso atrás.

—No puedo arriesgarlo todo ahora que lo he conseguido. ¡No puedo!
—Gritó el joven y Arthur alzó una mano para que se callara.

—Es tu decisión. Nadie te va a obligar a nada que no quieras hacer. Ve en paz, *hermano*.— Uri tragó saliva, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta, luego echó una última mirada triste hacia su creador y asintió a la joven que aún lo miraba perpleja. Zad le puso una mano en el hombro a su hermano, se dieron la vuelta y desaparecieron por la puerta principal en el más absoluto silencio. Sin decir adiós, sin palabras de consuelo, sin esperanza. Estel se derrumbó mientras miraba la escena. Todo el mundo les daba de lado.

—No sé cómo lo haremos. Cada vez somos menos. —Se dijo casi para sí misma.

—Lo haremos. —La animó el vampiro suspirando, mientras no apartaba la vista de la puerta.— Lucharemos hasta el final.—Le confesó Arthur y ella

asintió apesadumbrada.

Se vieron tan pronto en el aire que Estel creyó que aún estaba en el viaje de ida. En un día prácticamente había hecho el mismo trayecto a la inversa y se hacía raro volver a estar sobrevolando el mismo cielo. Aún estaba todo oscuro, pero calculaba que no faltaban muchas horas para el amanecer. Los vampiros no parecían inquietos a pesar de que se lanzaban a una muerte certera. Cerró los ojos un instante mientras observaba las luces de las ciudades que se iban quedando atrás. Y el sueño la venció.

Todo oscuridad. Había dos figuras tumbadas sobre el suelo húmedo y frío que envolvía aquella celda. La figura más pequeña estaba hecha un ovillo con su cabello negro y rojo desparramado sobre su cara y el otro permanecía recostado contra la pared con un brazo extendido sobre el mismo suelo y los ojos cerrados. Tal vez dormían. Los conocía. Pero en su sueño, sus rostros eran menos feroces, menos crípticos, se veían cansados, casi humanos. El vampiro entreabrió los labios y comenzó a tararear una canción. Era un sonido débil, quejumbroso, que pasaría como un gruñido para la mayoría, pero ella ya lo había escuchado antes. Era su canción. Aquel canto la llamaba, la incitaba a cruzar mares, a atravesar paredes para llegar hasta él. Sonaba y sonaba y su corazón se aceleraba más y más. Lo tenía delante, pero no podía alcanzarlo. Comenzó a desesperarse, a rasgar el aire con las uñas, a gritar. Gritaba su nombre con desesperación, pero él no la escuchaba. Pataleaba de frustración. Y entonces, cuando menos lo esperaba, Anthony abrió los ojos y pronunció su nombre.

—Estel... —Miró en la oscuridad de aquella celda, pero no vio nada y ella sonrió en aquella distancia que no era tal y se desvaneció en el propio sueño. Abrió los ojos, consciente de que alguien la zarandeaba. Despertó ante la intensa mirada de Anastasia que la observaba con preocupación.

—¿Estel, Estel! —La llamaba inquieta la vampira.— ¿Estás bien?

—Sí... —Reconoció desorientada.— Los he visto. Están vivos. En una celda oscura, pero tienen mal aspecto.— Explicó con preocupación.

—¿Pero, cómo los has visto? ¿En sueños? —Anastasia no parecía entender nada. Arthur que estaba charlando animadamente en húngaro con una auxiliar de vuelo, la despachó enseguida y las fulminó con la mirada.

—Anthony la ha tomado varias veces, hay una conexión entre ellos. —Le explicó a su mujer.— ¿Ha dicho algo? ¿Dónde estaban?— Quiso saber el vampiro con cierta impaciencia.

—Estaban en una celda oscura, y sólo ha pronunciado mi nombre, como si

intuyera que podía verlo. Ha sido extraño... —Arthur frunció el ceño y se recostó en su asiento, meditabundo.

Llegaron con las primeras luces del alba. Una bruma espesa lamía las calles húmedas de la capital, y empezaba a desvanecerse bajo los rayos del sol. Budapest dormía y las gárgolas de piedra y las estatuas parecía que acabaran de volver a su lugar, tras una noche de clandestinidad. El Danubio fluía eterno bajo el puente que atravesó el taxi, y en derredor nacía una belleza única en un día que se antojaba triste e implacable. En el vestíbulo del hotel apenas había nadie y el recepcionista les sonrió conteniendo un bostezo.

—No podemos ir hasta allí de día.—Sentenció Arthur con el cansancio reflejado en su rostro. —Nos debilitaríamos demasiado y ya llevamos una gran desventaja. Estel tragó saliva por el nudo en la garganta que no acababa de pasarle.

—Iré sola. No puedo dejarles allí por más tiempo.—Los vampiros se miraron en silencio.— Es a mí a quién quiere. Lanamar espera que me entregue a ella voluntariamente. Podéis esperar aquí, a fin de cuentas no está muy lejos del Santuario.— Estel se consoló pensando que si conseguía salvar a los vampiros cautivos, apenas les separaban ciento cincuenta kilómetros del resto de su familia. Y a cincuenta escasos kilómetros se cruzarían con el lago Balaton donde abundaba el turismo y donde podrían hacer un descanso para alimentarse si era preciso. Era extraño pensar así, en la supervivencia basada en la sangre de otros, como si fuera algo normal.

—¿Pero... y si te entregas y no los suelta? —Preguntó Anastasia con desconfianza.

—Tendré que arriesgarme. No hay muchas más opciones.— Hizo una pausa.—Si venís conmigo os atraparán también o... algo peor. No es necesario que suframos todos.

—¿Pretendes que nos quedemos aquí de brazos cruzados? —Preguntó Arthur indignado.— ¡Los matarán! —Sentenció el vampiro airado.— ¿Para que los va a soltar? No gana nada con ello.

—Déjame intentarlo. —Le suplicó Estel que no quería ni siquiera pensar que ellos también sufrieran por su culpa.

—Te doy ventaja. Pero tienes que marcharte ya. —Le advirtió el vampiro.— Vamos a recuperar todas las fuerzas que podamos y nos reuniremos allí.

—¿Atacareis? ¡Hay cientos de *cazadores* ahí dentro! Y muchos no saben lo que ocurre realmente... Y vosotros sólo sois dos... es... ¡pura locura!—

Exclamó nerviosa.

—Nosotros también tenemos un plan. Vete ya Estel. El tiempo corre.—Le aconsejó el vampiro y ella sintió como el corazón se le desbocaba. Tenía que confiar en ellos y sólo ella podía entrar allí sin levantar sospechas. Tenía que ser fuerte y luchar por lo que más quería. Arthur no le dijo nada más, la miró fijamente y luego le puso una mano en el hombro en señal de confianza. Después se dio la vuelta y se perdió en el interior del Hotel. Anastasia no tuvo nada que añadir a todo lo expuesto por su marido, pero para su sorpresa, se abrazó a ella y luego se despegó rápidamente alejándose a paso vivo. Sola se quedó. Sola ante el peligro.

“La soledad hace el camino más difícil. Es como un eco, que resuena sin cesar en el alma. Te parte por dentro. Te deja a la intemperie. Te abre un agujero en las entrañas. Y te vuelve insensible. Pero puedes aventurarte sola a superar cualquier adversidad, y tener el corazón lleno de todos aquellos que amas y de todos los que te aman. Por eso la soledad en el alma es la más difícil. Nadie que te eche de menos y nadie por quién luchar. Busca el amor. Busca una estrella. Resguárdate bajo su luz y báñate en ella. Vuélvete luz y alumbra a los demás como un faro...”

El Santuario del Ciego parecía un lugar anodino de día. Los cantos de los pájaros parecían rellenar el incómodo silencio que emergía de aquel lugar bullicioso en la noche. Miró al cielo limpio y le pareció que las aves evitaban sobrevolar la zona como si algo las ahuyentara. Ella podía entender aquel comportamiento mejor que nadie. Al principio, había llegado allí con muchas ilusiones y sueños por cumplir. Había descubierto quién era en realidad y había sentido unas irrefrenables ganas de ahondar en su linaje. Creía que estaba predestinada para ello. Y sin embargo, el amor hacia aquellos vampiros frenaba sus expectativas. Primero dudó de que estuviera haciendo lo correcto al dejar llevar sus sentimientos por aquellas criaturas, pero cuando estuvo allí, rodeada de personas mezquinas e insensibles, comprendió que no era como ellos. No era una *cazadora* a fin de cuenta como había creído. En el mundo y en su corazón, cabían otros seres distintos a ella y lejos de confundirla o sentirse amenazada, la enriquecían y la hacían más fuerte. Los cazadores aún tenían que aprender aquella valiosa lección.

No le importaba mucho lo que opinaran de ella en aquel lugar. Su madre había dejado el cuidado de su hija a un vampiro antes que a sus camaradas. ¿Por algo sería no? Esperaba no ofender demasiado su memoria al no seguir sus pasos. Pero al final, también había tenido otros padres, cariñosos y buenos,

a los que podía honrar. Miquel y Mireia. Esos eran sus nombres y su sólo recuerdo le llenaba el corazón de un calor indescriptible. Seguramente, no hubieran deseado nunca que su hija muriese así, por una causa que a muchos no importaba en absoluto. Pero ellos le habían enseñado a luchar con pasión por aquello en lo que se cree. Por la entrega a otros. Poner la vida en riesgo por un ideal que puede salvar vidas. Esos son los valientes. Los que luchan sin armas a expensas de su propia vida. Y fue así, como se plantó delante de la puerta de entrada. Nadie custodiaba la puerta excepto la vieja tumba sin inscripciones que permanecía como un centinela apostado justo enfrente del camino de entrada.

Parecía que todos dormían, pero ella sabía la verdad. La maldad nunca duerme. Lanamar estaría en algún lugar, esperándola. Así que se dispuso a buscar en el sitio más adecuado. A la luz del día, la casa de la directora parecía un edificio más, sin aquellas luces fantasmagóricas deslizándose por las ventanas. Tenía la fachada blanca y las contraventanas de madera estaban cerradas. Todo parecía normal. Pero una sombra apoyada en la esquina rompió el encanto de aquel idílico día de verano.

—Te preguntarás por qué en verano...— Comenzó Lanamar caminando hacia ella con una espada en la mano. A la luz del día su rostro semejaba algo mayor. Debía rondar los cincuenta aunque tuviera una agilidad digna de una niña. Su cabello rubio tenía hebras grises que no se molestaba en disimular.—...Secuéstrela a tu vampiro.— Estel no respondió.— Ya sabes, son más vulnerables con el calor.

—¿Dónde están? —Preguntó angustiada.

—Aquí, por supuesto. —Le confirmó sin dudar.

—¡Suéltalos! Me tienes a mí... —Lanamar esbozó una sonrisa triunfal.

—Querida, yo ya te tenía. Has estado en mis manos desde el principio... ¿Quién crees que sacó a tus “padres” de la carretera? —Preguntó mientras resaltaba la palabra “padres” con voz divertida. La joven se quedó helada. No podía ser. ¿No había sido un accidente? De repente, sintió náuseas y el corazón se le aceleró.

—¡Mientes...! —Se atrevió a decir en voz alta.

—Para nada. Era un aviso, muchacha estúpida, pero eres tan ignorante que ni siquiera te diste cuenta.— Estel sintió los ojos llenos de lágrimas, pero las retuvo porque no podía permitirse ese lujo en aquel momento.

—¿Por qué no me mataste a mí? Ellos... ¡eran buenos! —Dijo con el alma desgarrada.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Tú sólo eres un fin para conseguir algo más grande. —Le soltó con desprecio. La joven se sintió confundida. ¿Qué podía sacar de ella? ¿No se lo había quitado todo ya?

—¿Qué diablos quieres de mí? —Preguntó con precaución puesto que no imaginaba qué podía ser. Una sonrisa iluminó, de repente, el rostro crispado de la directora del Santuario y Estel comprendió que estaba perdida.

—Vas a hacer todo lo que yo te diga, si quieres que los vampiros y Patty sobrevivan.—Su amiga también estaba cautiva, ahora ya no le quedaba ninguna duda. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y asintió con pesar.

Por sorpresa, una sombra cruzó la pequeña plaza y Lanamar dio un respingo. Abrió mucho los ojos como si no pudiera creer lo que estaba viendo y persiguió con ellos a una figura que se movía inquieta tras Estel. Ella se dio la vuelta y sólo atisbó una silueta cargando hacia ella. Ahogó un grito, justo cuando la figura misteriosa se ponía a su altura y la apartaba de un empujón. Era una mujer con melena negra. Pero apenas pudo fijarse en ella mientras se lanzaba a por Lanamar a una velocidad increíble. Un choque de espadas rompió el silencio que apresaba el lugar, como si hubiera estado conteniendo el aliento hasta ese momento, como si la plaza hubiera cobrado vida. Y con aquel primer embiste, salieron a la luz una docena de *cazadores* guardianes, la escolta personal de la directora. Estel se fijó un poco más en la mujer recién llegada, pero no pudo reconocerla. Se movía con destreza bajo una larga gabardina negra. Su cabello oscuro colgaba en una larga trenza que brillaba bajo el sol. Pero entonces recordó que no estaba a salvo del todo. Los guardianes amenazaban su vida y le impedían ir a buscar a Anthony. No podía luchar contra todos.

—Este es tu día de suerte, guapa. —Dijo una voz conocida a su espalda. Ni siquiera los había oído llegar, aunque eso explicaba por qué los guardianes amenazaban con sus armas en su dirección. Se giró y allí estaban Arthur y Anastasia, con ropa hasta el cuello y gafas de sol. A su lado, había dos vampiros más.

—Ha llegado la caballería. —Dijo Uri sonriendo apoyado en el hombro de su hermano. Habían venido después de todo.

—Tenemos que encontrarlos antes de que vengan más.— Estel aún permanecía extasiada por verlos allí, pero intentó recobrar la compostura. Miró de refilón a las dos mujeres que parecían estar entretenidas. Definitivamente, aquel era el momento para buscarlos.

—¿Dónde los tienen?— Insistió Arthur. Pero ella negó. No lo sabía.

—Concéntrate Estel. Si alguien puede encontrarlos eres tú. Tú eres descendiente de *cazadores* poderosos. —Le gritó Uri nervioso.

—¡Cierra los ojos! —Le gritó la recién llegada mientras envestía contra Lanamar. Ella obedeció sin saber por qué ante aquella orden. Pero en cuanto lo hizo comprendió la buena idea que había sido. Todo se desdibujó a su alrededor y comenzó a escuchar una música que venía de algún lugar.

—Yo... sólo oigo... una música.— Musitó en voz alta. La mujer desconocida le asestó un golpe con la empuñadura de su espada a una sofocada Lanamar. Luego aprovechó la oportunidad mientras la directora se reponía y se giró hacia la joven.

—Sigue esa música. ¡Es la canción del vampiro! *¡La canción del alma!* —Gritó al fin y Lanamar la fulminó con la mirada.

—¡Esa es la herencia de mi familia! —Gritó la directora con un enfado descomunal.— ¿Insinúas que esta niña puede escucharlos como hacía el Ciego? ¡Eso es imposible! —Gritó con furia. La mujer desconocida alzó su espada y sonrió.

—Y no sólo ella puede... —Le aseguró antes de lanzarse de nuevo sobre ella. Estel sintió como se activaba algo muy adentro de su ser. Comenzó a moverse hacia una pequeña puerta que había en el lateral de la casa. Los vampiros a su espalda iban abriéndose paso a golpes contra los guardianes. La joven ni siquiera pudo mirar atrás, no había tiempo. La puerta escondía unas escaleras angostas y finalmente tres pasillos. Escuchó de nuevo el sonido y se precipitó por uno de ellos como alma que lleva el diablo. Podía escuchar pasos a su espalda, sin saber ya, si eran de amigo o enemigo. Se oían gritos, golpes, incluso puertas cerrándose de mala manera. Creyó incluso, escuchar su nombre entre las sombras, pero no se giró. No sabía a dónde iba, ni donde estaba, pero no iba a detenerse. Sólo podía guiarse por aquella música que cada vez sonaba más fuerte, con más energía, como los latidos de un corazón.

De un lateral salió un hombre de cabello rizado y con un aro brillante en una oreja. Por su descripción sólo podía ser Sandro y lo maldijo interiormente por haber causado tanto sufrimiento. El *cazador* la miró con sorpresa y la detuvo con un empujón. Aturdida, se apoyó en la pared para no caer al suelo. Ni siquiera parecía real. Todo lo que recordaba es que seguía una música que no podía estar a más de dos pasillos de donde se encontraba. Pero había cesado sin más. No quedaba ni una nota en el aire. Y ahora se sentía desorientada y molesta. El éxtasis de aquella melodía aún resonaba en sus oídos, pero sólo era producto de su mente, pues realmente había dejado de sonar. Era como

haber despertado de un sueño y descubrir un peligro más aterrador que cualquier pesadilla. El tipo levantó el puño hacia su cara y ella lo esquivó, levantó su rodilla y se la clavó en el estómago. No era una maniobra fácil y el dolor le recorrió la pierna despejándola por completo. El hombre se quejó y se zafó de ella empujándola de nuevo, esta vez pasillo abajo. Cayó al suelo resignada, al mismo tiempo que chocaban dos espadas tras ellos.

—Debiste dejarnos en paz. Pero nunca tienes bastante... —Le espetó la desconocida mientras Lanamar se quejaba de dolor.

—¡Todo esto es por tu culpa! ¿Cómo pudo elegirte a ti? ¿Por qué?— Gritaba la directora entre el odio y el llanto. Tenía una pequeña brecha en la cabeza y un hilillo de sangre le recorría la mejilla.

—Porque yo le di lo que tú nunca pudiste darle... —Le explicó la desconocida con paciencia y algo de tristeza en su mirada. Casi parecía rendida bajo la tenue luz del pasillo. Lanamar entonces, pareció enloquecer, levantó la espada con ambas manos sin importarle que su contrincante la estuviera esperando. Y luego, sin previo aviso, se lanzó a por Estel. Sandro ágilmente se hizo a un lado. La joven apenas pudo reaccionar y quiso ponerse de pie, pero ya era demasiado tarde. Lanamar tenía los ojos inyectados en sangre y su expresión se parecía mucho a la *Bruja Foix*, encontrando por fin el parecido familiar. De repente, algo silbó en el aire y lo cortó, justo a tiempo para clavarse en el pecho de la *cazadora*. Ésta se desplomó en el suelo junto a la joven con la empuñadura de una espada sobresaliendo de su pecho. El suelo se tiñó de rojo carmesí y su voz estridente, su acelerada respiración, su fuerza... se apagaron para siempre. Estel levantó la vista perpleja por aquel gesto rápido y certero y comprendió que la suerte no había tenido nada que ver. La desconocida se dejó caer sobre una pared y se apretó el costado, estaba herida, aunque eso no le había impedido salvarla de la muerte. Le debía la vida. Sin embargo, no hubo tiempo para agradecimientos. El *cazador*, con el semblante airado por lo que acababa de ocurrir, se lanzó a por la mujer que finalmente se veía derrotada. Estel cerró los ojos temiendo lo peor, pero un golpe sordo le hizo abrirlos de nuevo. Algo había cruzado muy rápido el pasillo y había dejado una estela de viento a su paso. Una forma humana había aterrizado sobre Sandro y el chasquido de su cuello al romperse sumió el caos en un silencio absoluto. El *cazador* se desplomó a los pies del vampiro que había conseguido detenerlo y éste se apartó del cuerpo con agilidad. El resto de sus amigos llegaron justo a tiempo para comprobar que ya habían dejado el pasillo libre. Uri se acercó a la joven y le tendió una mano para levantarla del

suelo. Ambos se giraron entonces hacia la mujer que parecía petrificada observando al *cazador* abatido. Finalmente, levantó la vista del suelo y se fijó en su salvador.

—Arthur...— Pronunció con nostalgia y él asintió. Se conocían. Estel examinó los rostros de los vampiros y comprobó que Anastasia miraba sorprendida a la mujer. También la conocía. Hubiera sido muy emocionante descubrir aquel misterio, pero no tenía tiempo. La música se había terminado hacía rato y no estaban muy lejos de donde había surgido. Estel se apresuró. Quería ser la primera en llegar a la celda, pero Arthur se adelantó, raudo como el viento.

—¿Anthony? —Gritó la joven, aunque no podía verlo aún. Tenía que estar allí. Ella no tenía vista de vampiro, así que tenía que acercarse más. Estaba a punto de alcanzar los barrotes cuando alguien la retuvo del brazo. Se giró violentamente y se encontró con la desconocida. Tenía los ojos del color del mar. ¿Dónde había visto antes a esa mujer? Ésta negó con la cabeza y ella no comprendió. Quiso zafarse, pero sólo consiguió arrastrarla con ella hasta la puerta de la celda. Ignoró el dolor que sentía ante aquel zarandeó y buscó en la oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vislumbró un cuerpo menudo aovillado contra la pared. Las mechas rojas de su cabello revelaron su identidad. Lena. Estaba viva aunque apenas lo pareciera. Los ojos de la joven examinaron frenéticamente aquel lúgubre lugar y se toparon con algo brillante. Justo en un rincón había un montoncito de polvo plateado que parecía brillar con luz propia. Estel se atragantó al volver a pronunciar su nombre. No podía ser. Él no. La mano de la mujer volvió a tirar de ella y esta vez, consiguió arrastrarla de aquella escena dantesca. Reaccionó e intentó zafarse para que la dejara en paz. Le arañó los brazos, la empujó, pero su determinación era más potente que la suya. En realidad, ya no le importaba nada. Lentamente, se dejó vencer y la mujer la clavó contra la pared dejando que Arthur entrara en la celda y cargara con el cuerpo inconsciente de Lena.

—Estel. —La llamó la mujer.— Tenemos que irnos. Van a venir más.— Pero ella no reaccionaba. Todo le daba igual. Lo había perdido para siempre y sentía un agujero donde antes tenía corazón.

—Ya vienen. —Dijo Uri y después suspiró. Su voz le pareció a la joven, lejana, como si no estuviera allí.

—¡Maldita sea!— Exclamó Zad con pesar. Sus cuerpos se colocaron defensivamente, abarrotando el pasillo, pero ella siguió ausente. Se sentía paralizada, muerta en vida.

—¡Eh! ¡Por aquí! —Gritó una voz que sacaba la cabeza por una celda lejana. Erik asomó su rubia cabellera y les hizo un gesto para que lo siguieran, pero Uri gimió entre la ira y el rencor. Hubo un momento de vacilación porque ninguno se fiaba de él. —No seáis necios. Conozco esto muy bien. ¡Larguémonos!— Rugió y desapareció por donde había salido. Uri se lanzó tras él y ninguno se preguntó si era para seguirlo o para matarlo, el resto de vampiros fueron también. La mujer y Estel se quedaron rezagadas mientras los pasos de los *cazadores* se escuchaban cada vez más cerca.

—Salgamos de aquí. —Le instó la mujer desesperada. Pero ella apenas la oyó. ¿Qué sentido tenía huir? Todos los que amaba morían y se sentía terriblemente sola.

—Déjame atrás. —Le replicó casi como una súplica. Las cenizas de Anthony yacían muy cerca y no quería marcharse de allí.

—Tenemos que irnos, quieras o no. —Le ordenó con determinación. Estel sintió que de nuevo la sangre le hervía con furia, con odio, con dolor. Miró a la mujer con ira.

—¡Déjame en paz! ¿Quién te crees que eres para guiar mi vida? —Le espetó y se apartó de ella con furia. Ésta no pareció indignada lo más mínimo, volvió a aferrarla del brazo, esta vez con más fuerza y la zarandeó.

—Me creo lo que soy, niña.— Había tristeza en sus ojos y dureza en sus palabras.

—¿Y quién diablos eres?—Preguntó con desdén.

—Isaura. —Aquel nombre le paró el corazón.—Soy tu madre.— Los fantasmas volvían y su vampiro ocupaba ahora su lugar en el olvido. ¿Cómo podía cambiar tanto la vida? Si hacía poco aún sentía sus dedos sobre la piel. Si Isaura también los había sentido. ¿Compartirían el recuerdo del amor por él? Agachó la cabeza, compungida, y empezó a llorar. Isaura le pasó una mano por la espalda y la obligó a moverse. Y esta vez sus pasos anduvieron juntos hacia la salida, dejando atrás un pasado tormentoso que iba a marcarlas para siempre.

SANGRE A LA SANGRE

Estaba tan débil que apenas percibió el sonido de su respiración. Sin embargo, el retumbar de su corazón fue lo bastante fuerte como para despertarlo. Sangre. Un gruñido en sus entrañas casi como un quejido interno, le hizo abrir los ojos con pesar. Veía borroso en aquella penumbra y eso era un claro síntoma de debilidad. Le fallaban las fuerzas. Pero él era fuerte, había sobrevivido a grandes pesares y períodos de hambruna. ¿Podría superar aquello? No le quedaba otra. Entornó los ojos y enfocó mejor. La silueta al otro lado de la reja se movía nerviosa y con cierta gracilidad. Finalmente, reconoció la figura femenina que abría la celda con nerviosismo. Sintió entonces el hambre abrumándole a riendas de un frenesí que no había sentido en mucho tiempo. Dejó que la bestia hambrienta que llevaba dentro saliera sin control. No tenía fuerzas para luchar contra la locura. ¿Estaba acaso soñando? Tal vez sólo fuera el preludio de una muerte anunciada. Sintió como una fuerza desconocida se abalanzaba sobre la joven. Sintió como ella se defendía con fiereza y le plantaba cara. Le arañó el rostro, le pegó patadas, le estiró del cabello e incluso intentó partirle el cráneo; cuando sus colmillos perforaron su cuello. Pero la llamada de la sangre era más fuerte, descontrolada ahora, como un animal salvaje. Bebió y bebió. Permanecía insensible al dolor propio y ajeno. Ella moría contra la pared de la celda, pero sólo le importaba su sed. Poco a poco, a medida que su cuerpo se nutría fue recuperando la cordura y una alerta se activó en su mente. Iba y venía, entraba en su conciencia saciada y tranquila y se desvanecía de nuevo. Había algo que no estaba bien. De repente, en aquel éxtasis maravilloso, sus sentidos se restauraron. Recuperó la consciencia y comprendió lo que estaba haciendo. La soltó de inmediato y ella cayó al suelo desmadejada. El vampiro sintió pánico por lo que había hecho. Perder el control de esa manera no era normal en él. ¿La había matado? Con terribles remordimientos se agachó y le comprobó el pulso. Demasiado débil, prácticamente nulo. Bufó y se maldijo a partes iguales. No entendía cómo había podido haberlo hecho. ¿En qué estaba pensando? Y ese había sido el problema. Que desnutrido casi totalmente no había pensado en absoluto.

Lo sintió llegar, pero no levantó la cabeza. Permaneció agazapado sobre el cuerpo inerte de la joven, casi con vergüenza. Sabía quién había llegado y lo que significaba esa mujer para él.

—No he podido... contenerme. Lo siento. —Se disculpó el vampiro. Erik no le reprochó nada. Cuando Anthony levantó la vista se encontró con sus ojos vacíos e inexpresivos.

—Conviértela. —Le ordenó, tal vez para compensar lo que había hecho, aunque a él no le pareció una gran idea.

—Ella odia a los vampiros. —Le recordó.

—¡Hazlo, maldita sea!— Insistió el *cazarrecompensas* visiblemente irritado.

—¡Nos detesta! ¡Le arruinaré la vida...dos veces! —Gritó Anthony afectado. Se mantuvieron la mirada un instante. Luego el vampiro bajó la cabeza hasta ella y en un gesto veloz, la mordió justo encima del corazón. Apenas salió sangre puesto que ya no le quedaba. Sin embargo, que uno de los suyos perforara con sus colmillos un corazón aún vivo, era una transformación segura. Sólo esperaba que no muriera antes. Aquello era el principio de algo, o el fin de muchas otras cosas. Pero ya nada sería igual. ¿Cómo iba a mirar a la cara a Estel y contarle lo que había hecho? Nunca se lo perdonaría. Se odiaba a sí mismo. Erik le instó a que se apresurara. Y le indicó un pasillo secreto que los llevaría fuera del recinto. Quería que se llevara a la joven con él y que la cuidara ante los nuevos cambios que iba a experimentar. Anthony aupó a la muchacha inconsciente y se la echó al hombro sin apenas esfuerzo. —¿Y Lena? —Preguntó angustiado. Sentía como la culpa comenzaba a pesarle ya.

—Yo cuidaré de ella hasta que vengan los demás. Los sacaré de aquí. —Le respondió. No tenía más remedio que confiar en él.— Estel y tus vampiros están arriba y no tardarán en llegar hasta aquí.

—Tal vez debería quedarme, entonces.—Sugirió el vampiro contrariado.

—¡No! Debes llevártela ya a un sitio seguro. He dejado un vehículo escondido cerca del Santuario. Toma las llaves. —Anthony las cogió y se maldijo para sus adentros. Erik tenía razón. La chica iba a empezar el cambio en apenas minutos e iba a necesitar sangre humana, pero no quería que fuera de su *humana*. Controlar la transformación era difícil y no quería que nadie más saliera herido. Con el corazón en un puño, abandonó a su *hermana* inconsciente en aquella celda y salió al encuentro de aquel misterioso pasillo, mientras cargaba con Patty hacia un rumbo desconocido.

SOBRE LA AUTORA

Diana Buitrago es el nombre de autora de la catalana Diana Bravo Buitrago, nacida en octubre de 1982 en Barcelona.

Por cuestiones laborales ha vivido en países tan dispares como Inglaterra o Turquía. Y ha visitado en diversas ocasiones la Transilvania rumana. Amante de los viajes y de otras culturas, plasma en sus escritos la heterogeneidad del mundo.

Diplomada en Turismo y estudiante de Psicología en la UNED, ha escrito algunas novelas de fantasía de las que ésta es su primera publicación.

Por tu sangre se concibe como la primera parte de la saga Canción de Vampiro, cuya continuación ya se está redactando y se espera su publicación para 2019.

Nota de la autora:

“Por tu sangre, nació de un sueño. No de un objetivo a largo plazo o de una esperanza creativa, literalmente de un sueño. Los que padecemos insomnio sabemos lo que es estar largas horas observando el vacío de la noche sin que llegue el descanso, o lo que es peor, cerrar los ojos y ver miles de imágenes que no te dejan dormir. Fue en una de esas noches molestas cuando me vino esta historia a la mente, así que la recreé hasta quedarme dormida, la memoricé y la escribí. No es mi forma habitual de escribir, pero si así ha querido venir la inspiración, pues que así sea. Espero que os guste el resultado. ¡Nunca dejéis de soñar!- Diana.-”